MILAGROS MATA GIL

Memorias de una antigua primavera



COLECCIÓN CRIATURAS DE PETRÓLEO NARRATIVA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
CRIATURAS DE PETRÓLEO

Desde los primeros destellos del sigl
la identidad venezolana se edificó nc
sobre su pasado épico, sino sobre l
Rodolfo Quintero bautizó como «La c
del petróleo».

Más allá de la deriva económica, la nar
el ensayo, la poesía y la dramaturgi
sido los verdaderos laboratorios c
esa metamorfosis social pasó de s
dato para convertirse en una encru
disruptiva y política: una manera sir
de pensar, sentir e imaginar a Venezu

Criaturas de petróleo congrega
consagradas y miradas contempor
en un espacio de resonancia com
través de distintos géneros, esta cole
no busca simplemente compilar t
sino poner en diálogo las obsesione
grietas y las ficciones de un país mod
por el eterno sueño de la riquez
esfuerzo.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

MILAGROS MATA GIL

Memorias de una antigua primavera



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1.ª edición en Editorial Planeta Venezolana, S.A. Caracas, 1989
2ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Memorias de una antigua primavera
© Milagros Mata Gil

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2026.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio,
Caracas, Venezuela, 1010.
Teléfonos (+0058 212) 4828989
www.monteavila.gob.ve

Edición y Corrección
Fidel Flores

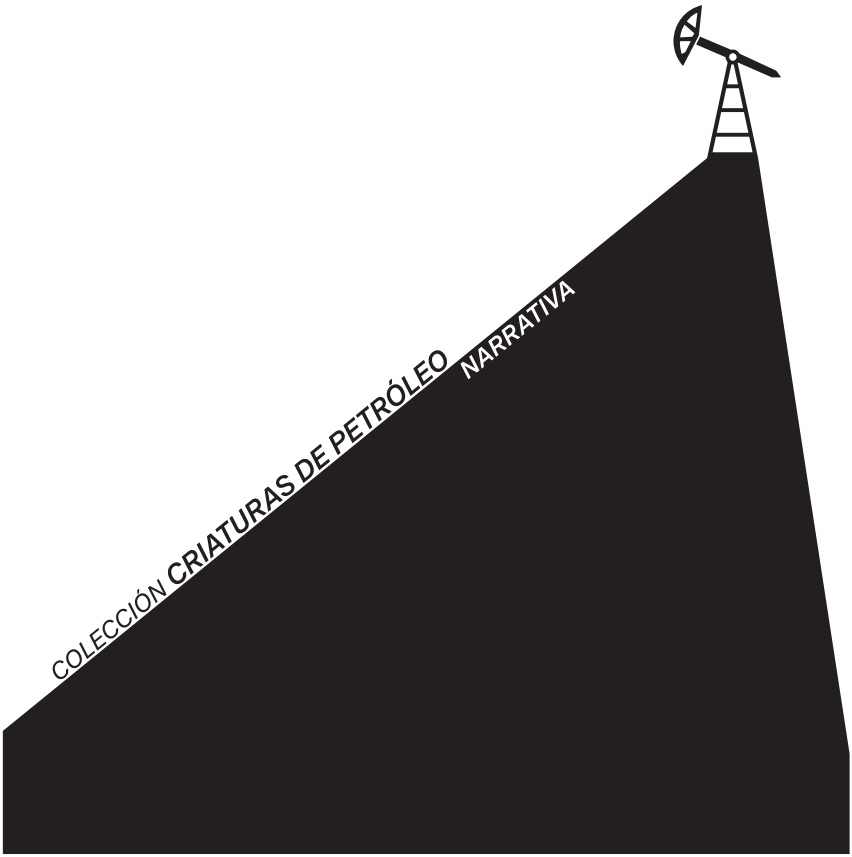
Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

ISBN: 978-980-01-2690-5
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC2026001628

Caracas, Venezuela, 2026
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

MILAGROS MATA GIL

Memorias de una antigua primavera



Esta es una obra de ficción.
Solo la ficción garantiza la supervivencia de la realidad.

... y en cualquier lugar en que estuvieran, recordaran siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda primavera antigua era irrecuperable, y que el amor más desatinado y tenaz era, de todos modos, una verdad efímera.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
Cien años de soledad.

TRANSITO, ÉPICA Y PETRÓLEO A MANERA DE PRESENTACIÓN

«... tuve que refugiarme en el cobertizo de los viejos
y en el voluntario destierro en el país de los recuerdos».
MILAGROS MATA GIL, 1989.

El olvido es un tránsito y también una decisión inherente a la condición humana. A veces bordea la memoria en forma de cerco; otras, adquiere la apariencia de una válvula de escape que el cuerpo precisa para restaurarse con fuerza y dolor. Si la memoria es un horizonte y el recuerdo su travesía, el olvido es la estación donde nos vemos forzados a pernoctar: el punto de fuga donde el paisaje finalmente se desvanece. Nada florece en la memoria sin que esta reclame al olvido como silencio y presencia.

Para transitar este camino como aprendizaje, hay quienes interponen geografías distantes o refugios materiales, mientras que otros prefieren examinar sus huellas y transformarlas a través del trazo firme de la escritura. Ese es, justamente, el laborioso cometido que se deja entrever en la novela *Memorias de una antigua primavera*, Premio Miguel Otero Silva (1989), de la escritora venezolana Milagros Mata Gil (1951-2023).

La trama central de esta novela narra el ciclo de esplendor y decadencia de Santa María del Mar, un pueblo levantado a partir del campo petrolero Giraluna, nacido con gran ímpetu

bajo la sombra de «La Compañía» con amos en Wall Street. Tras incipientes décadas de bonanza económica, opulencia e inmigración impulsadas por la fiebre del «aceite», el nuevo Dorado, el recurso comenzó a agotarse, obligando a la industria a cambiar de rumbo, dejando a su paso un panorama de ruina, desolación y reacomodo forzado de prácticas, discursos y memorias.

En esa atmósfera, familias obreras y pobladores migraron hacia nuevos horizontes, percibidos entonces como «las nuevas hogueras del progreso». A su paso, dejaron atrás casas, edificios y avenidas abandonados a merced del avance de la naturaleza implacable que se impone en forma de vientos, plagas y silencios. En diversas oportunidades, el texto entrelaza un presente desolado con la constante remembranza de personajes, leyendas y mitos locales, como el chamán Yaguarín o la mística desaparición de Sixto Rojas.

En otros momentos, la narrativa evoca la sensación de estar hurgando entre archivos antiguos esparcidos al ritmo de anécdotas, o bien bajo la forma de libros, fotografías, casetes, viejos avisos y notas de prensa de antaño. Todo ello se teje en una polifonía visual que, además de romper con la tradicional linealidad de la novela, erige una identidad estética genuina.

La obra está compuesta por cuatro secciones: Fundaciones —conformada por veintidós capítulos; tres tituladas como «Voces»; dos como «Fotos» numeradas; diez como «Vellocino de oro» y el resto como: «No hay más cuerpo ahí»—; Libro de Santa María del Mar —escrito por Mr. Jasón Patrick a lo largo de nueve capítulos—; Hechos —constituida por diecisiete capítulos—; y La Fiesta, conformada a su vez por tres actos principales, un cierre y un capítulo final titulado «Para recoger las memorias».

En Fundaciones, sus personajes evocan sus recuerdos mirando «hacia atrás con los ojos de la memoria». A bordo de la

gabarra Argos, un grupo pionero navega hacia la sabana con la misión de instalar el campamento. Entre sus integrantes destacan don Castor Subero, anciano sordo y ciego retratado junto a su esposa indígena Rosaura; Toribio Mata; el despótico Mr. Creek; y Mr. Jason Patrick, quien lidera a catorce obreros anónimos: soldadores, caldereros, electricistas y un cocinero. La expedición se completa con geólogos y exploradores, responsables de cartografiar la indómita naturaleza y los yacimientos fósiles de la región.

Esta parte se caracteriza por una marcada desmitificación de la épica fundacional, en constante diálogo y un tono nostálgico. La narrativa contrapone el impulso providencial del origen, alimentado por visiones milagrosas y el mito de El Dorado, con la realidad expoliadora de la industria petrolera manejada siempre por intereses extranjeros. De este modo, el anhelo poético de erigir Santa María del Mar desemboca en el irreparable deterioro físico de sus pioneros, una tragedia encarnada en don Castor Subero.

Esta distancia entre el sueño original y su duro costo humano se refleja a través de continuos saltos al pasado, donde el anciano, inmóvil en su presente, contempla los años activos de su juventud como si mirara viejas fotografías. De ahí que la imagen fotográfica opere como un poderoso dispositivo narrativo dada la leyenda que la acompaña, que despoja de todo romanticismo la hazaña histórica, transformando el recuerdo en un contundente documento de denuncia sobre las huellas del trabajo servil para La Compañía.

Conviven de forma orgánica, en este tejido narrativo, múltiples perspectivas o miradas. La narrativa parece transformarse desde el espacio íntimo del niño soñador o el anciano nostálgico hacia testimonios colectivos. Por ejemplo, la mirada lírica y espiritual del fundador original se entrelaza con las vivencias del trabajador común y la visión distante de los ingenieros, geólogos

y capataces extranjeros. Esta organización de perspectivas diversifica la percepción del territorio y consolida una identidad estética compleja, pues, la construcción narrativa del espacio avanza paralelamente a la fragmentación de sus protagonistas.

La segunda sección de la novela la conforma el Libro de Santa María del Mar, cuyo narrador omnisciente es Jason Patrick (Mr. Patrick), personaje de perfil intelectual y curiosidad constante. Se muestra como un aprendiz de saberes empíricos, ciencia formal y la reflexión alquímica. Narra su biografía en una secuencia cronológica de pérdidas y crecimiento destacando siempre su capacidad para aprender y readaptarse. Detalla el rol crucial de las figuras que influyeron en su destino, como el tío Oggie y el clérigo mentor que financió sus primeros estudios, así como de las instituciones que impulsaron su ascenso: el ejército, la Universidad de Austin, Harvard y el monasterio. Al final de este recorrido, se define como un profesional itinerante integrado al desarrollo industrial y global.

En los últimos capítulos, su narrativa adopta una estructura episódica para revelar un giro amargo: sentirse desechado y traicionado por La Compañía. De ahí que advierta la decadencia moral y el destino apocalíptico de la sociedad en la que habitó. Su discurso elabora un juicio crítico sobre el sistema del que formó parte y cuestiona con firmeza la «falsa bonanza» y la ilusión de progreso moderno que prometía la industria.

En la tercera parte, titulada Hechos, destaca el capítulo «Susana tiene un secreto», estructurado como un monólogo interno de Lina –indígena entregada por sus hermanos a la familia Bajares–, quien explora la fascinante trayectoria de su hija, Mélida Reyes, conocida por su nombre artístico como Susana.

El relato de Lina contrasta la sequía y miseria de los barrios vecinos frente a la desbordante opulencia de la vida actual de Mélida. Mientras observa a Mélida realizar su ostentosa rutina matutina, obsesionada con la juventud y el lujo, evoca su

humilde origen familiar marcado por la migración, las carencias, el amor entre ella y Manuel Felipe alrededor de un carromato ambulante, hasta llegar al momento coyuntural en que fue robada a los catorce años por Oileo.

Este evento desencadenó su metamorfosis en la madama de un afamado prostíbulo en la zona petrolera de Santa María, bajo el sello de El Secreto de Susana. Con astucia, Mélida convirtió su establecimiento en un negocio capaz de rivalizar con los locales exclusivos para extranjeros. A lo largo de los años, sorteó el desprecio de las élites locales, la discriminación de los ejecutivos de La Compañía, el chantaje fiscal y las complicadas pasiones con poetas, clientes adinerados y el fallido intento de matrimonio con Mr. Conrad.

Tras la partida de la compañía petrolera y la posterior decadencia del pueblo, Mélida supo reinventarse: invirtió en la carrera política de sus hijos y aseguró con ello un sólido poder económico, además de una posición social respetable. Como bien se advierte en la frase: «el tiempo de las putas estaba cambiando al tiempo de los políticos». Así, el capítulo culmina con una Mélida que se engalana meticulosamente para un evento donde ocupará un lugar de honor junto a la misma élite y las «beatas» que en el pasado la rechazaron, pero que decaen junto con la desolación.

Este capítulo funciona como la metáfora central de la obra, dado que, además de revelarse el «misterio» del éxito de Mélida, la sitúa como un símbolo de adaptación, frialdad estratégica y comprensión profunda de las debilidades humanas —evidenciada en poetas, ejecutivos, políticos y la élite toda—.

Aquí, se presenta una radiografía traslúcida de la obra, pues explica el pasado, justifica el presente, expone la crítica social centrada en la hipocresía de las élites y consolida a Mélida/Susana como otro símbolo de supervivencia y dominio frente a la devastación del modelo de desarrollo extractivista.

El capítulo titulado La Fiesta está constituido por formas narrativas vinculadas a una puesta en escena, acentuando así la disrupción del ritmo de relatos previos. Las imágenes presentan el inicio y el desarrollo preparatorio de un evento estructurado en varios actos, cuyo tema central es la celebración del Cincuentenario del pueblo.

Inicia con una introducción poética y musical que evoca el ambiente festivo callejero, acompañada por acotaciones de audio y luces que marcan el arranque de la obra. Posteriormente se relata la cronología de celebraciones preliminares de toda una semana que abarca desde foros académicos sobre el petróleo hasta conciertos de *rock*, salsa, obras de teatro y orquestas sinfónicas.

Estos elementos articulan una cuidada puesta en escena, dado que se subordina la técnica –música de fondo que decrece y encendido de luces– como el espacio físico en la inducción de una atmósfera teatral calculada. Todo se dispone para transformar la arquitectura urbana en un escenario artificial. Las acotaciones dramáticas, la iluminación, la división en actos junto al audio, marcan el ritmo y la entrada de los espectadores –y a su vez del lector– en el espacio dramático.

Toda la escenografía ideológica –pancartas, murales con obreros sonrientes, balancines petroleros y figuras religiosas– funciona como un despliegue simbólico a gran escala y se concibe con el propósito de dirigir la percepción de la población, quien irónicamente, habita de forma protagónica al simulacro constituido para sí misma.

La travesía hacia la «Antigua Primavera» se entreteje mediante una rica polifonía de voces, que develan el encuentro efímero con los recuerdos de cuerpos ausentes. Así, la voz omnisciente de quien narra se desplaza de manera zigzagueante por los recuerdos de los personajes, cuyos relatos trazan una genealogía de la memoria: una ruta inédita impregnada de luces, olores y sabores.

Si bien la voz central encarna la fuerza persuasiva en cada uno de sus personajes, a lo largo de los capítulos se reitera, como una onda expansiva, que el recuerdo permanece despojado de toda presencia física. Las memorias son transitorias como los aromas que flotan en las calles y en los espacios íntimos.

El paisaje odorífero se vincula con la memoria en diversas escalas. Por momentos, se despliega en amplias extensiones como consecuencia de los gases emanados o de la «lluvia» de petróleo que «olía como a animal vivo». En otros, se cuela entre las cálidas esteras de La Hercilia o La Bajita para dar refugio a los ansiosos del amor. En ciertos pasajes los aromas se entrelazan entre lo particular y lo amplio, difuminando sus fronteras; tal como ocurre con las mujercitas del Jardín de Susana, que «olían a pachulí y a fogón», o con las «mujeres diurnas», que «irradiaban un olor vivo a casa hecha».

Por último, conforma parte de esta panorámica sensorial el aroma como signo de premonición encarnado por Castor Subero, quien percibe en su propia fragancia corporal la llegada inminente de la descomposición y la muerte. Su experiencia olfativa se evidencia en la reflexión sobre su envejecimiento, donde el olor deja de ser un mero rasgo de identidad biológica para convertirse en el indicio tangible del paso del tiempo y la decadencia final; tal como reconoce al admitir que «a veces hasta le daba náuseas su propio olor».

Sin embargo, frente a esta percepción del deterioro corporal, la dimensión olfativa alcanza también un matiz trascendente que rodea su desenlace; muestra de ello es que, tras su fallecimiento, «un aroma a mar, incienso y azucena impregnó la habitación durante siete días», desafiando incluso los continuos esfuerzos del personal de mantenimiento por disiparlo.

Así, el paisaje odorífero se despliega sin fronteras claramente delimitadas: una atmósfera donde el gas quemado lo impregna todo, entrelazándose con el perfume del pan recién

hecho, el olor profundo a humedad de las paredes, o el vaho opaco colmado de matices junto al arraigado aroma de la tierra mojada después de cada lluvia.

Esta dimensión sensorial de los aromas trasciende el simple adorno estético en la novela; por el contrario, actúa como el puente perfecto hacia el verdadero motor ontológico de la narración. De este modo, la memoria olfativa se conecta directamente con la materia primordial que todo lo impregna —al parecer único cuerpo sólido—, dando paso al eje conceptual donde la experiencia física de los sentidos y la dominación histórica se funden en un solo elemento.

El petróleo opera como el símbolo central del relato, irradiando una fuerza que expande su dominio sobre geografías y cuerpos. Su presencia se despliega en un notable repertorio de nombres: «aceite de la tierra», «alquitrán de piratas», «preservador de cadáveres», «excremento del maligno», «Santo Grial» o «la olla al final del arcoíris», cuyas significaciones gravitan en torno a las motivaciones afectivas de quien lo nombra.

En algunos episodios actúa como núcleo de una atracción magnética vinculada a la luz —representada en el mechurrio—; también se le atribuyen cualidades ontológicas ligadas a la muerte y lo inmundo, y en otros parece consolidar un halo de sacralización mítica.

Su promesa incandescente de modernidad esconde un dispositivo de dominación multidireccional, afectando cuerpos y percepciones sobre el espacio/tiempo. Esto parece evidenciarse en las acciones atemporales de las memorias de los personajes, así como en las implicaciones de la densidad narrativa.

El mechurrio hace de sol artificial de Santa María del Mar. Su soplido caliente como «bandera de fuego» naturaliza la intervención petrolera en la cosmovisión de sus personajes. Esta luz permanente parece borrar la noción del tiempo cronológico y del origen, inserta en la memoria de los personajes les hace

creer que la infraestructura del capital extranjero «siempre estuvo allí».

Así, el adormecimiento de la memoria histórica representa la primera fase de la dominación: el olor a gas quemado y el fuego interminable desplaza primero y luego sustituye la naturaleza. La percepción del espacio y del pasado queda sujeta a la anestesia colonial de la explotación petrolera.

Por otra parte, el sometimiento multidireccional también se representa en el crecimiento caótico del pueblo frente a la planificación del campo petrolero. Mientras La Compañía edifica su enclave con orden, comodidades y fronteras cerradas, el pueblo crece al margen de forma vertiginosa, desordenada y precaria.

La fundación y sostenimiento del poblado no responde a alguna lógica de planificación urbana, sino al esfuerzo desesperado de los migrantes atraídos por el mito de la modernidad, quienes deben levantar sus vidas sobre un terreno árido, hostil y privado de bienes fundamentales.

En medio del caótico establecimiento del pueblo se implanta la segregación espacial mediante el uso de la violencia. La división entre el campo petrolero —espacio de la élite, el orden y el privilegio— y Santa María del Mar materializa el sistemático sometimiento colonial que administra La Compañía. Guachimanes y comisarios mantienen a la población en un estado de subordinación mental y física que es inherente a la ocupación del espacio geográfico. En este terreno, la tensión laboral constante y la escasez de recursos funcionan como mecanismos de control biopolítico y estrategia disuasiva de la articulación comunitaria.

Estas formas de dominación se inscriben directamente sobre los cuerpos de los habitantes a través de la saturación de sus sentidos. El aire viciado, la aridez del suelo y el omnipresente olor a gas quemado y petróleo transforman la vivencia cotidiana en una experiencia de degradación física.

La narrativa del petróleo no sitúa su foco en el recurso natural, sino en el entramado de poder que traen consigo las corporaciones extranjeras[1]. En *Memorias de una antigua primavera*, La Compañía impone un nomadismo forzado a los pobladores de Santa María del Mar, quienes, atraídos por el espejismo de la abundancia moderna, quedan encadenados a las rutas del sismógrafo y a las exploraciones del capital. Atrapados así, dentro de un laberinto incesante de desarraigo, pérdida y constante reconstrucción.

La Compañía trasciende su simple función económica para convertirse en una estructura de control panóptico que moldea la realidad. Lejos de desvanecerse tras su presunta retirada, su dominación se vuelve impalpable y absoluta. Una omnipresencia sutil que, desde las sombras, continúa dictando tanto la vida cotidiana de los personajes como su rumbo definitivo: «*Ella* era nuestro padre, nuestra madre, nuestra amiga más amada y el germen de nuestra vida futura».

Desde su irrupción a comienzos del siglo XX, el petróleo dejó de ser un simple recurso natural para convertirse en el eje central de los conflictos del país. La historia nacional se transformó en una cadena interminable de tensiones y disputas geopolíticas, donde poderosos intereses y corporaciones extranjeras han intervenido de manera constante para controlar la extracción y su beneficio económico.

De forma paralela a este control económico, se consolidó un modelo de vida importado que contribuyó a la reconfiguración de la psique y la identidad de la sociedad venezolana. La

1 Cósimo Mandrillo, *El imaginario petrolero y otros ensayos*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023.

«cultura del petróleo»[2] actuó —y aún actúa— como un sistema hegemónico que fue desplazando y debilitando las tradiciones e identidades, renegociando todo a través de la economía material, pero también con la lengua, las expresiones artísticas, la producción científica y las prácticas cotidianas.

El impacto del petróleo en Venezuela no solo transformó la economía, sino que permeó profundamente la literatura nacional. A través del orden discursivo de sus episodios, la novela refleja cómo la construcción de la autoridad estatal estuvo ligada de forma directa a la explotación de este recurso, evidenciando que el Estado no surgió de forma aislada, sino al calor de la dinámica petrolera.

La narrativa de petroficción en Venezuela encuentra en *Memorias de una antigua primavera* uno de sus puntos más genuinos y elevados, pues Milagros Mata Gil trasciende el mero panfleto político o las restricciones del realismo social documental. Su propuesta narrativa desarticula el mito de la modernidad prometida por La Compañía a través de una polifonía y técnica disruptiva que amalgama monólogos, voces poéticas, archivos, fotografías, formas teatrales y, sobre todo, mediante una original cartografía sensorial.

Aquí, el petróleo deja de ser únicamente un dato histórico o un factor macroeconómico para transformarse en la sustancia o el manto que cubre las «antiguas primaveras». A través de esta aguda memoria de olores, sabores y texturas, la autora otorga una dimensión íntima y profundamente humana al fenómeno extractivista.

Se destacan el uso de una ironía exquisita y punzante, la conformación de metáforas corporales, espaciales y sobre el

2 Rodolfo Quintero, *Antropología del petróleo*, Ediciones del Banco Central de Venezuela, 2014.

poder, una insistente intertextualidad con otras formas literarias, la presencia de marcas orales integradas en la narrativa.

A través de su aguda memoria de olores, sabores y texturas, la escritura de Mata Gil otorga una dimensión íntima y profundamente humana al fenómeno extractivista, desnudando cómo la voracidad transnacional impactó y reacomodó la psique, la cultura y los sentidos de la población venezolana. No obstante, el genio de la autora radica en no confinar a sus personajes al rol de víctimas pasivas o figuras trágicas reducidas a la mera supervivencia frente a los embates del capital extranjero.

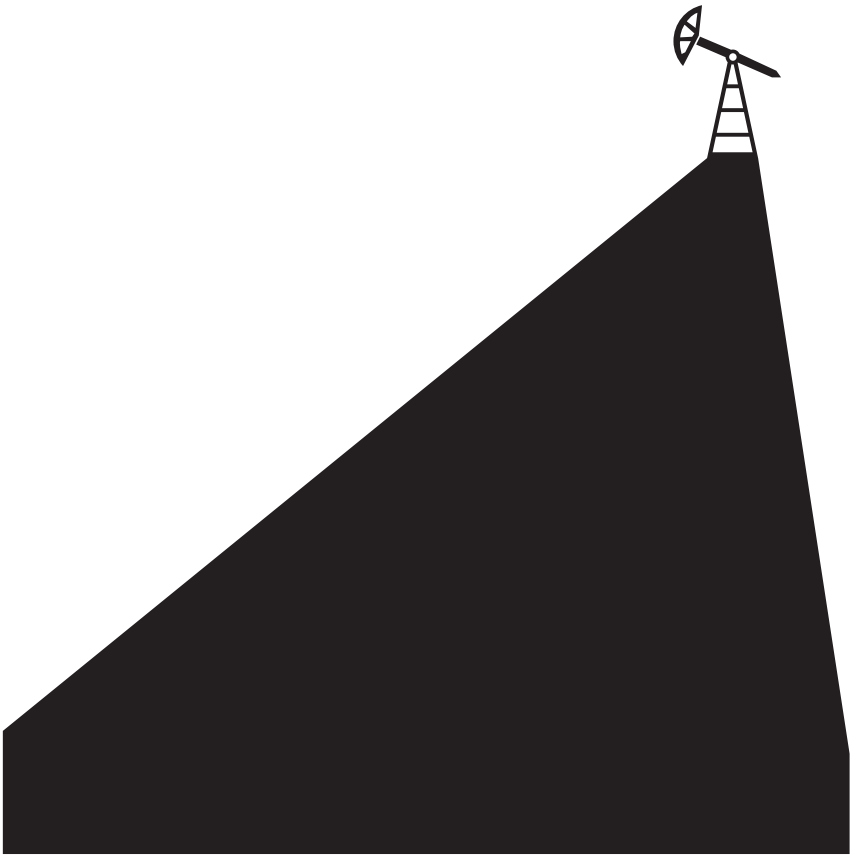
La resiliencia que palpita en Santa María del Mar es eminentemente activa y transformadora: los pobladores, desde el campesino y el obrero hasta la emblemática figura de Mélida Reyes (Susana), reconfiguran su dolor, burlan la segregación del campo petrolero y se apropian de las grietas del sistema.

En este horizonte de ruinas y reacomodos, la obra demuestra que el olvido y la memoria son decisiones políticas e individuales mediante las cuales los subalternos reclaman su agencia. Al desarticular el relato épico de los amos de Wall Street, los personajes de Mata Gil terminan por adueñarse de su propia historia, convirtiendo la desolación dejada por la industria en el terreno donde reinventan sus destinos.

Así, la narrativa petrolera venezolana se reafirma como un ejercicio indispensable de denuncia frente al despojo histórico y como un testimonio estético donde la belleza del lenguaje, la densidad sensorial y la dignidad humana prevalecen por encima de la devastación del progreso.

ÁNGEL OROÑO

Memorias de una antigua primavera



Fundaciones

No hay más cuerpo allí

¿Cuánto tiempo duró el esplendor de aquel pueblo nacido de hombres y mujeres que llegaron en naves portentosas, atravesando tormentas y quietudes llenas de resolana? Apenas veinte años después, el rumor de las máquinas se había apagado definitivamente, y las cabrias habían sido desmontadas. Desde una alta torre de concreto y de cristal, situada a miles de kilómetros, hombres pulcrísimos dirigían el funcionamiento de los balancines y los pozos, registrando en tiras de papel milimetrado que brotaban de exactos cerebros electrónicos, la calidad, la cantidad de aceite, las posibilidades de venta y el porcentaje de las ganancias que repartirían entre los grandes de Wall Street. Apenas treinta años después cada vez eran menos los contingentes de obreros y empleados que salían de los portones del Campo Giraluna, y aunque la ciudad había crecido ostentosamente hacia los cuatro puntos cardinales, sus hermosas avenidas se iban quedando solitarias, los árboles que las flanqueaban se iban llenando de polvo, y las casas se cerraban, quedaban abandonadas a la erosión, a los insectos devastadores y a las ratas, mientras sus antiguos ocupantes huían hacia otros rumbos, preferiblemente hacia el sur, donde ya resplandecían las nuevas hogueras del progreso. Apenas cuarenta años después, a pesar de la ilusión y la esperanza, se descascaraban las paredes de los altos edificios y un silencio untuoso caía tenazmente sobre los techados, e impregnaba la cabeza de los tenaces habitantes. Y

ahora, cuando se han cumplido cincuenta años, solo los sobrevivientes se aferraban a los palos del desastre, sin querer salvar realmente la memoria del avance indetenible de la disolución.

Uno llegaba por cualquier camino y veía la llamarada de los mechurrios iluminando con su perenne resplandor los días. Ese resplandor atraía a los hombres como a los insectos atrae la luz. Uno escuchaba de lejos el eco de la rockola reproduciendo las voces de Pedro Infante, de Javier Solís, de Jorge Negrete, de Pedro Vargas, del Flaquito de Oro, de Toña La Negra o Libertad Lamarque, que impregnaban todo este aire. Uno llegaba por los caminos irregulares de la sabana, por donde pasaban las ánimas rumbo a los países paralelos de la muerte, iluminados entonces por el escandaloso fulgor con que se quemaba el gas. Escuchaba los relatos de aquel mundo donde los sueños pasan solo una vez. Y vivía al mismo tiempo que arrancaba las hojas del almanaque. Uno veía las prostitutas jovencísimas, dueñas de una vida de mariposa, tratando de salvar sus arbustos, sembrados en precarias macetas al lado de la barraca de paja, de la voracidad de los climas. Se moría tan fácilmente como entra un puñal bien afilado en la carne del vientre. Y, sin embargo, *más de un rosal creció entre esta arena persistente y este sol de brasa que no apagaban las tormentas.*

Todavía se escuchan esas voces. Todavía llegan como ecos. Rapsodias abruptamente cortadas. No hay nadie ya. Todo está solo, y la lluvia cae dulcemente sobre las casas vacías. La lluvia se desgrana: cruza el aire de agua gotas de agua. Todo chorrea con ritmo homogéneo y el agua penetra la tierra, entra por las grietas. Uno siente el peso de la tierra esponjándose bajo la lluvia. ¿Estamos al principio o al fin de los tiempos? La lluvia difumina los trazados. O el viento. Uno se sienta ante las puertas abiertas a la calle, en la penumbra de las casas y es abrumado por una especie de luz blanca. Uno piensa que no ha nacido aún. Que aún flota, alga con raíces, en el vientre materno. Todo

es blando y húmedo. Sin relieves. Nada ha sucedido. Todo fue un sueño. Ante los ojos está todo, pero no hay nadie. ¿Fue un sueño? Entonces comprende que los días que aquí transcurrieron eran de otro sitio, y, protegidos por la sombra del hogar, uno teme que la luz diluya el último vestigio piadoso de la vida, ese que impide que todos terminen de abandonar la tierra. Y no. No deben caer todavía los velos y los muros. No debe aparecer la laguna fantasma en el lugar donde aún respira la ciudad. Es cierto que uno llega *a este pueblo empobrecido por el aceite opulento* empujado por la curiosidad y la memoria, y que debe recordar al conductor que se detenga en el Terminal barrido por los desengaños. Y encuentra todavía alguna flor entre los rastrojos de los jardines. En algunos momentos, el aire rezuma los barrosos jirones de un lenguaje entrecortado, de una música, de susurros y de gritos que surgen de un eje indeciso. La sombra del indio erige sobre estos territorios donde la desolación invoca paisajes lunares, el recuerdo de los gallinazos que se llevaron al cielo en cuerpo y alma a Yaguarín, gran chamán del llano, dueño de la gracia por la que germinaban las semillas. Y desde su partida, nada de lo que aquí nace llega a poseer un alma auténtica. Nada.

Por el río Dorado, desde Puerto España, ingresó un pequeño vapor negro en el que, junto con las señoritas que volvían desde sus colegios exclusivos a pasar la Navidad con sus familias, vestidas de lino, tocadas con amplios sombreros de paja fina, calzadas con hermosas sandalias de piel y profusamente perfumadas con olores de heno y naranja, de lavanda y agua de rosas, venía un grupo de gringos, rojos de calor, con sus pantalones blancos a media pierna, sus viseras de colores o sus sombreros blancos de ala corta. Abrumados por la majestad del río, por la gritería del muelle, por los olores penetrantes del tasajo, de los cueros recién curtidos, de la sarrapia y el balatá y el sudor de los negros cargadores, los gringos desembarcaron y ya los

esperaban los señores Azuela y Donatti, quienes los llevaron al Hotel *Grillet*, con vista hacia el río, pero convenientemente alejado del bullicio del puerto.

Los recién llegados apenas prestaron atención a la ciudad de casas de piedra y persianas de romanilla, cuyos corredores se abrían generosamente hacia el río, ni al flujo continuo de gente que iba y venía por la Alameda, paseo y nervio comercial de toda la ribera. Esa misma noche, después de una escueta cena a base de vegetales crudos que llenó de angustias a las cocineras del hotel, comenzaron a buscar el sitio donde funcionaría la Casa de Contratación, desde donde La Compañía iba a organizar la búsqueda del nuevo Dorado.

A los pueblos de oriente llegaban las noticias del poniente. En las calles y en las plazas se escuchaban los relatos más fantásticos, que producían en los mozos, un anhelo delirante de partir:

—Yo me voy, y ya está dicho, decía algún jovenzuelo, y quien quiera seguirme que me siga y no le pesará. Más nos pesa esta vida que llevamos.

Y los viejos advertían:

—Hay ganancia, es cierto, pero también hay fiebres, y animales peligrosos, y hombres malignos, y mujeres malvadas y enfermedades sin cuento.

—Yo me voy, decía otro, si hay hueco para mí, y juro que nada de eso me afectará y regresaré rico, con el favor de la Virgen.

Los capitanes cobraban altos precios por llevarse a los hombres. De día y de noche, en todas partes, se oían las palabras mágicas: dólares, petróleo, la contratación, las listas y La Compañía, vuelta a La Compañía sobre todo La Compañía La Compañía La Compañía. Cada domingo había menos hombres en la misa. Los que regresaban lo hacían cargados de dinero y de regalos para los suyos. Regresaban con la piel roja y curtida

por el viento y el sol, el cuerpo musculoso y una incurable nostalgia de aquel mundo. Más tarde o más pronto, se volvían a ir. Morían los viejos y las mujeres esperaban incansablemente, encadenadas a sus fogones, el retorno de los hombres desparramados por todas partes. Nacían los niños y apenas aprendían a caminar, corrían a los caminos para ver partir los camiones, o al puerto para ver partir los barcos y reafirmaban en sus juegos su destino migratorio. De la Isla Grande salieron casi todos los hombres en aquellos días. El sol caía pesadamente sobre las redes que se deshilaban, sobre las barcazas volteadas en la arena. El templo de la Virgen del Mar, eso sí, iba creciendo en lujo y en riqueza. Por sus portales de piedra pasaban, al llegar y al despedirse, los emigrantes. Todos prometían algo a cambio del éxito. Todos volvían a cumplir lo prometido.

Cuando se supo la noticia de que estaban contratando gente para trabajar en el petróleo, afluyeron a San Alejandro los caminantes que desde todas partes eran atraídos por la aventura. Las rutas se poblaron de gente que llegaba en toda clase de medios de transporte. Mercaderes, mendigos, tahúres, zarandajos y mozas del partido; bribones, ladrones, vasallos libres o fugitivos, mauleros y garduños; concertados, pedigüeños y mozos de todo tipo de calaña, segundones y ratas de barco, se paraban y amasijaban en los cobertizos de las ventas, hospedajes, hoteles, hosterías, paradores, mesones, y, en último caso, en los baldíos y edificios abandonados. Entraban a la ciudad atravesando el río por el puerto de Blohm y se perdían luego en el laberinto de la urbe. Las tabernas dejaban oír su música durante casi todo el día. Los balcones volados y las casas de las familias de alcurnia permanecían cerrados para evitar a sus habitantes el contacto con la turba, que se regaba por las riberas, sobre todo en torno a los muelles o por los alrededores de La Torre del Oro, donde quedaba la Casa de Contratación.

En la Plaza Bolívar, los desocupados lanzaban piropos a las muchachas que iban a la Iglesia por las tardes, y algunos entraban al templo a presenciar los oficios religiosos y rogar por el buen término de sus asuntos. Por la Alameda y la Calle del Comercio circulaba a toda hora una abigarrada muchedumbre, en la que menudeaban los machos agresivos, con sus retadores bigotes y su olor a cabrón en celo, al lado de los patiquincitos vestidos de blanco, con su sombrero de pajilla y sus bastones de cedro. Había muchos extranjeros de todos los colores, nacionalidades y lenguas. Por la mañana, la Casa de Contratación era un hervidero. Entraban y salían por sus puertas: ingenieros, técnicos, abogados, secretarios, supervisores, capataces y listeros: todos eran esperados, espiados, perseguidos, rodeados y adulados por la multitud anhelante. Allí se organizaban las flotillas que saldrían hacia las grandes travesías cuyos destinos hasta entonces eran herméticamente guardados por los jefes de La Compañía. Las oportunidades de enganche no eran fáciles. Cada vez se exigían mayores requisitos: sobre todo experiencia, fianzas y probanzas. Pero seguía llegando gente de todas partes, deseosa de salir en las Listas, de tener la oportunidad de anotarse en una Lista, de no ser marcada por un signo negro que le impidiera aparecer algún día en la Lista. Ya no solo se hablaba del oro que, como un río, corría por el borde de las aceras en ciudades luminosas, sino de juergas interminables en las que los hombres y las mujeres, para calentarse o para prender simplemente sus cigarros, encendían manojos de billetes de banco. Ya no se decía de montañas, valles y llanuras de polvo de oro, sino del poder mágico que subía a las alturas, encendía las luces y hacía funcionar el universo.

Enganchaba hombres en San Alejandro Mr. Jason Patrick, proveído por La Compañía desde New Jersey, donde estaba la Casa Matriz, como Procurador Mayor de la gran empresa llamada en las claves Campo Giraluna. Creía firmemente Mr.

Patrick en la abundancia de petróleo en las tierras al norte del río Dorado, y creía también que este se encontraría sin muchas complicaciones, produciéndole grandes beneficios a La Compañía y a quienes se embarcaran en la aventura. Creía asimismo que el hombre blanco había sido elegido por Dios para cambiar el mundo y hacerlo próspero, hermoso y habitable, y que los elementos de juicio para medir la prosperidad, la hermosura y la habitabilidad del mundo eran, necesariamente, los Ideales de Vida (AWL) del Gran Pueblo Americano.

Por las tardes, cuando el crepúsculo se manifestaba en un escandaloso incendio solar que se disolvía paulatinamente en el azul, mientras pasaban las aves fluviales hacia sus sitios de reposo, Mr. Patrick veía desde su oficina de la Casa de Contratación el espejismo de las ciudades futuras: los puentes colgantes de acero que algún día cruzarían el río Dorado, los altos edificios cúbicos, los jardines y los parques, las escuelas aireadas y luminosas, creciendo todo entre un bosque denso de cabrias negras destacándose contra el cielo como monumentos de progreso. Alistó varias cuadrillas de gente bisoña en esos menesteres, pero trabajadora y audaz, para enviarla por diversos rumbos en una triple maniobra de formación, exploración y dispersión estratégica. Pero la cuadrilla principal, con gente experta, estaba formada por trece hombres (número afortunado o fatídico, *según* la interpretación que se dé a la Cábala), y partió del puerto Blohm el 14 de enero de 1932, como se registró en el Libro de Bitácora de la gabarra «Argos». El río estaba bajo de caudal, y los navegantes ponían sumo cuidado en el transcurso, por el peligro de encallar. El sol caía casi verticalmente, pero una brisilla fresca matizaba el fuerte calor. Pronto quedó atrás la ciudad. Navegando hacia el noroeste, los hombres comenzaron a sentir un soplo distinto de río abajo. A la una de la mañana del día 15 llegaron a La Peña y se trasladaron a los camiones que ya los esperaban con el equipo pesado. Los habían precedido

los macheteros para limpiar el terreno. Con todo, cuando se adentraron en la llanura azul y polvorienta, sintieron que había comenzado la aventura de la Conquista.

El vellocino de oro

I

Contemplo las calles sumergidas en nubes de polvo rojo. Llevo dos días batallando con el asma que me oprime el pecho, que me hace vomitar una baba blanquecina y me irrita los ojos hasta hacer que me duelan de visiones en medio de este ventarrón que parece inacabable. Dos días. Dos días. Me siento tan débil que no sé si podré ir a las fiestas que comenzarán mañana: las fiestas del aniversario de la ciudad. El hombre ese del Ayuntamiento que vino a traerme la invitación, se ofreció también a venirme a buscar. Habló de condecoraciones y diplomas. Habló de un almuerzo y la presencia de dignatarios. Como si yo no leyera la prensa y hubiera visto toda la magalla que están armando. Me preguntó, muy discretamente, eso sí, si tenía traje adecuado. Y yo le dije que sí a todo por decirle algo y que se fuera rápido. Arrastro la silla hasta la puerta. Los lentes sobre la nariz son, más que nada, una costumbre. El viento golpea las paredes. Las puertas rechinan, empujadas por el remolino, y las planchas de zinc en los tejados pugnan por zafarse de los clavos que las sostienen. Iorojka, llamaban los indios a este viento, y, mientras pasaba, escondían en las casas a los niños de pecho y a las mujeres preñadas, bajo la protección de amuletos. El viento sacude la Corona de la Virgen, allá arriba de la casa, y la Corona gira, gimiendo tristemente. Cuando se me pase el asma,

cuando amaine el viento, cuando haga buen tiempo, prometo que aceitaré la base para aplacarle ese sonido lastimero, como de llanto. El viento arremete contra las palmeras y las dobla hasta casi romperlas. Esas son hijas, o nietas, o quizás bisnietas, de aquellas que sembré un día, hace cincuenta años o más, y que habrán muerto bajo el peso de algún verano agobiante o de un invierno pudridor. Tal vez murieron el mismo día que las despojé de su aire marino y de su arena dorada, para traerlas a esta tierra donde su presencia me recordaría para siempre el mar. Como si fuera posible olvidarlo.

Pasan por mi mente las horas vividas. Sin orden. Involuntarias y caprichosas. Es fácil reconstruir la vida de uno mismo. Mirar hacia atrás con los ojos de la memoria. Fácil y engañoso. Recorrer grandes distancias. Romper los relojes. En alguna parte leí que la lucha del hombre para sobrevivir es la lucha de la memoria contra el olvido. Sobrevivo. Me voy desintegrando en el polvero, sentado en esta mecedora de mimbre, pero sobrevivo. Sobrevivo.

Siento el sonido cadencioso de la gota que cae de la piedra. ¿Desde cuándo esta piedra destila para mí su agua pura y fresca? Con esta agua hemos bañado a nuestros hijos recién nacidos y a nuestros nietos: hemos ungido sus frentes dándoles el nombre sonoro de los antepasados, hemos asperjado a nuestros muertos, para que se fueran rociados por la fuerza de nuestro recuerdo. Una clara voz de mujer canta:

Leeejaníaaaaa
Que contemplan mis ojos
A través
De una ventaa-naaaaaaaaa

Desde el laberinto de casas que antaño componían el negocio de Mr. Felipe, el viento lleva y trae canciones y ruidos, llantos y risas, gritos, silencios y olores, como un oleaje. Pienso otra

vez en el mar, y veo claramente los barcos balanceándose sobre el agua de oro. Las aves marinas: los alcatraces y las gaviotas, vuelan y sobrevuelan el agua y la playa, se posan, se elevan y se pierden velozmente en el azul del cielo. En la playa, frente a la casa de mi madre, reposaba el esqueleto de una gabarra, y todos los niños del pueblo aprendíamos a caminar sobre ella, soñábamos con navegaciones y regresos. Mi madre tejía y tejía cestas. Tejía esperando el regreso de mi padre. Tejía mirando siempre hacia el mar por el que se fue un día, y por el que jamás regresó. Muchas veces yo soñé que era a mí al que ella esperaba, y que yo viajaba en un barco grande, de velamen abundante y amarillo. Un barco que penetraba desde el mar en un río ocre y bramante. Atravesábamos entonces grandes territorios poblados de manglares y árboles que simulaban ser de oro y aves gritadoras y polícromas. Desembarcábamos en un claro los arcabuces y los caballos, las armaduras y las lombardas, las alabardas y los morriones, las provisiones y los equipajes, y después nos apresurábamos a seguir entre selvas cerradas las huellas de un capitán alucinado. Buscábamos el misterioso resplandor. Íbamos guiados por el eco que traía rumores de una laguna sobre una montaña donde un rey, íntegramente desnudo y cubierto con polvo de oro, realizaba sus abluciones matinales, y de una ciudad llena de edificios de piedra, en cuyas puertas y en cuyos árboles colgaban patenas y cascabeles de oro para alegrar con sus sonidos y destellos la vida de los hombres que la habitaban y atraerles el favor de los dioses. Allá, en la Feria de Sanlúcar, pero también en la plaza de Macanao, un tal Herrera, sacudido por ramalazos de fiebre y de delirio, nos contaba de pueblos gigantescos donde las lámparas jamás se apagaban, ni en las casas ni en las calles. Del tintineo de los pesos fuerte de oro y de plata en los bolsos y las faltriqueras de los hombres. De las hembras de festiva y sensual belleza, que andaban semi desnudas y siempre dispuestas al placer. De los señores que paseaban

en lujosos carros, rodeados del fervor de sus esclavos, quienes no escatimaban sacrificios para servirlos. No me trajeron entonces ni las monedas que parecían nacer espontáneamente por los caminos y las calles, ni el esplendor de las mujeres, ni el vino, ni la visión de ciudades magníficas, sino la gloria secreta de fundar un pueblo, de crearlo con los pases de mis manos, de trazar sus calles y sus plazas y prefigurar sus jardines, sus palacios y sus altos templos de piedra donde se honrase para siempre al Señor Jesucristo y a nuestra Señora La Virgen del Mar. La gloria, en fin, de que mi nombre figurara en los libros de historia y en las columnas sagradas, y que mis restos tuvieran descanso en los nichos de la Catedral, como los de un héroe o un monarca. Mi madre tejía y tejía y me miraba, sintiendo la inquietud de mi alma. Herrera enumeraba desde el patio de la casa vecina, donde se reunían los hombres al fin de la jornada, para trasegar aguardiente y ostras crudas bañadas en jugo de limón, los prodigios de ese otro mundo. Y entonces yo salía lentamente de la casa, y, lejos ya de la vista de mi madre, arrancaba a correr sintiendo el picor de la sal en el rostro, los piquetes de arena que levantaba el viento chocando contra mi piel. Y me trepaba a las palmeras más altas para mirar el horizonte. El aire traía melodías sin palabras desde el mar. También traía los sonidos cotidianos: llantos, carcajadas, canciones, palabras dulces o agrias, entrechocar de cacerolas. Cuando se encendía la luz del faro y aparecía en el cielo la estrella de la tarde, yo bajaba. Todo el paisaje estaba suspendido aún en una atmósfera clara y azul, y yo regresaba viendo cómo las sombras que caían destacaban el resplandor mágico del mar. Uno de aquellos días, vi caminando por la playa, en sentido contrario al que yo llevaba, una hermosa y extraña mujer morena que llevaba un niño pequeño en brazos. Tenía el cabello muy largo, suelto sobre la espalda y mecido por la brisa, y vestía una túnica blanca que le llegaba hasta las rodillas. Había como una luz que salía de

su interior y la rodeaba toda. Jamás la había visto antes, ni en Macanao, ni en El Griego, ni en Pampatar, y no parecía de la Isla. Sus pies desnudos se levantaban con mucha delicadeza de la arena, casi como si flotara. Cuando llegó a mi altura sonrió con un resplandor de perlas recién pulidas y volvió su rostro hacia el mar, donde reverberaba aún esa luz que separaba la tarde de la noche. Un barco pasaba a lo lejos. Por un instante lo miré —apenas punto negro— y la visión de un sitio donde los hombre no conocían el mar y miraban con asombro el remo que yo llevaba a la espalda me llegó, nítida. Cuando me volví a la playa, la mujer había desaparecido. Entonces caí de rodillas y cerré los ojos, deslumbrado, y supe que esa era la respuesta que esperaba: un milagro: que ella era la Virgen Santísima del Mar, y que de alguna manera me había dicho que mi destino era partir a tierras lejanas y hacer conocer en ellas Su Nombre. Por eso me lance a los caminos. Por eso me propuse fundar un pueblo. Por eso, en mis andanzas, fui trazando los planes de ese pueblo en mi mente. Por eso sentí que este lugar era el mío cuando me decidí a criar casa. Por eso ayudé a traer el agua, traje a mi familia, intenté componer las torceduras con que crecía el campamento, separé un terreno para la Plaza Mayor y la Iglesia, e hice la Corona de Virgen, y la coloqué de vigía en lo más alto de mi casa, y la hice giratoria como una veleta para que repartiera bendiciones hacia todos los puntos cardinales, protegiera a los hombres que se acogieran a su mandato, y trajera con bien a los que se alejaban por la sabana, como se alejan los navegantes de la costa. Y por eso fui yo quien bauticé a este pueblo con el nombre de Santa María del Mar.

Foto N.º 1

Uno ve la fotografía: en primer plano está el anciano, iluminado por la luz que viene, seguramente, de la puerta abierta. Está sentado en una mecedora de mimbre y de metal y se ve la esquina de un taburete de madera forrado con piel de res. Viste el anciano camisa, pantalón y franela. Calza chanclas de goma. Una de sus manos está ligeramente borrosa, captada en el gesto. La otra —la derecha— está oculta en la sombra de su costado, cerca del brazo de la mecedora. El anciano tiene la cabeza casi totalmente calva. Los ojos se pierden en una lejanía indefinible, y la frente está llena de arrugas que le dan un aire interrogante. No sonríe. Los lentes sobre la nariz fina y perfilada, muy bajos para poder ser verdaderamente una ayuda, parecen ser meramente una costumbre.

En segundo plano, muy oscurecidos, lucen los objetos: la alacena de madera cruzada de esas donde se guardan las piedras de destilar, y el televisor rebrillando. Encima del televisor hay un trofeo: una estatuilla que representa alguna divinidad alada montada sobre un pedestal. En la pantalla del televisor se refleja la sombra del anciano recortada contra la luz.

En tercer plano, sobre la pared empapelada, están: un difuso diploma de reconocimiento y una fotografía enmarcada en forma de óvalo que muestra una pareja: sobre la cara del hombre se reflejan: la puerta iluminada y la silueta del anciano

sentado en la mecedora. La mujer tiene rasgos indígenas y un severo traje cerrado hasta el cuello.

La leyenda dice así:

Don Castor Subero, uno de los fundadores de Santa María del Mar, en su modesta vivienda. Soldador al servicio de La Compañía durante muchos años, el trabajo terminó por afectarle gravemente la vista y el oído.

El vellocino de oro II

II

Recuerdo que me fui con Toribio Mata, uno que contrabandeaba con un tal Nezer Philipson, y que llegó a Macanao contando el mismo cuento de siempre sobre las lámparas y las maravillas. Para entonces, yo trabajaba de barbero, oficio que me había enseñado mi tío Bruno Marcano, y, a escondidas de mi madre, concerté el viaje, saqué la maleta de los instrumentos y dos mudas de ropa, y me fui. En el trayecto hasta Curazao, haciendo de grumete, aprendí algo de inglés con los marineros trinitarios, y ya en la isla, me puse a trabajar afeitando a los trabajadores de La Compañía, y entre ellos a un tal Mr. Creek, un gringo rojo que llegaba siempre los sábados a las diez de la mañana, con dos espalderos vestidos de verde, con revólveres al cinto y escopetas recortadas. Este gringo era muy despreciativo con todos, y sin embargo, fue él quien me ofreció un chance en La Compañía, y allí aprendí el arte de soldador. Como soldador recorrí bastante mundo y bastantes campamentos hasta que me cansé y volví a la Isla Grande, y me enamoré de mi prima Rosaura y nos casamos y pensé en montar un negocio, pero a medida que pasaba el tiempo, disminuían las posibilidades reales de instalarme y la picazón de la nostalgia me agobiaba el alma. Cuando supe que La Compañía andaba por los lados del río Dorado contratando gente, seguí un impulso y me fui para allá con mis enseres de

barbero, y logré engancharme en la primera cuadrilla de veteranos, que justamente estaba mandada por Mr. Jason Patrick, un americano medio brujo que había sido mi jefe en Curazao, y que siempre se quedó en la tierra, aun cuando se fue de La Compañía, y que está enterrado con honores de Fundador (no sé si porque era gringo o porque antes la gente daba más importancia a esas cosas) en el cementerio, pero que en aquellos días apenas estaba formando la cuadrilla esa que salió en enero del 32. Éramos trece, sacando a los tres gringos: Oileo Quijada y Fucho Medina, encuelladores; Paulo Tarcisio y Lío Merry, que eran caldereros; Sixto Rojas y Néstor Marín, electricistas; Ramón Boiscan, Julio Mata y Honorio Guillén, que eran cuñeros y trabajaban en la planchada; Tereso Alfonzo, que era el cocinero y Heraclio Marcano y yo, que éramos soldadores. El capataz criollo era Silverio Prada. Los gringos eran: Mr. Jason Patrick, Mr. Julius Turner, Mr. Peter Bush y Mr. Jimmy Eliot. Todos nos habíamos visto antes en los pueblos de la Isla o en los campamentos de occidente. Recorrimos un largo camino: primero, en la gabarra «Argos», que atracó en La Peña, y después en tres camiones, atravesando una sabana que parecía interminable: lisa, verde y quieta. Uno perdía en ella las sensaciones del tiempo y la distancia, como las pierden los navegantes en altamar. Antes habían salido los macheteros, porque siempre salían antes los macheteros, para despejar y limpiar el sitio donde debía armarse el campamento. Aquí llegamos al atardecer: todo era un solo viento y una sola y verde soledad. La primera noche, que nos pareció inmensa, sentíamos bajo nosotros la inocente solidaridad de la tierra. Hicimos café en una pequeña hoguera, y comimos en silencio, como si estuviéramos en presencia de una muchacha a la que amamos. De pronto, el Néstor, que era de Casanay y muy cantador, sacó un cuatro y comenzó a rasguearlo con un aire de la tierra, un polo, pero sin cantar, dejando salir solo la música. La hoguera se fue debilitando en la noche. Una terrible nostalgia nos aflojó los huesos, nos fue devorando suavemente las entrañas.

No hay más cuerpo allí

El sol caía de plano sobre la lona protectora de los *trailers* que surcaban la sabana. Los hombres aguantaban el bamboleo y los saltos de los baches, afianzándose sobre el banco. Hablaban poco, extendiendo la mirada hacia el paisaje cuya plenitud acusaba solo transformaciones sutiles. Atrás se iba quedando el otro mundo, borrado por las nubes de polvo rojizo. Pasaban las horas y los días. El viento soplaba sobre ellos. Algunas veces encontraban casas de barro con techo de paja donde vivían indios, protegidos de todo lo exterior y foráneo por una costra de milenios. Y un día llegaban a un poblado esmirriado. Casas que se desmigajaban de miseria. Calles polvosas. Los recién llegados miraban con asombro a los obreros de La Compañía: esos que iban rumbo a destinos imprecisos y los que salían por los portones. A sus ojos parecían conformar una horda de pordioseros: las ropas mugrientas, los cabellos erizados y sucios, las caras cuarteadas por el sol y el viento. Se preguntaban dónde estaban las maravillas, las monedas de oro, los billetes de banco tirados en los basureros, las lámparas eternas y los arneses de lujos que se usaban por estas tierras. Y los veteranos respondían burlonamente a los que se atrevían a preguntar:

—Ya lo irán viendo ustedes con sus propios ojos cuando les venga un puesto de la suerte. Ya verán lo que se siente chapoteando con el barro hasta las rodillas durante horas para cerrar una válvula o desenterrar una mecha. Cuando tengan que abrir

picas a golpe de machete bajo un sol encabronado. Cuando por las noches tengan que cubrirse con cobijas de algodón y aguantar el calor, pues si no lo hacen corren el riesgo de despertarse desangrados por los mosquitos. Ya oirán los gritos de los capataces. ¿Se vinieron buscando la buena vida? Ya verán qué buena vida.

En cada pozo palpita un corazón. Bombea resonando po po po po po. Elimina el ripio de las rocas desmenuzadas. El lodo transcurre por su arteria. Su movimiento enfría y lubrica la barrena. Y sigue resonando po po po po po. El petróleo permanece en las profundidades tenebrosas. Aceite de la tierra. Aceite de huesos animales que se diluyeron en la fuerza de los tiempos. Lámpara. Pebetero. Preservador de cadáveres. Alquitrán de piratas. ¿Qué alucinado descubrió su magia, lo persiguió con tenacidad febril, presintiendo sus ecos marinos y su oculto poder? Hombres temerarios rastrearon sus huellas por sabanas y ciénagas y lagos y desiertos. Viajaban en máquinas rugientes y monstruosas. Tocaban los nervios de la tierra, atravesando su piel y auscultaban su secreto corazón. En cajas de cristal colocaban piedras, trozos de rocas calcinadas, aguas extraídas del fondo de los pozos. Ante sus ojos se desplegaban extensiones desmesuradas cuyos paisajes ellos convertían en mapas cuidadosamente trazados en papeles de escala. Y allí marcaban con puntos rojos, azules y verdes, los sitios arcanos, con sus intrincadas claves.

El vellocino de oro

III

Al principio, solo algunos indios merodeaban en torno nuestro. Traían desde sus conucos en los morichales, algunas cosas para vendernos: casabe, yuca, ocumo, carne de cacería fresca o salada, chinchorros, vasijas de barro y cestas. El aire era entonces tan puro y liviano que por las tardes se escuchaban fácilmente las campanas de las iglesias de San Joaquín y El Carmelo, que quedaban a dos o tres horas de camino, viajando en camión. Se escuchaba el paso majestuoso del venado. El de la cascabel. Planeaban los gavilanes sobre los campos. Planeaban los gallinazos. Y el canto de las perdices y los torditos se mezclaba con el grito de las aves de rapiña y el melancólico ulular del chaure. A veces se oía también un solo de flauta o un cuatro rasgando el monótono canto del maremare, tocando la densidad del día, sin quebrarla. La música de los indios es extraña. Al principio parece que se escucharan siempre los mismos sones, los mismos ritmos, pero, con el tiempo, esos sonidos siempre idénticos van despertando en uno como el eco de recuerdos muy viejos, los de una historia misteriosa que nos concierne íntimamente. Al mediodía, y bajo la luz, toda la llanura se convertía en una inmensa laguna verde, sembrada de florecitas innumerables de vivísimos colores. Viéndola, a menudo recordaba yo el mar esmaltado de oro de mi infancia. El mar que era como la sangre

de algún dios, vibrando siempre con su propio e inexorable ritmo. Por todas partes se expandían sus rumores y su olor, su suave olor a hembra y a resinas, y se veía el resplandor fluorescente del plancton que flotaba sobre el oleaje. El mar. Siempre el recuerdo del mar.

Después, se elevaron las tiendas de lona donde vivirían los americanos, se descargaron los hierros de la cabria, las plantas eléctricas, las herramientas y las calderas. Unos cincuenta metros hacia el este, construimos la techumbre de moriche donde íbamos a colgar las hamacas. De pronto, llegó un ejército de alucinados. Llegaron construyendo precarias viviendas de paja que en las noches alumbraban con velas y focos de kerosén y de carburo: en vanguardia llegó un tal Roberto Calatrava para vendernos una carga de cerveza que se había traído envuelta en hielo y lonas desde El Caris. Vio aquí el negocio de su vida. Y se quedó. Más tarde puso un bar y una venta de víveres enlatados y llegó a ser el primer guachimán y el primer comisario de La Compañía, hasta que murió asfixiado bajo una estantería de sardinas que le cayó, dicen que por accidente. Y llegó doña Berta Manrique, con sus tres hijos montados en un burro y cargando en otro burro los enseres, para poner una venta de frituras y empanadas. Desde Aragua llegó doña Berta, el marido se había muerto palúdico y ella estaba muriéndose de mengua. Y llegaron desde San Alejandro, que era un sitio de perdición, la Hercilia, la Bayita y la Liliana, y abrieron la calidez de sus esteras a los ansiosos del amor. Llegaron tahúres para armar sus garitos, y buhoneros que venían de todas partes cargados de baratijas. Llegaron tramposos, prestidigitadores y curanderos. Y llegaron los guachimanes de La Compañía, que cada mañana recorrían los callejones laberínticos, y sacaban a empujones a sus habitantes y destruían sus viviendas y las incendiaban con antorchas embreadas: guachimanes renegados, perros de presa, sinvergüenzas con revólver al cinto, que alcahueteaban los

robos de mujeres que los americanos hacían en los pueblitos de los alrededores, y mataban y destruían y apaleaban a la sola voz de sus amos. Yo conocí algunos y, personalmente, eran excelentes personas, digo: particularmente. Pero cuando los nombraban guachimanes o capataces, y andaban con los americanos y recibían de ellos sus órdenes y el regalito de un cigarro o de un palo de whisky, entonces se volvían unos coños de madre. Y todo cambió de pronto. Las cuchillas relucientes cortaron el suelo y las ruedas del sismógrafo trazaron sus señales sobre la paja, que se fue raleando por el aceite y los incendios. Los indios miraron en silencio la invasión. La cabria empezó a elevarse entre el tropel de gente. La Compañía ni se preocupó en comprar las tierras. A los escasos dueños que pudieron comprobar su propiedad, los atrapó en contratos que parecían ricos, pero que, después se demostró, eran miserables. Yo no sé, ni nunca supe, qué se sentía, pero debía ser terrible ver cómo pasaban los tractores arrasando conucos y hogares para que los siguiera la planchada del taladro.

También sucedieron cosas maravillosas esos días. El mismo Mr. Patrick, a quien le llamaban mucho la atención las cosas de magia y brujería, y también las cosas de los indios que había por aquí, se puso al habla con uno de esos viejos, uno llamado Francisco Aray, y le preguntó si él podía saber por arte de algún encantamiento, dónde estaba más cerca el petróleo. Entonces el indio dijo que sí, y salían todas las mañanas en una picó, y dicen que el indio, después de rezar sus oraciones, recorría la sabana y se iba parando de acuerdo a cómo la extraña fuerza que había invocado le indicaba lo que quería saber, y Mr. Patrick marcaba esos lugares con puntos rojos en un mapa grande que llevaba. Extrañamente, las pruebas coincidían con las que después daba el sismógrafo. De tal manera que los otros americanos, con su mente bien práctica, consideraron en sus reuniones estas posibilidades, en orden de importancia:

1.º Que los operarios del sismógrafo, para ahorrarse trabajo, tomaban las marcas de Mr. Patrick y su indio y las ponían en sus informes.
2.º Que Mr. Patrick conocía estudios anteriores y los usaba para dar prestigio a sus creencias y para rodearse de un aura mágica.
3.º Que si lo del indio era verdad, entonces resultaba más económico, más cómodo y más rápido, contratarlo, y desistir del uso del sismógrafo.

Cierto que todo eso lo decían entre risas y bien borrachos, pero Mr. Patrick nunca se molestaba, y tanto él como su indio obtuvieron, en cambio, un gran prestigio entre los obreros y los campamenteros, que lo consultaban sobre los asuntos más dispares e inverosímiles: desde el mal de amor y las penas del corazón hasta las picaduras de culebra y las diarreas, desde las hechicerías con alfileres clavados hasta los dolores de pecho, desde la posibilidad de aparecer en las listas hasta la de encontrar tesoros escondidos. Eso, hasta que el OG-1 se fue en gas.

Voces

Nada altera la conciencia del desastre. El mundo se empapa con el caudal de nostalgia y pesadumbre que produce su inminencia.

¿Es este viento la frontera que nos aguardaba?

Con un rumor hosco arremete contra todo, se convierte en hoguera de polvo rojo que nos estremece y nos consume. Pero sería demasiado fácil si todos fuéramos arrastrados en esta hora, si tuviéramos el infeliz final de una novela: un final repetido, anunciado y estereotipado que nos liberara de la languidez y la melancolía de la espera.

Foto N.º 2

La leyenda de la foto dice: *Jason Patrick bajo la planchada del taladro del OG-1.* En primer plano, un gringo tocado con un sombrero claro de ala corta, adornado con una cinta negra, y con ropa de trabajo que se ve sucia de aceite, posa para la posteridad. Tiene la mano en la cintura. Es un hombre grueso y de mediana estatura, pero no se notan los rasgos de su cara. Bajo sus pies, en cambio, sí se nota la paja reseca, la tierra apisonada por el trajín cotidiano. Hay un cartel a la derecha del personaje, que dice:

NOTICE:
W.P. Project Nº. 150-P D Q
Started February 23, 1932
To be finished...?
Foreman: Mr. J. W. Patrick
Present Status s s s s h!

Detrás se ven, brumosamente, obreros afanados en la planchada, y se ve otro hombre vestido en forma parecida al que está de frente a la cámara, que va caminando hacia el pozo.

Esta foto apareció en la revista cultural *El Mene,* de Lagunillas, el 13-12-65. Fue recopilada de los archivos de La Compañía por el señor Manuel Mujica. Aunque no tiene fecha, ni identificación, se presume que fue tomada entre 1935 y 1936.

El vellocino de oro

IV

La multitud yacía esparcida después de muchos días y noches de trabajo. Un olor pesado impregnaba el aire. Gas. Puro gas. Las monstruosas máquinas amarillas reposaban. Las voraces devoradoras de piedras, de paja, de árboles, estaban reducidas a meras cosas inofensivas y sedentarias. La madrugada dibujaba un paisaje turbio en el cual los hombres circulaban lentamente. La torre del OG-1 se elevaba entre la neblina. Mr. Patrick gritaba órdenes a un grupo de fantasmas. Los cuñeros se esforzaban por cerrar la válvula. Gas. Gas. Solamente gas, pensaban los técnicos aglomerados frente al campo de lona. Ya nadie se regocijaba ni reía. Todos yacían inertes, como desahuciados, sobre la tierra roja. Días, noches, semanas, meses de trabajo y esperanza. Y allí estábamos. Sintiendo esa cosa pegajosa secándose sobre la piel con el aire de la madrugada. Los que estábamos de turno nos movíamos fatigadamente alrededor de la cabria. Algunos arrastraban con cuidado, sin encender los motores, las máquinas y los vehículos fuera del área de peligro. Los guachimanes hacían rondas para evitar que se acercaran los extraños, y advertían por altoparlantes que no encendieran fogones, lámparas o cerillos. El silbido del escape continuaba, llenaba todo. Era un silbido sordo y terrible. La luz lechosa del amanecer iluminó la multitud desolada, regada por el trozo de sabana, en torno a la torre. Hombres,

mujeres y niños, aferrados a sus bestias y sus enseres. Gente que había venido desde los cuatro puntos cardinales, desde todos los rumbos de la rosa de los vientos, arrastrando su hambre, sus harapos y sus fiebres, y que ahora, viendo deshacerse en vapor sus esperanzas, no acertaba ni tan siquiera a pensar en salvarse. Los americanos también se veían empalidecidos y desmayados. Gas. Gas. Ahora resultaba que esta sabana era un océano de gas. Hacia el saliente se perfilaba un resplandor rojizo, empañado por el gris vapor del gas. Ya era todo el amanecer. A esa hora, soñábamos con un café caliente que nos reanimara, con una tortilla que nos amainara el vacío del estómago. Iban llegando los muleros que traían las tinajas con la leche desde los ranchos cercanos y los mercaderes que arreaban sus pavos y sus ovejas para vender. Los capataces pidieron a Calatrava que repartiera a los que estábamos trabajando casabe con queso, un trozo de papelón y un trago de aguardiente, para calentar el cuerpo. Más tarde, el calor del día comenzó a dejarse sentir, volviendo más pegajoso y repugnante el olor del gas.

De pronto, se oyó un chasquido breve y un relámpago azul quebró el aire. No tan breve fue el grito. La guaya viva se había soltado, aventando al hombre con la pelvis vuelta pedacitos, reventándolo contra el fango. Un clamor surgió de la multitud horrorizada. El hombre daba unos gritos aterradores: gritaba y gritaba, aullaba y aullaba sin alivio. Enseguida se supo que era el Fucho Marquina. En su momento había caminado desde La Lira, un pueblo en medio de la selva donde estaba concertado por un sueldo de miseria, hasta San Alejandro: cuatrocientos kilómetros a pie, huyendo por caminos y vericuetos de los perros del amo y de las fieras y de los bandoleros. Cuando llegó consiguió alistarse casi enseguida, lo que consideró una gran suerte. Ahora estaba tirado en el fango, gimiendo, sudando por todos los poros, deshaciéndose en sus jugos a causa del dolor. Mr. Patrick lo miraba, impotente, y se le salían las lágrimas. Algunos hombres

lo rodeaban y las mujeres, que habían roto el cerco de los guachimanes, le limpiaban el rostro y le humedecían los labios con un pañuelo mojado de aguardiente. Todo el mundo parecía atontado. Los capataces americanos volvieron a gritar sus órdenes, coreadas por los capataces criollos. Los guachimanes volvieron a alejar a la gente. Lentamente, cada uno volvió a lo suyo. Algunas mujeres se quedaron, alborotando y sollozando en torno al herido, cuyos gritos cada vez eran más espaciados, cuyos gemidos eran cada vez más profundos e irracionales, como los de un cachorro abandonado o un niño enfermo. Por encima del chapoteo, del girar de las grandes tuercas, de las voces de mando, del rumor de las conversaciones y el silbido del escape, nosotros tendíamos el oído para tratar de escucharlos. Y el silencio en que se hundieron fue como una explosión, todavía más terrible porque la esperábamos con el secreto deseo de que no se produjera. Entonces vimos pasar la camilla, piadosamente cubierta con una cobija azul, y vimos a las mujeres trotando tras ella, listas para el velorio, y vimos a Mr. Patrick arrastrando los pies, alejándose abrumado hacia el campo de lona. Allí, los técnicos bebían whisky amargo. En Nueva Jersey y en Nueva York, las acciones de La Compañía acusarían una baja alarmante. Los accionistas y corredores mirarían con ceños fruncidos los reportes de los diarios y de las pantallas de las Casas de Bolsa. Haría frío en esos sitios: era invierno. Hombres de negocios y padres de familia, inversionistas por igual, mirarían desolados la nube de gas que nublaba el horizonte. Ninguno de ellos, es seguro, pensaría en la gente que por estos andurriales vivía y moría. Jodida la gente. Espiaba con tribulación la violenta y peligrosa corriente del gas. Sabía que un chispazo malhadado podía destruir todo en un parpadeo. Pero no se movía. Una lentitud terrible paralizaba las horas. Todo el día estuvimos trabajando y muchos cayeron desmayados al pie de la planchada, agobiados por el cansancio y la tensión. Hacia las seis, logramos cerrar la válvula y colocar un alto tubo que regulara el escape. Hacia las ocho,

Mr. Turner encendió la guía que quemaría el gas sobrante y el mechurrio brotó con fuerte ruido, rojo y altivo, como una agitada bandera de fuego. Toda la sabana se hizo de pronto más extensa y profunda. Y esa luz iluminaba hasta nuestros más recónditos rincones, hasta los más antiguos y ocultos parajes del camino de los muertos. El firmamento ardió breves instantes en lenguaradas de candela antes de convertirse en un único resplandor parejo que parecía inextinguible, y la gente se animó como si con aquella luz se hubiera dado inicio a una fiesta.

Pero no fue fiesta. La Compañía, al día siguiente, comenzó a liquidar a los hombres, después del entierro del Fucho. Y la gente se fue entonces, se desperdigó por otros campamentos, se fue tras el rastro del sismógrafo. Y aquí lo que quedó fue un caserío triste por donde pasaban, deteniéndose apenas, los camiones. Un caserío iluminado perennemente por el resplandor con que se quemaba el gas en el mechurrio. Algunos se quedaron por inercia. Otros nos quedamos porque quisimos criar casa, arraigarnos, crear un pueblo. Ya sin la amenaza de los guachimanes, trazamos el cuadrado de la Plaza Mayor y comenzamos a construir el templo de la Virgen, y tiramos a cordel las primeras calles verdaderas, cercamos el cementerio, separamos un espacio para el mercado. Y aquel grupo, del que recuerdo a las Pedregales, a Oileo Quijada, a Silvio Bonatesta, que se empeñó en comprar una planta eléctrica y un proyector de cine que, a las horas de función, quitaba toda la energía al pueblo, a Silverio Prada, a Heracles Marcano, al mismo Calatrava, comenzó a construir este lugar. Juntos sembramos los guayacanes y las palmeras, las cayenas y las rosas. Tuvimos hijos que correteaban alegremente por esas calles, hicimos huertos y abrimos pequeños negocios que surtieran las necesidades de la gente y por ese entonces fue cuando hice la Corona de la Virgen, y Rosaura, mi mujer, junto con Inés y Ángeles Pedregales, montó una escuela para enseñar a leer, a escribir, a contar y rezar a tanto muchacho realengo como por ahí había.

No hay más cuerpo allí

En el nuevo mundo, uno no puede mirar hacia atrás. No es posible permitirse esa debilidad, ese lujo. Los orígenes se pierden definitivamente en el horizonte ilímite de un mar donde aún humean las naves. En torno a uno va surgiendo un pueblo: al principio, con calles tortuosas y laberínticas. Los que lo forman tienen el aspecto patibulario y desvencijado de quien ha andado mucho. Legiones de pordioseros con las ropas mugrientas y la piel pálida, son los que deambulan entre las precarias viviendas, y algunos van desgranando monólogos interminables. Pero ninguno mira hacia atrás. Porque para ninguno hay posibilidades de regresar al Paraíso Perdido.

En cambio, en el presente, *la atroz celebración* de un festejo para sombras, donde los festejantes, sombras también, preparan sus manjares y sus delicadas bebidas, y sirven cantando sus mesas, erigiendo la fragilidad de sus altares a una divinidad azarienta, *levanta el pasado* como el polvo levantado por una tolvanera, como un remolino de hojas secas. Los oficiantes, ocupados en sus ritos propiciatorios, dicen: ven ven ven ven ven ven. Y el pasado viene, claro, invocado por una liturgia tan esperanzada y solemne. Mas solo es ilusión. Solo hay sombras donde antes había cuerpo y sangre. Solo agua y polvo. Lo único que permanece es el siseo del viento en la sabana, el paso sigiloso de la serpiente de cascabel y el alto y elegante vuelo de los gallinazos. Todo imperturbable como una máscara por la que no pasa el tiempo.

El vellocino de oro

V

Un día, más de dos años después de su partida, volvieron los camiones. Esta vez las cuadrillas venían al mando de Mr. Turner. Y armaron otra vez el campo de lona, y volvieron las multitudes y los guachimanes y los listeros. De los dos de la primera cuadrilla quedábamos cuatro, incluyendo a Mr. Patrick, quien se había dedicado en ese tiempo al cultivo de la tierra. A todos nos contrataron, pagándonos el doble de lo que ganábamos antes. Durante los días que estuvo ausente La Compañía, nos habíamos mantenido ejerciendo los antiguos oficios que habíamos aprendido antes de trabajar en el petróleo y el pueblo había ido creciendo como una pequeña flor silvestre, escuálida y resistente. Ahora todo el mundo volvía nuevamente los ojos hacia los portones de La Compañía, pendiente del grito de los listeros. Se perforaba duro, de día y de noche y en varios sitios, como si se pretendiera atravesar la tierra, conjurar de alguna manera el fantasma del gas y la derrota. Es verdad que el del petróleo es un trabajo que come gente, que come pedazos enteros de tierra, que ensucia el agua y el cielo, pero hay una satisfacción extraña en todo eso, un gozo de victoria conseguida después de grandes luchas, como lo que se siente en una guerra, a pesar de los muertos, de los mutilados, de los desertores, cuando terminan las batallas y uno se sabe vivo. Y a mí particularmente

me conmovía una sensación extraña, de gozo íntimo, cuando veía armarse las cabrias quebrando el cielo abierto y desnudo, y cuando sentía el ruido atroz de aquella giración que perforaba y perforaba, penetraba y penetraba, buscaba, sacaba chorros de agua secreta, incrustaba su pico largamente, dando vueltas se hundía en el lodo hasta que salía aquel líquido verdeoscuro y caliente, porque el petróleo no es negro del todo, sino así: verdeoscuro, o por lo menos así lo veía yo. Por eso, cuando el OG-1 reventó, y en ese reventón el petróleo nos salpicó, nos empapó con su llovizna pegajosa, yo me sentí como si estuviera borracho, pero sin estarlo, y todos nos sentíamos así, y nos abrazábamos como si fuera Año Nuevo, y nos pasábamos de mano en mano las botellas de ron y de whisky para brindar por el triunfo. Porque ese era el triunfo de todos, la llegada, al fin, del progreso, ¿no?, del futuro.

Voces

No hay nada que soporte sin resquebrajarse el paso del tiempo, su constante embestida. La furia del viento redobla, pero ninguna ruina se derrumba. Miro al frente sin comprender. Busco la razón de esta devastación brutal. El asma que me asedia va cediendo poco a poco, y desde dentro de mí siento la crepitación de las esperanzas que se desgastan. El sueño de ver mundos nuevos, de forjar con mis manos un pueblo, no fue más que eso: un sueño. No tuve la fuerza para encender la semilla, para eternizar en la roca mi linaje. Y de pronto, como si solo esperara ese reconocimiento íntimo de fracaso, una lluvia tibia y frágil comienza a desprenderse sobre la tierra. La lluvia se agita con los ramalazos del viento, golpea los tejados de zinc, levanta vapor grisáceo del asfalto y aplaca lentamente el polvo. Un grito de alegría se expande y los niños corren, insaciables, aprestándose al gozo del torrente. La lluvia huele sobre la sequedad como un animal vivo, y yo doy las gracias por ese don cayendo inocente y hermoso encima de tantas cosas muertas, sobre los días de febrero en este lugar donde estamos casi agonizantes, donde tenemos casi nada.

Los señores en sus grandes casas y en sus oficinas, los señores que construyeron este desierto, los señores bestiales y sus acólitos, estarán mirando en este instante, desde las ventanas de sus edificios tan lujosos, y ya tocados también por el desgaste, cómo la lluvia va dominando al viento. Y el pueblo llano, crédulo, frenético de festejos, fanático del aparente triunfo de las edades, continuará con furor sus preparativos: de los talleres de los artesanos saldrá un bello carro alegórico: cornucopia o quizá madreperla abierta al sol. En los salones del taller de Arte se terminarán de pintar los paneles de la escenografía de alguna obra de teatro, y los niños de la escuela desfilarán dentro de las aulas, apartando los pupitres hacia un rincón, y

ensayarán otra vez sus recitaciones, hechas con claras voces: versos inspirados en el magno hecho del cincuentenario, o en el dios petróleo o en la persona y la obra de El Gran Novelista que nos inmortalizó, y que también estará mañana presidiendo los actos. Y las maestras seguirán preparando las guirnaldas, las amas de casa retocarán la pintura de las fachadas de sus hogares, los vecinos se reunirán para limpiar las calles y ornamentar los muros vacíos, mientras conversan y beben cervezas, las hijas de María rezarán el tercer rosario de la tarde mientras bordan el exquisito mantel que cubrirá el ara donde oficiará el obispo, y los empleados del Ayuntamiento terminarán de colocar las tarimas y las luces de colores que atravesarán de parte a parte las calles, como si fuera Navidad. Sí: la lluvia se va llevando la tempestad y la ventisca. Y yo, sin nombre, *busco los vestigios y las huellas de un pasado que no existe y que quizá nunca existió*, ahora oculto en la matriz del agua después de haber devorado los objetos. Afuera, las plantas se estremecen.

El vellocino de oro

VI

Una tarde, casi recién llegados, fuimos al morichal los hombres de la cuadrilla. El aire era allí tan puro y transparente que las cosas contrastaban en él como si estuvieran delineadas, bañadas de una luz que recrudecía el valor de las sombras. El río era pequeño y rumoroso: un río de llanura con aguas límpidas. Nos disponíamos a bañarnos cuando las vimos. Sin duda alguna, ellas nos habían visto primero, y trataban de escapar sin que las advirtiéramos, animándose entre sí con empujones y sigilosos cuchicheos. No eran muy grandes. La piel era diáfana y tersa, casi blanca. Tenían el cabello húmedo pegado a la cabeza redonda, los ojos grandes, oscuros y asustados, las tetas erguidas y carnosas, la cintura estrecha, y la cola de pescado cubierta de una piel ligeramente más oscura, lisa y sin escamas. Nos quedamos paralizados entre sensaciones confusas de miedo, asombro y fascinación. Sixto Rojas se lanzó al río, aún vestido, tratando de atraparlas, pero ellas aceleraron sus movimientos y se perdieron tras un recodo reverberante. A duras penas logramos sacarlo y convencerlo de que se viniera con nosotros. Después de ese día, se le vio abrumado por una pena secreta. Se volvió taciturno y ensimismado, hasta el punto de que los capataces decidieron sacarlo de la cuadrilla. No le importó. Por las tardes caminaba hasta el morichal, y permanecía recorriendo la orilla

del río con un fervor desolado, rogándoles a gritos que regresaran. Es cierto que nosotros deseábamos volver a ver a las sirenas, pero el instinto nos mantenía alejados de esos lugares, y rehuíamos conversar sobre el asunto. Cuando Sixto Rojas desapareció, sentimos una mezcla de alivio, nostalgia e inquietud.

Una semana después, lo encontraron muerto en el morichal. A su lado, también muerta, estaba una de las sirenas. Parecía una niña. Su cara lucía ajada por la muerte, demacrada, con bolsas debajo de los ojos cerrados. Alrededor de los labios tenía una fina línea violácea que destacaba violentamente contra su palidez. Pero toda ella tenía un aspecto tenue y frágil, como si estuviera a punto de desaparecer prodigiosamente delante de nuestros ojos. Lo que más llamaba la atención era la sutileza de sus manos: largas, afiladas y hermosas, y también la finura adolescente de sus senos pequeños y ligeramente carnosos, menos túrgidos de los de las primeras que vimos, como si esta hubiera sido más joven, y, por eso mismo, más sensible, más susceptible de ser seducida, pero sin mancharse. Su aspecto era tan inocente, tan virginal, que muy pocos se atrevieron a hacer bromas procaces, y quienes las hicieron tuvieron que callarse ante la censura de los otros. Porque a todos nos daba la impresión de que se nos había muerto una hermana muy querida o una hija, sin comprenderlo, ni merecerlo.

Los americanos, en un gesto que fue muy criticado, la metieron en una caja de cristal llena de hielo, y la enviaron a los científicos de su país para que la estudiaran. Fue en ese tiempo cuando bajó un avión por primera vez en Los Bajos, en la parte oeste del Campo Giraluna, y en él venían los encargados de llevársela. La urna de cristal fue seguida por una multitud mantenida a raya por los guachimanes. La gente del cortejo iba con velas encendidas, rezando y cantando fervorosamente. Cuando el avión llegó desparramando sus resplandores plateados, hubo un movimiento de terror entre la gente, asombrada

del prodigio. Cuando se elevó, llevándose los restos de la sirenita, las plañideras lanzaron gemidos dolorosos y algunos hombres sintieron el llanto humedeciéndoles las mejillas.

Al Sixto lo enterraron allí mismo, en el morichal, porque la gente decía que como había estado poseído por un encanto, traería mala suerte al campamento enterrarlo más cerca. En los días siguientes, los técnicos de La Compañía vinieron y midieron con extraños aparatos la densidad del agua, el peso y la dirección del aire, la composición química de cada charco, el tipo de vegetación, y quién sabe qué cosas. Asimismo, recogieron muestras de la fauna y la flora que clasificaban en cajitas de vidrio y fotografiaron cada rincón. Durante esos días hubo mucho de este mismo viento, y los indios lucían atemorizados. Los chamanes hacían secretas invocaciones a sus divinidades, decían, y ya ni querían que nos vendieran sus cosas. Cuando se aplacaron por fin las tolvaneras, el aire de los morichales había perdido su antigua transparencia, y el río lucía el color amarillo rojizo que ahora tiene.

Poco después, por orden de Mr. Patrick, Silverio Prada colocó allí mismo la bomba que llevaría el agua, a través de dieciséis kilómetros de tubería, hasta las dos pilas del campamento.

No volvieron a aparecer jamás las sirenas.

No hay más cuerpo allí

Uno llegó a presenciar muchas muertes. Cuando habían fermentado las pasiones, cuando un fuego crepitante invadía el pecho y las entrañas de los hombres, de pronto se oía un grito, una voz airada que recomponía las viejas palabras, y otro grito que respondía al insulto. Se oía un arrastrar de pies sobre el piso. Se abría un hueco de silencio y, súbitamente solitarios entre la multitud de espectadores que coreaban todas las derrotas, los enfrentados se golpeaban brutalmente, o, cegados por un designio siniestro, sacaban a relucir cuchillos o navajas de amplias hojas. O quizá un revólver que se disparaba con un estampido sordo. Y caía un hombre herido o una mujer con una flor de sangre entre los senos. El Llanero Solitario recorría la sabana con su indio, maravillándose del tranquilo esplendor del paisaje bajo las altas torres coronadas por el fuego elevándose. Y un cortejo de gallinazos despojaba a los muertos de sus posesiones más preciadas antes de entregarlos a la anonimia de una carreta pública y una fosa común.

Y otras noches, en algún minúsculo escenario sobre el piso de tierra apisonada, bajo el techo de paja o de lámina, débilmente iluminada por un foco azul, o quizá rojo, alguna escuálida figura se desnudaba, adquiría ante los ojos ávidos una desmesurada belleza, se recubría de una mágica investidura que tenía el poder de tocar todos los deseos y hacerlos abrirse como flores. La figura —hombre, mujer o andrógino— se movía

entre la luz mortecina y lánguida, siguiendo el ritmo carrasposo de una música que brotaba del tocadiscos de batería. Uno escuchaba los jadeos, los resuellos entrecortados, los suspiros entre las conversaciones y las obscenidades, las invitaciones gritadas a voz en cuello, las provocaciones. Uno sentía el olor seminal confundiéndose con los olores del sudor, de la cerveza rancia, del alcohol derramado y del humo de los innumerables cigarrillos. De pronto, el espectáculo terminaba, se encendían otras luces y las parejas salían a bailar. Los hombres evocaban sus tierras lejanas, poseídos por una dolorosa melancolía que no lograban aplacar ni la noche ni la excesivamente reiterada palabra. El polvo del piso se levantaba suavemente ante la cadencia de los pies golpeando y se posaba sobre las cosas y los seres.

Vimos llegar hembras de todos los tipos y colores, doctas en las artes del amor. Y mozos bujarrones adiestrados en los burdeles turcos para complacer las exigencias más sutiles. Y estos seres refinados y exóticos competían con las puticas pioneras y los mariquitos requemados que se escondían en los últimos rincones.

Vimos estos seres maravillosos en los serrallos destinados a los jefes gringos y a sus empleados de confianza. Para su gusto crearon la *Casa Nueva York*, que tenía una alberca grandiosa que llenaban los aguadores cada quince días después de que los empleados se afanaban en vaciarla y limpiarla cuidadosamente para satisfacer el ansia infinita de asepsia de los amos. Y tenía jardines con palmeras y macizos cultivados de lirios y cayenas y hasta rosas. Y espléndidos salones discretamente iluminados, con sitios separados por biombos hermosos dibujados a mano. Allí todo placer tenía su correspondencia, toda petición era complacida. Una vez al mes, los agentes de la *Casa*, escoltados por un piquete de guachimanes, recorrían los villorrios de los alrededores comprando la virginidad de las muchachitas campesinas, que eran rifadas al bingo o la lotería de animalitos, y

entregadas luego a los felices ganadores cubiertas de un velo de tul, bañadas en flores de azahar y recostadas en sábanas de satén o de seda. Algunas se quedaban trabajando en la *Casa*. Otras eran menos afortunadas.

En el jardín de *El Secreto de Susana* florecían, dicen, todas las flores, bajo la férrea mano de Mélida Reyes, quien se empeñó en competir con la *Casa* de tú a tú y hasta hubo guerras secretas con sus muertos, sus heridos, sus traiciones. Y en el callejón de Mr. Felipe o en los predios del Conde de Colombia, decenas de catres se abrían en barracones iluminados con bombillitas débiles y separados con cortinas de cretonas floreada, y allí esperaban mujercitas que olían a pachulí y a fogón. La música vibraba por todas partes. El humo. El rumor de las conversaciones y de los brindis. Toda la noche de Santa María era un gran concierto a lo maligno, a lo sensual, a lo invertido, a lo pecaminoso, al brutal placer y a los dolores.

Por las mañanas, una muchedumbre anhelante se agolpaba en el claro frente al portón del Campo Giraluna, a la espera de un chance de trabajo. A esa misma hora pasaban los piquetes recogiendo los heridos y los muertos que quedaban de la noche. Pasaban en una carreta tirada por dos mulas. A veces dejaban un rastrico de sangre en la tierra. Y otros piquetes de guachimanes pasaban a destruir algunas nuevas casas que estaban demasiado cerca del taladro. Y, mientras tanto, más y más gente llegaba y se desperdigaba por toda la calle Bolívar, en los alrededores del mercado adonde se estacionaban los viajeros. Y la gente llegaba entumecida y atolondrada, buscando donde quedarse o donde tomarse un trago de café.

Vimos llegar a la gente. Sobreviviente del paludismo, de la guerra, de la miseria.

A lo largo de la calle Bolívar y Aragua, las vendedoras de comida se alineaban. En fuegos alimentados con leña, se freían empanadas y quesilladas, tajadas de plátanos, trozos de carne

gorda o magra, pescado de río. En calderos de hierro se hacían las salsas rojas y apetitosas, sopas con abundante verdura, arroz con ají dulce. En grandes budares se tendían arepas de maíz amarillo. Las mujeres espantaban a cada rato a los perros y las moscas y gritaban a los chiquillos que corrían entre los carros que pasaban y las piernas de los transeúntes. A veces, uno que otro chiquillo era aplastado por alguna de las camionetas que cruzaban raudas hacia las perforaciones de los alrededores, y a los gritos que provocaban esas efímeras tragedias, se respondían con un *La Compañía Paga* y la vida seguía su curso. Las mujeres diurnas irradiaban un olor vivo a casa hecha. Muchas lucían con prestancia y orgullo su preñez y eran generosas y reidoras. Los hambrientos las miraban con ganas de arrimárseles, olfateando el aire desde sus rincones.

Todo el día en Santa María era un gran mercado. Pasaban los aguadores y los buhoneros y los indios taciturnos, con sus sombreros de paja, sus landillas azules y sus alpargatas de hilo de algodón. Los indios que se colocaban en El Luchador para ofrecer sus cacharros de cerámica, sus cestas y sus chinchorros tejidos con fibra de moriche. Así vimos el pueblo crecer y entonces La Compañía ordenó a sus guachimanes dejar en paz a la gente, y uno se alegró. Y La Compañía construyó su propio pueblo para que vivieran sus gerentes y sus técnicos: un pueblo limpio, blanco, ordenado, con parques y canchas deportivas y albercas y servicios y personal uniformado, lejos de la locura y el ruido y la ruda heterogeneidad de los que se reunían alrededor de las cabrias y el campamento. Un pueblo que llamaron, sabrás Dios por qué, San Roque, y que protegieron con doble alambrada y hombres severamente armados y perros guardianes.

El vellocino de oro

VII

Vivíamos entonces bajo el constante resplandor del mechurrio, bajo la impresión de ese soplo caliente y rojizo. A veces pensábamos que había estado allí desde siglos antes de que los hombres llegaran a esta tierra. Era muy fácil olvidar. Cada pozo que reventaba traía consigo su luz tremoleante y todo se impregnaba del olor del gas quemado. Y el pueblo creció, a pesar de todo, con laberintos de casuchas rodeados de avenidas flanqueadas por guayacanes y chaguaramos, y placitas y jardines siempre florecidos a pesar de la escasez de agua y el polverío. En casa, ya Rosaura había iniciado una cría de gallinas, y para cuando hicimos la primera procesión de la Virgen del Mar y vino el Obispo, estaba encinta por tercera vez.

Voces

Rosaura, Rosaura: acaso hiciste bien en morir cuando el pueblo comenzó su declinación, acaso nuestros hijos hicieron bien en buscar en otros lados su horizonte particular. En medio de tanta ruina, yo vivo con el recuerdo de tus ojos que por gracia concedida a tu bondad no vieron lo que hoy veo. Nada turbio y devastado los empañó, gracias al Cielo. Y no es poco, en realidad, en medio de tantos desenlaces. Ahora va llegando el silencio. Un silencio que viene desde el centro de los ruidos. Ya no llueve. El silencio se confunde con el rumor de las palmas, los guayacanes, las cayenas, los lirios y alguna que otra rosa sobreviviente. Irradia su existencia fluida y los recuerdos parpadean en su ámbito como lámparas veladoras. El tiempo se larga como un río (como en Heráclito, esta última luz de febrero jamás volverá a brillar sobre este mismo instante, ni en esta misma ciudad), el asma sigue crepitando en mi pecho. Oigo ecos de pasos. Silencio de destrucciones. Presencia tuya, Rosaura. Presencia de otros navegantes que cruzaron la llanura y hoy ya no están. Los últimos danzamos como sombras al son que nos toquen. Nuestro futuro ya pasó a la historia. Es el ocaso de un día esplendoroso y de una raza. Si tuviera el mismo valor, la misma fuerza de hace unos años, yo me uniría hoy a aquellos que ayer tomaron las antorchas y provocaron los cotidianos incendios para alborotar el caserío. No pudieron y hénos aquí. Sin miedo, ni peligro. Ya ni siquiera flota sobre nosotros el esplendor del mechurrio. Hasta el gas ha sido dominado. Los balancines trabajan controlados por computadoras. Las cabrias fueron desarmadas para dejar paso libre al viento. El gas corre por tuberías hacia plantas gigantescas donde es transformado, utilizado y vendido. De todo se obtiene ganancia y ya no hay gigantes que vencer. Los señores han creado el mundo a su imagen y semejanza y sus cerebros electrónicos lo dirigen

con economía y limpieza. También con impunidad. *(Esta tarde, un hombre se ahorcó en su celda,. Eso dicen, al menos. El hombre, un campesino todavía joven, había intentado secuestrar un avión para que lo llevara al Gran País del Norte, donde le habían dicho que todo era Bello, Libre, Higiénico, Feliz. No tenía más arma que su ilusión. Fue detenido. Fue encarcelado. Ahora, dicen, se ahorcó... ¿habrá podido encontrar la salida del túnel? Porque tal vez no: tal vez la luz que vislumbramos a lo lejos es el otro tren que llega)* ¿Para qué, entonces, servimos los hombres? Mejor sería que un viento fuerte nos derribara, nos arrastrara, antes que seguirnos bebiendo la cólera amarga de la inutilidad y la impotencia. Pero ¿adónde ir que no sea a esta isla de la memoria y a la irónica espera de la estatua?

El vellocino de oro

VIII

Cuando el pueblo comenzó a prosperar, llegaron los políticos: los alcaldes, los jefes civiles, los diputados, los representantes de cualquier autoridad civil o militar. Y llegaron los supervisores, los recaudadores de impuestos, los leguleyos, los picapleitos, los gestores, los esbirros, los espías.

La primera panadería la puso El Cuquero. Dicen los entendidos que cuatro cosas hacen un pueblo: la Iglesia, el Agua, la Escuela y la Panadería. Una mañana bien temprano, Delvalle, la mujer de El Cuquero, que era una catira hermosota de los valles de Casanay, salió con una gran cesta sobre la cabeza, voceando: paaan paaan paaaaan recién hecho con su musical y resonante voz de campana, moviendo las poderosas caderas, expandiendo a su alrededor el perfume del pan.

Delvalle era muy bella y El Cuquero andaba siempre ojo avizor, vigilando a quien se la viera con alguna ambición. Pero esa mañana no fue ella quien causó el revuelo que hizo detener a los transeúntes e hizo levantar de sus lechos a los seres de la noche, los sacó a los quicios y a la luz del día: fue el olor del pan recién horneado que les hablaba del hogar y de la madre y de las maceticas de flores en el patio.

Era septiembre del 42 cuando inauguramos la iglesia con una procesión solemne adonde vino el Obispo, quien bendijo la

imagen de Nuestra Señora del Mar, tallada por mi tío Euclides Subero, ya casi ciego, y era tan hermosa que parecía de verdad. El mismo año me había traído la piedra y aproveché para que también la bendijera Monseñor. El traje de la Virgen se lo hicieron las damas de la Cofradía de la Virgen del Mar, en seda bordada de hilos de oro y adornada con perlas de las más finas. Ese mismo día abrió el local del Sindicato, justo frente a la Plaza Mayor, y después de tantas luchas. Porque al principio los sindicalistas eran perseguidos, como si fueran diablos y anticristos, por La Compañía, y yo recuerdo, por ejemplo, cuando llegaron aquellos tipos: Vincent, Marval, Antúnez, Marín, Piedrahita, y nos hicieron notar el salvajismo de los capataces americanos y hasta de los criollos, y la forma de ser de los guachimanes, y nos hicieron ver cómo trabajábamos y vivíamos. Nosotros creíamos que estaba bien, pero ellos se pusieron a hablarnos en los bares, en las galleras, en el comedor, y a convencernos, y el tal Pedro Boada, otro que llegó por esos tiempos y que era apenas un jovencito, se paró un primero de mayo frente al portón y comenzó a soltar un discurso y el tipo gritaba y gritaba: *Pero todo lo que recibimos de La Compañía, sus bondades y generosidades, lo pagamos y repagamos*, decía, *trabajando como esclavos: doce, catorce horas, y si nos morimos qué hay, pues, pagamos con la vida, si acaso dan algunos centavos para el cajón, y las ganancias gruesas se la llevan ellos: los gringos, para su país,* decía, y los guachimanes lo bajaron a palos, se lo llevaron y la sangre le tapaba como un velo la cara, y el tipo aquél seguía gritando, verraquísimo, y los guachimanes seguían dándole palos. No supimos más de él. Pero nos pusimos a pensar: claro que La Compañía pagaba mejor que los hacendados, que teníamos un comedor y un dispensario y Comisariato para comprar lo que necesitábamos, más barato, pero yo no sé por qué se me vino a la memoria en esos días aquel Mr. Creek que cuando yo estaba en Curazao iba a pelarse con sus espalderos armados

y vestidos de verde como militares, como si él pudiera tener su propio ejército. ¿Y qué eran los guachimanes, pues? Y comprendí muchas cosas, o creí comprenderlas al menos, cuando vi cómo La Compañía jodía a los sindicalistas, y es que aquellos sindicalistas sí que eran gigantes, y La Compañía tuvo que fajarse con ellos: luchar y luchar, pegar y pegar, ceder y ceder, y ¿por qué negarlo? comprar y comprar. Hasta compraron a unos tipos como Silverio Prada y Heracles Marcano, que eran tan fajadores y tan honestos y tan duros. Porque el Calatrava siempre fue una veleta, o un bailarín que se meneaba al son que le tocaban los gringos, pero estos compañeros, no, oh, ellos no, pero finalmente los compraron para que negociaran y vencieran de una u otra forma a los sindicalistas. Y por la noche llovían palos y desaparecían a la gente, o mataban, como mataron al Viejo Queneto, y durante el día, los tipos de Relaciones Públicas eran pura sonrisa aquí y allá, y señoras rubias acariciando negritos y regalando medicinas, juguetes y ropas en los barrios pobres. Y aquellos que debían ser nuestros aliados, como hijos de estas tierras, se convirtieron en nuestros peores enemigos: por estupidez, por egoísmo, por maldad, por ambición: no importa. Yo recuerdo a aquel negrito que cargaba equipajes en el Terminal de Pasajeros, hijo de un *mayfriend* que murió cuando estalló el oleoducto de El Carmelo, Carlos Alexis se llamaba, y se llama todavía, que era tan inteligente y comenzó escribiendo notas de denuncia en el periódico del Sindicato, que recibió una beca del sindicato para estudiar, y luego ingresó como periodista en *La Alborada*, el periódico que inventaron los hermanos Marín, para terminar defendiendo los intereses de La Compañía en diarios y programas radiales: ahora es empleado del Departamento de Relaciones Públicas, con oficina en San Roque, donde le sirve el whisky a los gerentes, les enciende los cigarrillos, les distrae a las mujeres y a los niñitos mientras ellos se van de juerga, les prepara fiestas y agasajos, les recibe

los huéspedes ilustres, y todo con un gran celo y también con grandes celos, porque dicen que le hace la vida imposible a todo el que ve como posible competidor. Dicen también que es uno de los miembros del Comité Organizador de los Festejos del Cincuentenario, y no lo dudo. Si es para sacar lustre a su figura y a la de los gringos, allí está él. Hubo un tiempo en que miraba a todo el mundo por encima del hombro y comenzó a presumir de su importancia, a exhibirse armado con un revólver porque y que lo necesitaba para defenderse. Pero de quién, porque ¿por cuál razón un hombre bragado va a hacerle algo a un negro que se pinta el pelo y se lo alisa y quiere andar disfrazado de gringo? en tipos así, el enemigo verdadero es el que lleva dentro. Y, pobrecito, él tampoco tiene toda la culpa, porque La Compañía ha esclavizado a muchos encantándolos, pagándoles sueldos de delirio que ellos derrochan y sin los cuales ya no podrían vivir. O invitándolos a sus banquetes y haciéndoles creer que son maravillosos. Hasta gente leída y escribida ha caído en las piedras de ese molino y se ha vuelto harina de otro costal. Y todavía hay otros que son voluntarios cómplices del bandolerismo o la corrupción, que han sido incitados al robo y que por sus robos y complicidades los tienen agarrados. Antes yo me preguntaba si sería cierto que tanta gente recibía sobornos, no lo podía creer, y, bueno, para qué preguntarme pendejadas, si desde el comisario hasta el inspector de minas, y desde el inspector del trabajo hasta el gobernador y el mismísimo presidente, aquí todo el mundo se embarraba. Pero aquel día de la procesión, con el señor Obispo presidiéndola, con tantos monaguillos incensando con las muchachitas de la Primera Comunión que el Padre Bruno y las Pedregales habían preparado, y toda la gente siguiendo los cánticos y los rezos con devoción, y los negocios de placer cerrados para no ofender el paso de la Virgen, bueno, aquel día tuve esperanzas: vi por primera vez *hecha* la idea del pueblo, aunque no era exactamente lo que yo había querido:

alrededor de la Plaza, y hacia el Norte, estaba la Iglesia; hacia el Sur, estaba el edificio del Sindicato; hacia el Oeste, estaban mi casa y el negocio de Toufic, hacia el Este, la Casa Cural y la Escuela para Niñas y en todos los alrededores el laberinto de casuchas, las alambradas que protegían los pozos perforados, y, más lejos, las calles rectas y ordenadas conque el pueblo iba creciendo.

Durante todos estos años, La Compañía se fue y regresó a su antojo, como un barco anclado en un mar de intenso e irregular oleaje. Cuando se iba, sus campamentos quedaban desiertos y desolados, las oficinas reducían al mínimo su vitalidad, y los jefes llegaron al extremo de pasar los tractores, arrasando las viviendas, antes que dejarlas para que las ocuparan los habitantes de la región: así hicieron en La Leona, cerca de El Guasey, donde vimos aplastarse como piezas de cartón las hermosas casitas que ya no servirían a nadie.

Cuando volvía, arrastraba consigo una nueva oleada de inmigrantes, cuya composición, es cierto, fue variando conforme La Compañía requería más títulos, más conocimientos, más especialización, más fianzas y más neutralidad. Estos inmigrantes, cultivados y soberbios, llegaban arrinconando a los antiguos dirigentes de la aldea y a sus hijos, imponiendo sus usos y costumbres, y se iban luego, dejando un sedimento de desintegración y de locura, que, justo cuando iba cicatrizándose, se abría nuevamente al influjo de una nueva inmigración. Con estas idas y venidas cambiaron los patrones morales y cívicos: la religión, el culto a la Virgen, el amor a la patria original y a la familia, pasaron a tercer lugar. Todo lo que era política y seguimiento de las modas, estaba en el segundo, porque en el primero no dejó de estar la ambición de riqueza y poder, a costa de cualquier cosa. En algún momento, los severos tribunos que gobernaban la ciudad, erigidos en guardianes de la *moralidad pública*, ordenaron a las prostitutas y a los dueños de tugurios

que abandonaran sus tradicionales recintos, yéndose al destierro de la Zona de Tolerancia: un trozo de sabana en las afueras, que llamaron El Mosquero. Se vaciaron entonces de música y de luces las barracas que fueran de Mr. Felipe, ya muerto hacía tiempo de una puñalada de las que llaman traperas, y desaparecieron así las bullangueras farras, de la vista de los dignos habitantes de Santa María del Mar. Solo quedaron, desdeñosa y significativamente inamovibles, *El Secreto de Susana* y *la Casa Nueva York*, hasta que la dinámica de los tiempos los disolvió por anacrónicos.

En cambio, proliferaron los Clubes Privados como el *Mockery*, el *Red Lunar's Sisterhood* o el *Flaure up*, donde hombres y mujeres, en parejas o solitarios, podían practicar sus visiones perversas, sus vicios secretos y sus orgías colectivas con un máximo de discreción e higiene, al son del jazz, del blue o del rock and roll, con estímulos que iban desde la yerba maravillosa a la nieve, desde los hongos al simple whisky, del cafenol a la yohimbina, según el gusto y el poder adquisitivo de cada cual. En las escuelas se celebraban las Fiestas Patrias, se hacían ofrendas a los Héroes que por nuestra libertad dieron su vida, y se repartían folletos donde podíamos leer el discurso aquel que el presidente de turno preparó en torno a las famosas palabras: *Moral y Luces son los polos de una república...* y en el colegio *María Auxiliadora,* donde se educaban las señoritas de las familias decentes y respetables, se descubría por accidente que la Madre Superiora era, en verdad, el Padrote Superior: un ingrato accidente vial obligó a llevar el sagrado cuerpo envuelto con hábitos a la mesa del quirófano de un hospital, y allí se desnudó el sexo oculto y el furor clandestino de las noches del claustro. Corrieron entonces las más descabelladas historias eróticas: monjas que habían aparecido muertas en los alrededores como consecuencia de apasionadas torturas, encargos de ropa interior de encajes negros, hechos a afamados comercios,

y grupos de enseñanza literaria basados en los versos de Santa Teresa de Jesús o de San Juan de la Cruz, que terminaban en masturbaciones colectivas. El tam tam del escándalo fue tal que las dulces monjitas debieron cerrar el colegio y partir, no sin antes maldecir y desdecir del profano y gozoso pueblo que tanta risueña leña había hecho del caído árbol.

Y el pueblo creció, violentando todas las normas. Creció hacia todos los puntos cardinales, alargando tentáculos donde se alzaban altos edificios o se sembraban urbanizaciones uniformes. Creció en alegres anuncios luminosos, neones heraldos del placer y la prosperidad. Los mechurrios se fueron apagando. Las cabrias fueron desapareciendo y el cielo volvió a ser intensamente azul y las estrellas volvieron a brillar, pues ya el gas no se quemaba en la sabana. Los señores aprendieron a recibir los reportes de sus ganancias en puntuales informes acompañados de revistas de lujo que contaban exquisitas historias. Y ya nadie se acordó de que en un mapa, alguna vez, hubo una hazaña secreta realizada por hombres temerarios: un hombre llamado Jason, una nave llamada «Argos» que partió de un puerto, unos aventureros que enfrentaron un río, enfermedades, vicios y violencias sin nombre, para tratar de encontrar el camino hacia un Dorado no por lleno de fuego y de cenizas menos rico y menos mágico.

No hay más cuerpo allí

En esta conquista nadie luchó. Todos creyeron haber venido como conquistadores. Todos tenían el aire desterrado, la mano pronta para el saqueo y la cólera secreta contra la vida y la muerte. En esta conquista, todos se creyeron dueños de los caballos y los truenos. Y los únicos, verdaderos, conquistadores, los verdaderos dueños, no se preocuparon por desengañar a los ilusos. Se encerraron tras las alambradas metálicas, soltaron sus perros alrededor, para protegerse, elaboraron sus pueblos con casas blancas y ordenadas, jardines, plazas, iglesias, escuelas, signados, sin embargo, con la marca de lo provisional, y recibieron los tributos de todas las jerarquías sin otorgar a cambio más que sonrisas, y el disfrute de un espejo deformante que, para divertimento de la plebe, reflejara sus imágenes.

Uno puede imaginar que esta ciudad es un juguete: una inocente actividad de distracción que se cumple con piezas geométricas y muñecos que animan las calles fingidas, las viviendas y las plazas ficticias, la iglesia, los bares, las escuelas, en una ilusión transformable a capricho del jugador. Es cierto: nunca antes hubo nada, o, por lo menos, nada distinto a esta extensión de sabana. Alguien inventó la ciudad. Es posible aceptar que muchas veces los habitantes de esta ficción impusieron su voluntad sobre sus creadores. Es el riesgo que se corre cuando se inicia un juego de esta naturaleza: hay que conseguir y acarrear gente de todas partes, y darle un cuerpo, unas

necesidades, unas esperanzas, unas virtudes y unos defectos, dolores y alegrías, tranquilidad y violencia, fe y desesperación, amores y ambiciones, capacidad de recuerdo y también de olvido, y hay que exponerse a sus pasiones. Ahora el juego permanece abandonado: nadie juega, y el desierto está invadiendo los espacios y está derribando las piezas.

La vejez no es una desgracia, sino una fatalidad. En su tiempo uno comprende que todos nacemos para algún tipo de espera. Claro que mejor es esperar bajo la sombra de un muro o de un árbol, que en el desierto, donde la luz borra las cosas. La vida, ya lo sabemos, tiene en la juventud un día corto y deslumbrante que en nada prepara para las decepciones estrictas y puntuales que lo van destruyendo. Entre nosotros ¿quién presentía esta disolución, esta acechanza de destrucciones, cuando vivíamos iluminados por el resplandor del mechurrio y del festejo perpetuo? Todo entonces eran cantos y risas, día y noche. Pero un día nos descubrimos flaqueando al borde de un abismo. Se nos doblaron las piernas o sufrimos accidentes terribles o descubrimos que las llamas nos habían derretido las pupilas y que los ruidos los golpes rudos del martillo sobre los metales, nos habían robado los sonidos de la vida. Y así quedamos a merced del instinto, fluctuamos entre la compasión y la ira. Al final, uno comprende.

El vellocino de oro

IX

Un niño golpea el poste de la esquina con un tubo. Me había adormecido y el sonido metálico y retumbante me despertó con su voz de campana. Tal vez mañana vuelvan a sonar las campanas. Tal vez el padre Bruno sea capaz de mantenerse sobrio y decir la misa con un mínimo de claridad y decoro. Pero no debo censurarlo: él es ese a quien le tocó lo más arduo de la espera. Ocupó su tiempo en pulir y repulir imágenes, candelabros y vasos sagrados que llegaron en tiempos de la abundancia. Después, se secó el aceite de las veladoras y se fueron empolvando los rincones, las botellas de vino en la bodega se fueron acumulando, hasta que un día de oficios solitarios, se dejó sumergir en esa embriagante espuma remota. Desde entonces no dejó de brindar en honor a la desgracia. La Compañía no volvió.

No hay más cuerpo allí

Uno siente el cansancio, la pérdida de lo que se logró. Cierto que la ciudad alcanzó momentos de gloria, que hubo el intento de construirle un pasado y el bálsamo de unos héroes que legitimaran su incierto origen y la quebradez de su designio. Todo fue como una aparición o un espejismo: acabó sucumbiendo ante la voracidad de los olvidos. Los extraños arrasaron los privilegios y cada vez se erigieron en amos: eran políticos, técnicos, artistas: eran *todo*. Ellos se adueñaron de la historia y de los recuerdos, pero equivocaron las fechas y las palabras. Levantaron la Carta Astrológica de una ciudad fundada el 23 de febrero de 1933, y esa ciudad nunca fue fundada y nunca ha existido. Mintieron, pues, y atrajeron con su mentira otras maldiciones que se sumaron a las que ya habíamos ganado. Y se les dejó hacer, se les vio como otros conquistadores ante los que solo quedaba inclinar la cabeza.

Voces

Y ahora, Isla, ya no te veremos más. No veremos descender sobre ti la luz del sol, resbalar sobre ti la luz de la luna. No nos sumergiremos en tu noche. En soledad pronunciamos tus nombres. En soledad reproducimos el sonido de la mar y navegamos en embarcaciones de sueño desde donde espiamos las luces de tus puertos dormidos. Por un momento arrojamos por la borda los dolores. Recobramos los días de la infancia. En la vejez, los días de la infancia.

El vellocino de oro

X

Todos preparan a mi alrededor el festejo. La tos me cimbra violentamente. Hoy me reúno con todo lo que fue, y con lo que será también. Las horas pasan y va oscureciendo. ¿Por qué no se van todos ya? ¿Por qué no terminan de dejarnos? Será que esperan inútilmente el tiempo de los regresos. Ignoran voluntariamente que quienes representan su esperanza son máquinas encerradas en secretos lugares, y que los hombres han muerto. Esperan el chorro que les devuelva la época dorada, las compras desaforadas, las noches alegres, las facilidades para el rebusque y la aventura. Nos rinden homenaje porque sobrevivimos a un tiempo, a una historia, y nuestra sobrevivencia, de alguna manera, garantiza la suya. Eso creen. Pero nada volverá. Esta es una ciudad sin huesos: una ciudad blanda e inarticulada, navegando en un charco de aceite. El tiempo es polvo. Sobre él nacen algunas flores orgullosas de su victoriosa vida, tan necias que intentan recubrir la tierra, impregnar todo con su perfume, y convertirse, a la larga, en piedra. La Compañía La Compañía: allí está, apareciéndose a los mendigantes con todo el rigor de su luz. Aquí desembarcaron sus pioneros. En millones de años, nada había cambiado en esta tierra. Y ahora no hay vestigio de lo que era este sitio hace cien años. Miremos en derredor: ruinas, odio, ambición, corrupción y sangre: esas

son las pautas de esta historia. La Compañía nos hizo: nos procreó para el dolor, la riqueza efímera, el gozo deslumbrante, el hambre y el desastre, la opresión, el llanto y el destierro. Me pregunto: ¿por qué avenirse a festejar aniversarios que no existen? ¿Por qué La Compañía transige en participar en este juego de sombras? ¿Por qué los señores emiten con sus gestos, sus frases y sus guiños, veladas promesas que jamás cumplirán? Tal vez porque ellos mismos no son hombres sino muñecos dotados de algún mecanismo que simula la vida. O tal vez porque los señores juegan. Los señores tiñen las mejillas de los crédulos con un rubor de esperanza. Los señores mienten para vernos sonreír, y reciben de nuestras manos, con agradables sonrisas, nuestros humildes abalorios. Los señores ríen a carcajada batiente detrás de las cerradas puertas de sus habitaciones lujosas y sus oficinas. Yo lo sé. Yo, que conocí la locura y no la santidad. No pude fundar el anhelado sitio donde florecieran las sombras y las rosas. No volvió a visitarme La Virgen para indicarme el camino del Reino, por más que mis invocaciones tocaron el cielo. Tuve que decir adiós, uno por uno, a mis hijos. No volví a ver el mar. Ahora solo quedan los agudos ritmos del desastre, disfrazados por un tiempo de bailes populares, casas maquilladas, murales y guirnaldas, luces multicolores y famélicas flores perdurando en los jardines, e indios, ya olvidados de la sabiduría de la serpiente y el poder de los gallinazos, de la magia de la luna y del jaguar, bailando maremares con impuestos trajes típicos, invenciones de maestros de escuela, sobre un tinglado de madera, para el aplauso de la concurrencia. Los políticos presidirán mañana la mesa del banquete, repartiendo en bandeja condecoraciones y diplomas a diestra y siniestra. Y nosotros serviremos de payasos bajo las ocultas miradas. Cuántos ojos de cólera nos estarán mirando. Se hará fiesta, y al día siguiente solo quedarán rastros. Los que faltamos por morir, habremos muerto. Nuestros nombres aparecerán grabados, junto con el

de otros difuntos cuyo recuerdo permanece, en el Obelisco de concreto con el cual algún burócrata afortunado aumentó su patrimonio. Llamarán al sitio Plaza de los Fundadores, o algo así, y estará al sur, como recordatorio del lugar por el que vinimos. Pero será también el hito, la señal para la salida. Los fugitivos congestionarán los caminos. La gente tierna escapará, pues ya no esperarán del mañana lo que se les negó ayer. Y no hay nada qué hacer. Los demás quedaremos en esta tierra, *para siempre condenados a eterna oscuridad y abatimiento. Porque para callar y obedecer nacimos.*

Libro de Santa María del Mar

Libro de Santa María del Mar

Estos textos atribuidos a Mr. Jason Patrick fueron encontrados en un archivo desechado por La Compañía, en el año 1967, y ese mismo año fueron entregados al Ayuntamiento de Santa María del Mar quien encargó al que esto escribe, en su condición de Cronista Oficial de la Ciudad, su ordenación y cuidados de publicación.

Por alguna razón, los manuscritos estaban incompletos, con rasgaduras y borrones. En estas circunstancias, el Compilador decidió darles un orden más o menos cronológico, tratando de realizar una narración aparentemente lineal, como sin duda fue la intención del autor.

Algunos especialistas han considerado apócrifos los textos. No obstante esa opinión, el Compilador y los honorables miembros del Ayuntamiento, hemos considerado que, aunque la autenticidad de los dichos documentos sea dudosa, tienen, en cambio, un valor testimonial y hasta literario, útil para estudiosos e historiadores.

BALTAZAR MEDINA CARRANZA

Capítulo I

La verdad termina donde comienzan las propias conveniencias del prudente y solo a la verdad así concebida, he sido siempre fiel.

Me llaman Jason Patrick, y tengo por oficios (conocidos y desconocidos), las prácticas de la alquimia, la química, la metalurgia, la geología, la astrología, la química y las artes de curar con yerbas. Nací en 1901, año del Señor, en St. Marteen, aldea de Ohio, USA, azotada por la sequía, y entre mis ascendientes no se cuenta, por supuesto, ninguno de los navegantes del *Mayflower*.

Fue mi vida de niño silenciosa y taciturna. Mi abuelo leía todos los días la *Bibli*a, antes de cada comida: un versículo cada vez. Era un viejo grande, corpulento, de barbas blancas y voz tonante, muy imperiosa y bastante chiflada, que siempre vestía un *overall* de mezclilla y una camisa de lana a cuadros escoceses. Mi madre era una mujer seca y fuerte, con unos huesos alargados por el trabajo y la edad, que se encontraba en la granja prácticamente sola desde que mi padre, que era vendedor ambulante de panaceas, fue enviado a prisión por lenguaraz, estafador y beodo, a causa de la colectiva caída del cabello sufrida por la familia de un rico hacendado,

que había tenido la desgracia de comprar alguno de sus jarabes. Gracias debió darle al Creador por no haber sido linchado en su momento. Pero murió en la prisión de Wakefield adonde fue remitido después del juicio, durante un invierno terrible que destruyó los calentadores y diezmó la desnutrida población del penal.

Mi madre, entonces, decidió enviarme con mi tío Oggie, en Jackson, Virginia. Él era en verdad un celoso deudo de los deberes patrios, quien me habló de Jefferson y de Monroe. Él me inició en las artes de destilar licores, tan frecuentadas en el sur del país. Esa aventura concluyó un fatídico día cuando fuimos capturados. Mi tío fue enviado a la prisión de Warrenton. A mí me condenaron a vivir dos años en una reclusión de menores, donde aprendí a leer, a escribir y a limpiar los establos. De allí me escapé y, lejos de regresar a mi hogar, me lancé a los caminos.

A causa del hambre, viví del robo por algún tiempo, hasta que entré al servicio de un prudente y generoso clérigo quien atendió mi educación y me inició en los sutiles secretos del mundo y en las nuevas y antiguas teorías filosóficas y científicas. Varios años estuve al lado de tan sabio maestro quien, después de siete años de estar en su compañía, me envió a la Universidad de Austin, Texas, donde debía aprender metalurgia, que a su juicio, era la carrera del futuro. De ahí hube de desertar por falta de recursos, a la muerte de mi protector.

Mucho vagué en mi peregrinaje. Fui reclutado para la Guerra por el Glorioso Ejército de la Unión Americana, pero mi regimiento no viajó nunca a Europa, y,

por supuesto, jamás llegó a entrar en combate. En cambio, mis superiores, impuestos de mi afán de estudiar e investigar, me recomendaron para una beca que me permitió ir a Harvard un par de años y reanudar mis estudios. Allí me especialicé en química. Luego permanecí por mi cuenta todo un invierno en el monasterio cisterciense de Trenton, cerca de New York, donde estuve por entero dedicado al estudio y la discusión de los enigmas alquimistas de Hermes Trimegisto, comparados con los aportes de sabios persas, árabes y hebreos y con los elementos de la química moderna.

Lo que se llamó crisis del Viernes Negro, y que, según mi mentor, el filósofo secular Josu Landa, era solo un síntoma de la decadencia del hombre y su civilización, provocó tantas muertes como la peste de otros tiempos, ya que muchos, al ver esfumarse el mito comprometedoramente colectivo de la posibilidad de enriquecerse con relativa facilidad, y verse enfrentados a la necesidad de sacrificarse para subsistir, sintieron que eran incapaces de seguir viviendo y no solo se dieron muerte a sí mismos sino que predispusieron su organismo para terribles enfermedades, hasta entonces desconocidas.

Los caminos de todas las comarcas se inflamaban entonces con los ardores de aquellos desesperados e ilusos que buscábamos (justo es reconocerlo) la olla del otro lado del arcoiris. Yo, que tenía mi juventud, mi vigor y una cantidad apreciable de útiles conocimientos, me empleé con un grupo de técnicos exploradores de una compañía de New Jersey, y fui enviado a la India para entregar mi esfuerzo a la

búsqueda de petróleo: nuevo Santo Grial, decían, que estaba destinado a disolver las desigualdades entre las naciones y entre los hombres, y a crear un orden nuevo, más propicio para el desarrollo armónico de la vida en el universo. Con esta gente anduve por muchos caminos: los desiertos de la Arabia, las heladas del Mar del Norte, las frescuras tropicales del Golfo de México, nos vieron pasar. De allí pasamos a la cuenca del Caribe y a este lugar, esta sabana alejada de todas partes, donde decían que se haría el negocio del siglo.

Y, llegado este momento, imploro la gracia del perdón, ya que nunca estuvo en mi ánimo el propósito de dañar a otros y, sin embargo, lo hice.

En efecto, la frecuencia de los contactos con el mundo de los intereses materiales, con la grosera ambición que me rodeó durante años por todas partes, me produjo cierta cobardía, cierto ablandamiento espiritual que me sobrevino por el hábito de la comida caliente, los buenos whiskyes y el lecho fresco. Así me puse al margen de las leyes de la naturaleza y me dejé arrastrar hacia la vertiente más turbia de mi historia. No me envanezco de ello. Más aún: reconozco mi parte de responsabilidad en esos actos que contribuyeron a mancillar costumbres puras y promover otras, harto relajadas, alejadas de toda convicción moral y religiosa. En un momento de mi vida asumí como mi destino y mi fe (y, lo que es peor, convencí a otros de que esa era la posición correcta) la posesión del dinero y de los objetos materiales.

Por mis méritos en esta forma de pensar y de actuar, por mis conocimientos, audacia y experiencia, fui

comisionado para preparar y dirigir la empresa secreta que partiría desde el río Dorado hasta un lugar sin nombre conocido, señalado con puntos rojos y fosforescentes en los mapas de los ingenieros Roger T. Smith y Frank W. Tressant, quienes habían hecho un detallado informe exploratorio para La Compañía, después distribuido bajo el rubro Top Secret bajo el nombre de *Informe Girasol* (1928-1929), clave tomada seguramente del nombre vulgar de la *Helianthus annuus*, planta herbácea que abunda por estos parajes. (ver: *Sunflower Report*, resumen publicado en 1954 en un folleto y repartido entre altos empleados de La Compañía y funcionarios del gobierno). Cuando me encargué del proyecto quise llamarlo *Giraluna* (*Rotarymoon*), por el carácter subrepticio, subterráneo y secreto de nuestra misión.

Mi labor era ordenar los equipos y preparar las cuadrillas, manteniendo la máxima discreción en todo. Eso fue en 1931, año del Señor. Hice todo lo antes dicho porque consideré que las razones que me dieron eran justas: íbamos a poner nuestras artes, nuestra técnica, nuestra riqueza, en una región perdida del universo, que volveríamos hermosa, habitable y feliz.

Quiero dejar constancia de mi amor hacia todo cuanto alienta, y mi oposición interior hacia todo lo que signifique tiniebla y destrucción. Pero asumo, no sin pesadumbre, la responsabilidad de unos actos a los que me avine bajo el temor de verme nuevamente en la desgracia y privado de medios, y porque creí que con mi intervención y mi apoyo podrían dirigir benéficamente los designios de La Compañía.

Por otra parte, la empresa me proveyó de cuantos aparatos necesité y de cuantas sustancias inventarié, para realizar estudios ajenos al petróleo, y que tocaban y atendían la realización de otras formas de economía, como las del cultivo de alimentos y de materias primas oleaginosas, tales como el maní y el girasol –recordando las llanuras de Virginia en mi juventud– y en estos quehaceres hice el bien a mucha gente que me cubrió de bendiciones y establecí las bases que me permitieron quedarme pacíficamente en esta tierra.

No obstante eso, no me aparté del asunto del petróleo, también debo decirlo, cuando La Compañía ordenó acallar con fuego, sangre y oro las sublevaciones populares que pedían una mayor justicia en la distribución de la riqueza y en tratamiento social, porque, aun sin aprobar esos métodos que desvirtuaban mi interior rectitud, entendí que a veces el fin justifica los medios y que era posible, si me desenvolvía con prudencia, garantizar el desarrollo y la riqueza de esa región, sin chocar con los generosos intereses de mi país.

En efecto, se habló de levantamientos populares, y los jefes, desde New Jersey, nos ordenaron contenerlos, por lo que, con la bendición de las autoridades del país, que solo trataban de conservar privilegios y riquezas, varias decenas de infelices fueron perseguidos, muertos, maltratados o llevados a prisión.

Entonces, es cierto, me limité a rehuir todo comentario y aislarme, en el mundo rural y tranquilo que me había inventado, y que pretendí, sin éxito, convertir en Paraíso. Entonces decidí escribir estas Memorias, para lo que adquirí varios cuadernos, aunque no

comencé sino algún tiempo después, y decidí guardar los manuscritos hasta que llegara el tiempo de su publicación, que fijé en diez años después de mi muerte, para evitar herir a los sobrevivientes y amainar con el tiempo el fervor corrosivo de las palabras.

Aspiro a que se cumpla en estos aspectos mi voluntad, para que estas notas sean instancia provechosa para más elevadas conquistas, pues aquí se señalan nuestros aciertos y nuestros errores. Lo que humildemente se propuso quien esto escribe no encierra otra pretensión sino dar al posible lector noticia de mi vida y de mi tiempo, por lo que desde el punto de vista de la literatura y el lenguaje tendrá seguramente muchos defectos. Pienso que se ha destilado en estas líneas mi amor por el Sagrado Libro, herencia de mi familia, y a través de estas palabras espero haber dejado traslucir el licor amargo de la verdad.

Nota del Compilador

Mr. Jason Patrick murió el 14 de noviembre de 1963, después de una larga y penosa enfermedad. Su hija mayor, Patricia, había muerto en 1959, víctima de la violencia desatada durante una manifestación estudiantil. Y la familia, afectada por esos acontecimientos, emigró parcialmente a USA.

Capítulo II

Cuando llamé, desde las orillas del río Dorado, a participar en una hazaña hermosa y heroica, muchos jóvenes se mostraron dispuestos a entrar en ella. Partimos el día propicio, bajo el signo de Acuario, y después de muchas aventuras llegamos a la tierra prometida.

El solo nombre de la riqueza evoca sombríos parajes, impetuosos ríos y reluciente astros. Cuando se busca, no importan las privaciones ni los peligros: es patrimonio universal de los audaces la marcha en pos de ella. No ha habido nunca una época de la historia que no incentivara a los hombres a escarbar la tierra y sumergirse en los mares en busca de tesoros, y a morir, a robar, a matar, a perder la piedad por conservarlos.

Tuvimos que combatir con el hambre, la sed y la fatiga, pero avanzamos por la llanura como un torrente incesante e incontenible. Una horda de desesperados nos seguía por todos lados.

Los hombres, mujeres y niños de aquella horda, avanzaban. No sabían exactamente qué estaban buscando. Alucinados, alegres, inocentes, doloridos, optimistas, relajados, viciosos, pesimistas, todos tenían fe en encontrar al final del túnel, la luz.

A veces, avanzaban dándose el brazo: unos se apoyaban en los otros. Algunos iban solitarios, hablando a solas y en voz baja. Otros, se agrupaban por regiones, por naciones y por etnias, y luchaban una contra otros por conservar los mejores lugares. Por lo general, discutían planes y conversaban sobre el futuro propio y el de los hijos. No faltaba quien divagara sobre recuerdos de madres, paisajes, amantes y flores mustias guardadas en un monedero.

Capítulo III

Dijeron entonces: *Construyamos una ciudad alrededor de una torre: así nos haremos fuertes y no andaremos desparramados por el mundo.*

Los señores enviaron entonces a sus espías para ver la ciudad, y dijeron: *Ahora todos forman un mismo pueblo y hablan una misma lengua, y ese es solo el principio de su obra. Ahora nada les impedirá que consigan todo lo que se propongan. Pues bien, vayamos y confundámoslos de modo que no puedan ponerse de acuerdo los unos con los otros.*

Así comenzaron las divergencias y dejaron de planificar amorosamente el futuro de la ciudad. Por lo tanto, la ciudad comenzó a llamarse *Babel* y como sus cimientos se hicieron con arena, quedó propensa a ser dispersada sobre la tierra.

Capítulo IV

Por aquellos días me enteré por el viejo Francisco, mi informante indio, de la noticia de que en aquel lugar de la sabana había existido en otros tiempos un centro ceremonial dedicado al culto del Tigre y de la Serpiente de Cascabel. Yo hubiera querido llamar la población que crecía tercamente en torno a la cabria con uno de estos nombres: *Caribana*, *Tigre* o *Cadamia*, en honor al Dragón. Pero los pobladores isleños, que eran mayoría, la comenzaron a nombrar Santa María del Mar, en honor a su patrona, y aunque mar solo había por aquí en el recuerdo.

Capítulo V

Yo vi llegar las primeras mujeres. Eran cerca de las cinco de la tarde, y en la luz clara de marzo, sus pieles cetrinas y sus sonrisas claras, brillaban suavemente, apenas matizadas por el polverío del viaje. Cierto que no me interesaba que me divulgara el lugar de nuestro campamento, y que mis órdenes más estrictas insistían en la discreción, casi en la clandestinidad de nuestras obras. Pero no me pareció mal la llegada de estas mujeres, que aplacarían los instintos y las cóleras de los hombres condenados a una soledad sin más alivio que el mismo trabajo.

El chofer ayudó a bajar las valijas que traían: apenas petates sin mayor lujo, y las mujeres se estiraron como gatas para desentumecerse, y caminaron unos pasos mirando inquietas la desoladora planitud del paisaje, estremecidas por el aire fresco que venía de los morichales. Los obreros las observaban casi sin respirar, como si temieran que se desvanecieran como un espejismo.

Noches después, algunas luces titilaban entre las sombras en una casucha de palma: apenas un rectángulo dividido en tres por trapos que hacían de cortinas, con catres y esteras que aparecieron allí mágicamente,

y unas latas para lavarse después del negocio. No recuerdo sus nombres. Fueron valientes.

Tiempo después, cuando el pueblo se fue amalgamando, apareciendo desde sus cenizas, las Casas de Amor surgieron como hongos, mas no tenían nada que ver con la ingenua generosidad de aquellas pioneras.

Capítulo VI

Envié un Informe a La Compañía y vino luego el primer grupo de *watch-men* desde la oficina de San Alejandro. Su misión era evitar que se construyera en los alrededores de la zona de trabajo, vigilar los equipos y guardar el orden. No obstante, aquella gente hacía surgir sus viviendas como una vegetación rebelde que nunca se acababa, que parecía renacer —textualmente— de sus cenizas.

Un día aquella lucha concluyó. La Compañía bajó su nivel de precauciones cuando comenzaron a brotar chorros de petróleo de todos los pozos. El fantasma de la Guerra se cernía sobre el mundo y la ciudad comenzó a crecer en una paz completa, donde las leyes eran observadas lo mejor posible.

Hasta los altos gobernantes alababan el lugar y lo distinguían con su favor. Estaba, sin embargo, bajo la tutela de La Compañía, y a ella solamente remitían sus juicios.

Capítulo VII

He aquí que un tal Simón, administrador del Ayuntamiento, en el año 1946, se enemistó con el resto de las autoridades locales, porque decía que a él correspondía la fiscalización de los mercados. Se fue entonces a presentar al gobernador, y le comunicó que al Tesoro del Ayuntamiento de Santa María ingresaban riquezas incontables, que no eran declaradas a la Administración Central del país. El gobernador solicitó instrucciones al Secretario del Interior y este al Presidente, quien ordenó que los dineros de dicho Tesoro fueran transferidos a las arcas de la Nación.

Llegaron los funcionarios destinados para ejecutar esas órdenes, y entre ellos iba Simón, y entonces de las casas comenzó a salir gente en tropel: los hombres llenaban la calle y las mujeres se asomaban a las puertas y ventanas, o corrían, seguidas por sus criaturas más pequeñas, hacia la plaza. Todos suplicaban a los señores de La Compañía que intervinieran para no verse despojados de sus tesoros.

Entonces apareció un caballo con una riquísima montura, y, sobre él, un terrible jinete que, levantando sobre las patas traseras su corcel, cayó encima de Simón y sus acompañantes. Aparecieron también muchos

jóvenes robustos que, poniéndose a los lados de Simón, lo azotaron sin piedad. Simón cayó en tierra envuelto en una gran oscuridad, y lo tuvieron que sacar en camilla.

Todos los funcionarios, al ver eso, partieron en precipitada huida, dando gracias a Dios por haber conservado la salud y el ánima, y los habitantes reconocieron el gran poder de La Compañía, por cuya intervención se había salvado el tesoro.

Los funcionarios fugitivos, por su parte, cuando fueron llamados ante el Presidente, le dijeron: *Señor, si tiene algún enemigo y quieres deshacerte de él, envíalo por el tesoro de Santa María del Mar, y enfréntalo a los señores de La Compañía, para que ellos le muestren su fuerza y su gloria*. Por lo que desistieron las altas autoridades de otros intentos.

Capítulo VIII

En una oportunidad presencié, trémulo de terror, de cólera y de impotencia, cómo arrastraban a un joven obrero que daba un *meeting* frente al portón este. Comprendo que era necesario. Pero no dejo de preguntarme si la verdad y los generosos intereses a los que apelo no serán más que innobles excusas de mi cobardía. Me consta que así La Compañía fortalece su autoridad, en tanto que sus consejeros alaban y proclaman sus actuaciones como hábiles defensas del progreso, la democracia y la prosperidad. Todo está, por tanto, dentro de los más nobles ideales de nuestro siglo. Sin embargo no puedo evitar ni la duda, ni la misericordia.

Bien sé que la justicia no reside ordinariamente en el poder, pero cuando un hombre ejerce este, bien puede hacerla salir de los escombros y enarbolarla contra los otros que violen y quebranten el orden de equidad que debe ser la pauta para un buen gobierno. No obstante, hay circunstancias especiales en las que la injusticia es una forma de la justicia.

Capítulo IX

Después que terminó la tiranía del general, los del pueblo, ávidos de libertad, se comenzaron a sublevar, a mi juicio ingrata e injustamente, contra La Compañía, culpándola de complicidad con los crímenes y desafueros cometidos. Se olvidaban de todo cuanto por ella les había sido dado y servido. De todas partes salieron acusadores, brotando desde las fauces de la tierra y las oscuras prisiones, y los jueces se reunieron en las plazas, pálidos e inmisericordes, ardiendo en sagrado furor, para desenmascarar a los culpables, y a los que, como yo, habíamos permanecido al margen de los sucesos.

Por eso estalló la ira de La Compañía contra esta nación, y decidieron los jefes sustituir los hombres, volubles e imperfectos, por máquinas. Fueron despidiendo a los obreros, los lanzaron a vagar por los caminos. También hombres como yo fuimos despedidos.

Inquieto por el futuro de mi familia, me retiré con ella al campo y me dediqué a las labores agrícolas. Muchos siguieron mi ejemplo. Pero hubo quienes no se resignaron y clamaban por los días de derroche, reprochando a los inmisericordes jueces sus rectísimos destinos, y lanzándolos a las mazmorras y las montañas violentas. Así, los vengadores fueron

arrasados por aquellos mismos que habían defendido. Y los grupos de esperanzados vieron regresar los camiones, empujados por los aires de guerra, y, aunque sin el antiguo resplandor de los primeros días, otra bonanza se abatió sobre la ciudad.

Pero yo no regresé. Para esos días tuve una visión, de la misma naturaleza que otra, que tuve a principios de la explotación, en las orillas del río Dorado, y que me había mostrado una ciudad luminosa brotando de la oscuridad de la sabana. Esta vez alcancé a ver enormes ruinas que se devoraban a sí mismas. Vi el agua empozada entre las ruinas y nubes de polvo rojo flotando en el verano. Vi la soledad de los clubes de diversión, en cuyas albercas vacías se amontonaba la basura. Vi las ratas y los murciélagos circular por los salones antiguamente lujosos. La ciudad entera estaba cubierta de una palidez de muerte.

¿Por qué vinimos a esta tierra —me pregunto— que era bella e inocente, y dejamos caer sobre ella el excremento del Maligno? ¿Por culpas como esta nos rebasarán los tiempos y se resquebrajará el Imperio que forjamos? Sí: pudimos conquistarla y nos apoderamos de ella, pero, a la vez, estamos siendo devorados triturados por los mismos vicios que a ella trajimos y por las mismas virtudes que importamos a ella, cada vez más perfeccionados por el efecto erosionante del tiempo.

FIN DEL LIBRO DE SANTA MARÍA DEL MAR

Impreso en febrero de 1973
en la Imprenta del Ayuntamiento de Santa María del Mar.
1.000 ejemplares.
Distribución Gratuita.

Hechos

Hotel Residencias «Triunfo»

Primera parte

Muchas veces, por las tardes, cuando regreso del colegio, ni mi mamá ni mi tía están: van a misa, al rosario, a tomar café o a jugar a las cartas en casa de una de sus amigas. A veces van también a algún velorio, a algún entierro, porque aquí se muere mucho la gente. Y yo siento, en plena soledad, cómo de la pared van saliendo sombras, rastros luminosos, suspiros, mapas ocres que aparecen en los rincones cercanos al techo, y que después desaparecen: son los duendes que han ido dejando los huéspedes, y que dice mi mamá le provocan los dolores de cabeza a mi tía Ángeles. Pero yo no les tengo miedo. Entro al piso donde se abren las puertas de las doce habitaciones vacías, perfectamente limpias y ordenadas, con las camas tendidas tal como a ellas les enseñaron las monjas del colegio de Aragua donde estudiaron: una sábana de forro, otra de cubierta, entremetida entre el *spring* y el colchón y la colcha de lana a cuadros, más por adorno que por frío, que por aquí no hace. Al lado de cada cama hay una mesita de noche con una lámpara, una gaveta y un cenicero. Las ventanas están veladas por cortinas de cretona estampada de pequeños veleros navegando en ondas azules que simulan el mar.

Las habitaciones están casi siempre vacías, aunque dicen que antes estaban siempre llenas, y la gente llamaba por

teléfono para hacer reservaciones. Pero ahora que están vacías, yo puedo jugar una mezcla de rayuela con acertijo que inventé, brincando por el pasillo: de oeste a este, con el pie izquierdo, y de este a oeste con el pie derecho, mientras digo: de tin marín, de do tingüé, de cácara, mácara, de títere fue, adivinando cuál de ellas será ocupada la próxima vez: mañana, pasado mañana o dentro de tres días, no importa. Solo me preocupo realmente cuando empiezan a faltar provisiones, y tenemos que tomar, por ejemplo, café negro en vez de con leche, o comer frijoles con arepa en vez de arroz con carne guisada. De resto, es un juego: miro por una de las ventanas de este piso y veo el Terminal de los autobuses y hago apuestas sobre cuál dejará pasajeros aquí y sobre cuál de los pasajeros que lleguen buscará con la vista un hotel, descubrirá el letrero de neón y vendrá a investigar. A mi mamá le da vergüenza atender cuando llaman: qué vergüenza, dice nosotras que teníamos cinco empleados, y hasta diez, en temporadas altas, y ahora tenemos que andar por todos lados, limpiando, anotando, recibiendo gente, como en los peores tiempos. A mí no me da vergüenza. Salgo al vestíbulo digo: *a la orden*, y los posibles huéspedes piden un cuarto con o sin ventana hacia la calle, con o sin aire acondicionado, con o sin televisor. Y yo anoto sus datos en las tarjeticas, les pido sus documentos y les doy la llave del 7, del 12 o del 1, según mi criterio, aunque a veces ellos escogen y así es más divertido. Cuando atienden mi mamá, mi tía Ángeles o Eduviges, yo las espío, las sigo, estoy atenta, para ver si gané en mi juego. En ocasiones no me dejan salir, sobre todo si los que piden habitaciones son un hombre y una mujer, o cuando viene un borracho. A veces viene gente tan cansada que no ve, ni entiende, ni sabe más que de su necesidad de un cuarto. Ocasionalmente, como en estos días de fiesta, o cuando son las fiestas de La Virgen, se nos llenan cinco, siete y hasta diez habitaciones, y se oyen cuchicheos, susurros, carcajadas y un ir y venir constante, un

bullicio, como si los huéspedes tuvieran picazón en el cuerpo y no pudieran quedarse quietos, ni para dormir. Nosotras vivimos abajo y sentimos todo lo que pasa. Vamos acumulando los gases, la energía de los duendes, su excitación y su melancolía. El tercer piso lo convirtieron en apartamento y se alquila desde que murió papá. Si él hubiera vivido, dice mamá, el Hotel hubiera crecido y prosperado y apenas si nos daríamos reposo para atender a los viajeros. Tendríamos empleados y un salón con sillones para que la gente esperara. Pero papá murió y solo nos dejó su recuerdo y sus sueños, que ahora mi tía Ángeles llama locuras, porque dice que las hizo meterse en el lío de este edificio, y de este Hotel, cuando ellas estaban tan tranquilas y sin deudas, trabajando en su Pensión, tan limpia y moral, sin más ambiciones que las de vivir en paz hasta que él les metió en la cabeza la ventolera de la riqueza.

Yo leí en alguna parte que uno termina pareciéndose a las casas donde vive. Ojalá y no sea cierto, porque esta casa, con la entrada de las lluvias, se pone fea y tenebrosa: las paredes se cubren de parches de hongos, de yedra, de musgo, y le sale de todas partes un olor profundo a humedad que se prende al tejido de las cobijas, las cortinas y las ropas en el armario, y que no se quita hasta bien entrado el verano, cuando cicatrizan todas las heridas y quedan los costurones resecos, pero solo por un tiempo, hasta que vuelve a llegar el invierno.

Yo no quiero parecerme a esta casa. Yo quiero parecerme a una casa junto al mar. Una vez un viajero que paraba aquí me habló del mar. Era yo muy chica, pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Dijo que era como una llanura en movimiento, luminosa y llena de rumores, y que exhalaba un perfume vivo y salado. Dijo que era mentira que siempre fuera azul: que él lo había visto verde, gris, marrón, blanco y hasta violeta. Una vez lo dibujé en la escuela con todos esos colores, y la maestra me regañó. No me importó, porque sé que la maestra no conoce el

mar y entonces ella no sabe, aunque tiene que fingir que sabe. Pero desde ese tiempo me entró la obsesión del mar: el deseo de verlo, de sentirlo, de vivirlo, de pintarlo, de atraparlo, de pisar la calidez de la arena, de pasear bajo las palmeras derechas de la orilla y escuchar la dulce, inmensa, apasionada voz del oleaje.

Me asomo a la ventana para ver si vienen mi mamá y mi tía Ángeles. Pasa un hombre montado sobre zancos. Tiene la cara pintada como un payaso y la llovizna lo va mojando, va arrugando el cartel del Circo Kelly hoy dos funciones 6:30 y 9:00 p.m., que lleva colgado del cuello. Lo observo cuando cruza la esquina del Terminal, rumbo a la Primera Avenida, donde seguramente hay más gente. En esa esquina, el polvo acumulado forma ahora un barro resbaladizo. Un grupo de niños sigue al hombre, empapándose felizmente con la llovizna. Un vaho opaco y pleno de olores se alza desde el asfalto. La calle me llama con el encanto de lo prohibido, pero sé que si salgo, Eduviges, que siempre anda como invisible por los rincones de la casa, se lo contará a mi mamá y a mi tía Ángeles, y entonces no me dejarán ver la televisión por tres días, o me quitarán la ida al cine de la escuela los sábados, o, lo que es peor, no me dejarán recitar ni me llevarán a la fiesta. Al Circo ya fui.

En estos días hay mucha gente en la ciudad: extranjeros y fuereños. Han ido llegando en sus propios carros o en autobuses y hasta en avión. Tenemos siete habitaciones ocupadas, y se espera que las otras se ocupen en el transcurso de la semana. Muchas de las señoras que han venido se acercan por aquí y saludan con mucho cariño a mi mamá y a mi tía Ángeles, y conversan largamente con ellas en el salón donde se reciben las visitas. A mí me acarician los cabellos y comentan qué grande está, qué bonita, quien la viera. Mi mamá, en vez de estar alegre, está triste, y después que se van las señoras se enfurruña y llora. Yo no sé por qué ella es así. Parece una muñeca de cuerda: alguien le da y ella se mueve: mi tía Ángeles le da, Eduviges

le da, y ella se mueve: hasta yo le doy, y cuando se acaba, se queda quieta, triste, silenciosa. A todo le tiene miedo, además. Cuando le dije que en la escuela me habían escogido para decir un poema el día de la fiesta, enseguida se puso pálida y empezó a preguntarme qué decía el poema, y por qué me habían escogido, que si no habría mala intención, y se fue a hablar con la tía Ángeles en un rincón y me miraban como si yo hubiera hecho algo malo. Pero yo no quise desistir y aguanté el chaparrón hasta que ellas dijeron que sí, y entonces mi tía Ángeles me ayudó a ensayar el poema, y comenzaron a preocuparse por el vestido que debería ponerme, recordándome, claro está, que no eran buenas esas frivolidades, y que si el compromiso del retiro espiritual con las Hijas de María, las tareas, los oficios de la casa, pero como ellas están también en los preparativos de la fiesta, pues poco podían alegar en contra. Mi mamá me ha visto ensayar también en los últimos días. A ella le gusta mucho sentarse en los rincones diciendo cosas que parecen rezos, pero que no puedo asegurar que lo sean, pues a veces he oído que dice algo así como que la vida la condenó a estar sola. Otras veces se sienta frente a la ventana que da al Terminal en la casa, para ver el movimiento de los autobuses, los viajeros que van y vienen, el tráfico de los vendedores ambulantes, y habla. No entiendo todo lo que dice, pero sé que habla de los duendes, y de los abuelos muertos en Aragua, de tantas fiebres como vio en su infancia, de cómo se secaron los maizales por causa de la fiebre. Habla y se va poniendo roja. Sube y baja la voz, llora, y entonces viene mi tía Ángeles desde donde esté, y la abraza, la consuela, la regaña, y las dos se van quedando en silencio, mirando la luz de allá afuera, sintiendo el rumor de la gente que pasa y el penduleo del reloj de campana que marca las horas, las medias y los cuartos de hora.

La maestra nos dijo que a esta ciudad le pusieron el nombre porque Nuestra Señora del Mar se le apareció a un grupo de

obreros de La Compañía que se estaba bañando en el morichal, justo donde ahora está La Bomba. Dicen que de pronto surgió una luz que los envolvió a todos y que una señora vestida de blanco, les dijo que fundaran un pueblo. Dicen que a uno llamado Sixto Rojas se le apareció tres veces más, y que un día se lo llevó al cielo en cuerpo y alma. Después la gente levantó en el lugar una capillita de piedra, y, más tarde, construyeron la Iglesia aquí en el pueblo, y trajeron la imagen tallada de la Isla, y, con la ayuda de Dios y María Santísima, también trajeron al padre Bruno y a los padrecitos de San Francisco y hasta a unas monjitas, para que nos dieran catecismo y guiaran nuestras oraciones. Dicen que si uno prende una vela al ánima de Sixto Rojas durante siete días seguidos, sin pelarse uno, se encuentran los objetos perdidos, se recupera lo robado y se halla empleo. Mucha gente de aquí es devota de esa ánima, aunque mi mamá y mi tía Ángeles y sus amigas dicen que todo eso es mentira y que ellas no se acuerdan de ese Sixto ni de esos decires. Pero por algo será que la gente lo dice.

Me asomo a la ventana otra vez, porque ya es tarde y está oscuro. Eduviges viene desde el fondo de la casa encendiendo las luces, y su voz se oye fuerte y resonante: *El Ángel del Señor anunció a María y en ella concibió el Espíritu Santo*, dice, y se para frente al altar, reza tres Aves María que yo respondo desvaídamente, pero que sirven para alejar las sombras. Ya se encendieron también las luces de la calle. Tengo miedo de que a mi mamá y a mi tía Ángeles les pase algo, porque entonces no podré ver el mar. Al lado de ellas crezco, me levanto lentamente, aunque sea sobre las grietas erosionadas de la vida, hasta que pueda encontrar una rendija, un túnel para poder huir hacia los mundos salobres y arenosos que añoro, y que quizá sean el amor.

En este instante las veo cruzar las últimas calles y entrar bajo la llovizna, los cuerpos escondidos dentro de ellos mismos, iluminadas momentáneamente por el anuncio del *Hotel*

Residencias Triunfo que brilla allá afuera. Me vuelvo hacia la puerta. Ellas entran, con sus bolsas grandes de tela donde llevan el tejido o el bordado, los libros de oración y los rosarios. Entran y digo: *bendición mamá, bendición, mi tía*. Las miro y son como imágenes de iglesias: pálidas, derechas y enlutadas. Ellas dejan las bolsas sobre un sillón y mi tía Ángeles entra en la casa para preguntar a Eduviges sobre la marcha de las cosas. Mi mamá cierra la puerta de la calle, dejando afuera el vapor tibio que levanta la llovizna y el tráfico lento de la gente. Dentro de un rato vendrá Gregorio, el recepcionista de la noche. Mi mamá y mi tía comentan entre sí alguna frase perdida y me preguntan si hice la tarea, si ordené el uniforme, si limpié los zapatos, si aireé mi cuarto y yo digo que sí mientras ellas desenrollan la tela del mantel que bordan para la misa de la fiesta y, a la espera de la cena, se sientan bajo la luz y se pegan a su labor. Yo también me acerco y tomo mi aguja y mi hilo. En algún momento mi tía dice: *Ave María Purísima,* y nosotras contestamos: *Sin Pecado original Concebida*, las palabras del rosario se van desgranando en la noche.

Foto N.º 3

En la foto aparecen, posando de frente al fotógrafo, tres mujeres jóvenes y razonablemente bonitas. La primera lleva el cabello corto hasta los hombros, rizado, adornado con un lazo grande y llamativo. Viste un traje claro a media pierna y zapatos de tacón alto. Tiene la mano derecha en la cintura y la izquierda extiende la falda con un gesto gracioso. La del medio es la más alta. Tiene cabellos oscuros, recogidos en dos moños trenzados a cada lado de la cabeza. Su vestido, con mangas cortas y una hilera de botones pequeños, más claros, desde el cuello hasta el borde de la falda. También lleva zapatos de tacón alto y abraza a las otras dos, muy sonriente. La tercera, ligeramente más gruesa, lleva un traje a lunares, escotado y de falda amplia a partir de la estrecha cintura. Sus cabellos son largos y caen en dos trenzas sobre su pecho opulento. Tiene ambas manos entrelazadas y es la única que no sonríe. En el fondo se vislumbra un jardín familiar profusamente cultivado y un barril metálico, posiblemente, en 1947. Al ser reproducida en *La Alborada*, las identificaron con esta leyenda:

De izquierda a derecha, Inés Pedregales, Rosaura de Subero y Ángeles Pedregales, en el patio de la Pensión Santa Lutecia. (Foto del archivo personal del Sr. Higinio Meléndez).

La Alborada, 23-02-75

Segunda parte

Vienen desde la casa de Isabelita Ríos, en la Avenida de los Próceres. Vienen bajo la llovizna tibia que aplaca el polvo. Vienen y se encienden las luces del alumbrado público y de los hogares. Bordean el baldío de la Séptima, por el cual en otro tiempo podrían cortar camino, pero que ahora está ocupado por el Circo Kelly, donde ya se aprestan los cirqueros para las funciones del día. Sienten al pasar la luz cálida o fría de las vidrieras, el aliento que exhalan los negocios alineados en las calles que atraviesa. El *Pollo Don Pollo*, con su gran salón iluminado de neones blancos y la humareda que lanza a la calle el apetitoso olor de los pollos a la brasa. Los *Repuestos Ricardi,* donde se exhiben las niqueladas piezas de los automóviles, como partes de un organismo descuartizado. Atraviesan la explanada de la gasolinera *San Roque*. Luego, las fachadas de casas en penumbra, con jardines llenos de malezas. Pasan el edificio blanco y azul del *Banco Nacional*, y en la garita de entrada al estacionamiento, saludan al guardia que se refugia de la llovizna. Vienen bajo las sombrillas oscuras, hablando de sus cosas, caminando aprisa antes de que la lluvia arrecie y también pensando en la niña, que estará sola. Comentan los preparativos de las fiestas: que si La Reina Rosamaría no es tan bonita como podría esperarse. Que si no les parece que Carlitos Alexis tenga tantas atribuciones en el Comité Organizador. Que si por qué habrán ignorado a Castor, con tantas buenas ideas que siempre tiene. Que si las Hijas de María estaban bien preparadas, y que de seguro harían un buen papel, cantando en la misa solemne. Que si la esposa de Mr. Godden sabía más de Relaciones Públicas que el marido, y eso que él era el Jefe, pero era bien grosero. Que tal vez el padre Bruno iba a estar bien el gran día. Especulan sobre quiénes vendrán y quiénes faltarán. Se entristecen cuando pasan la construcción del edificio de La

Compañía, tantas veces iniciado y detenido. Cruzan la última de las seis calles que hay entre el Hotel y la casa de los Ríos, entran por la puertecita encristalada y pasan directamente al vestíbulo débilmente iluminado, donde está la niña, solitaria, mirando por la ventana. Ella se vuelve y les dice: *bendición mi tía, bendición mamá.*

Tercera parte

Las hermanas Pedregales: Ángeles e Inés, llegaron a Santa María del Mar en el año 1934, y se quedaron a pesar de que el pueblo nada auguraba de bueno, ni traslucía nada de lo que sería su desarrollo posterior. Era un rancherío desordenado, encrucijada de los grandes camiones que venían de todas partes, sueltos por la sabana tras las huellas del tan mencionado petróleo.

Llegaron desde Santa Lutecia, una pequeña población que desapareció a causa del paludismo. Toda la familia Pedregales había muerto, y a ellas solo les quedaron algunas prendas para el recuerdo, sus católicas costumbres y una voluntad inalterable de sobrevivir. Eran entonces muy jóvenes y hubieran podido irse a la capital, o a una ciudad más grande. Pero habían oído hablar del petróleo, y sabiendo que aún contaban con un modestísimo capital (que, en honor a la verdad, en otro sitio apenas hubiera servido para que se instalaran pobremente, sin asegurarles el sustento) se decidieron a invertirlo en algo rentable. Con ellas viajaba una india jovencita que había pertenecido a su casa desde hacía años, y entre las tres, una vez instaladas, levantaron primero un kiosko donde vendían comidas, y después fueron agrandando el negocio, agregando habitaciones para alquilar, construyendo poco a poco la casa de Pensión: una sala, un comedor general, una cocina amplia y un gran patio que convirtieron en huerto de frutales con guayabos, cerezos, mangos, uveros de playa, y también ajíes, pimentones y tomates, pollos y gallinas que producían las cantidades suficientes para cubrir el consumo cotidiano. Cuando en 1937 el pueblo comenzó a crecer, ya la *Pensión Santa Lutecia* y las hermanas Pedregales eran sinónimo del buen trato, buena comida y decencia.

Por lo demás, ellas creyeron que de alguna manera, el acto de escoger Santa María para vivir, no había sido gratuito, sino

provocado por la voluntad divina, con el fin de que ellas establecieran en aquel nido de paganismo y de pecado, un oasis espiritual: un vivero de cristianismo y de fe. Como habían sido educadas en un prestigioso colegio de Aragua, tenían una sólida formación religiosa, moral y cívica, que pusieron en práctica de inmediato. Consigo traían una imagen del Sagrado Corazón de Jesús que había pertenecido durante años a la familia: era una hermosa talla en relieve sobre madera, que databa de tiempos de la Colonia, y que instalaron en un lugar preferencial de su casa, junto con un cuadro de la Virgen de los Milagros y otro del Beato Gregorio de la Rivera. Ese altar, perennemente adornado con flores y veladoras, poco a poco se fue convirtiendo en el centro ceremonial del pueblo. Martes y viernes, a las seis de la tarde, ellas rezaban el rosario y podían incorporarse a la oración cuantos hombres y mujeres piadosos así lo quisieran. Uno de los asistentes más asiduos era Castor Subero.

Alguna gente del pueblo especula que Ángeles Pedregales y Castor Subero tuvieron un romance de los que se acostumbra llamar *platónicos.* Es más factible que doña Ángeles, que en ese tiempo era joven y bonita, se prendara de don Castor, que era un caballero apuesto, educado, elegante y cristianísimo, pero que al saberlo casado, sepultara ese amor bajo capas y más capas de prudencia, renunciamiento y sacrificio. Así, se mantuvo en estricta castidad, consagrándole a don Castor cariño y fidelidad sin pedir nada a cambio, incorporándose a su vida por medio de la amistad con su esposa, y los nexos religiosos bautismales con los hijos, a quienes ayudó a educar en la escuela que Rosaura, Inés y ella sacaron adelante.

En 1936, Ángeles consiguió, después de innumerables viajes a la capital de la diócesis, que el párroco de El Carmelo oficiara la misa del 9 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora del Mar. Cuarenta niños, entre hembras y varones, hicieron ese día la Primera Comunión, y cincuenta y cuatro fueron bautizados.

La misa se ofició en el portal de la Pensión, y hubo bambalinas blancas, una mesa tendida con manteles bordados, panecillos horneados en casa, frutas y frescos para los asistentes al acto. Desde entonces, cada mes el cura visitaba Santa María, hasta que en 1938, el Obispo nombró al padre Bruno párroco y pastor de almas. Diez años después se establecieron dos colegios católicos: uno, atendido por sacerdotes franciscanos, el *San Francisco de Asís,* para la enseñanza de varones, y el otro, atendido por religiosas de la congregación paulina, el *María Auxiliadora,* para la educación de las niñas. Ambas tuvieron con el tiempo grandes edificios, capillas y capellanes, y junto con las cofradías de Nuestra Señora del Mar, del Sagrado Corazón, del Santo Sepulcro y las Hijas de María, se coordinaban para celebrar las festividades religiosas y alimentar el fervor del pueblo. En 1978, cerraron el colegio de religiosas. El de los curas, subsiste todavía, ahora dedicado por igual a la enseñanza de niñas y niños.

En 1965, Inés Pedregales casó con un ingeniero ítaloargentino a quien llamaban Toto Molinari. Este señor trabajaba en La Compañía, y, enterado de los proyectos de desarrollo que se manejaban para la región, estimuló a las hermanas para que adquirieran un baldío que estaba frente al Terminal de Pasajeros (allí había estado antes un prostíbulo más o menos elegante, que desapareció en un incendio provocado cuando algunos asistentes quisieron divertirse rociando un gato con whisky y prendiéndole fuego). En ese baldío invirtieron parte de sus ahorros, y después hipotecaron la vieja propiedad del centro, donde funcionaba la Pensión, y pusieron en el negocio su crédito, su reputación y su palabra, para construir y dotar un hotel.

La construcción comenzó en 1970 (justo ese mismo año, los Molinari adoptaron a la niña) y, en efecto, pareció una excelsa idea, pues el país comenzó a prosperar en forma vertiginosa, y, por supuesto, también la región. Acudió en esos días a Santa

María del Mar una gran cantidad de inversionistas: medianos y grandes pragmáticos del comercio y la industria, y tras ellos, técnicos, tecnócratas, ambiciosos y aprovechadores. Llegaron futurólogos, parapsicólogos, diseñadores de moda, arquitectos, ingenieros, peluqueros y masajistas, médicos que abrieron lujosas clínicas donde se ofrecía la extensa gama de la ciencia moderna: desde la alopatía hasta la acupuntura, desde la digitopuntura hasta la cromopatía, desde la medicina por computadora hasta la medicina botánica, y llegaron veterinarios que ofrecían gratuitamente los peinados para perros como oferta introductoria de sus servicios y con ellos llegaron las sofisticadas boutiques donde se vendían animales domésticos y sus accesorios. Los constructores horadaron y marchitaron hasta el más mínimo rincón aprovechable para elevar esbeltos edificios rectangulares, y se establecieron bancos, casas de cambio, casas de cita, cinematógrafos, discotecas, bares de ambiente, restaurantes y salas de arte. En fin: todo aquello que constituye la marca de estilo de una ciudad próspera y moderna del siglo XX.

El hotel de las Pedregales se terminó dentro de esta misma tendencia, y fue bautizado, con asistencia del señor Obispo, el 23 de febrero de 1973, cuando el Ayuntamiento decidió por primera vez celebrar el aniversario de la ciudad (en una fecha determinada, sin duda, azarientamente). Su nombre fue *Hotel Residencias Triunfo*. Tenía una sala restaurante amplia y hermosamente decorada: mesitas redondas cubiertas de mantelería blanca y sobremanteles de colores vivos: amarillos, celestes, rojos, verdes, y sillas de madera con asiento tapizado en los mismos colores, y floreritos de cristal con claveles artificiales, lámparas colgantes de diseño audaz, cortinas blancas en los amplios ventanales de vidrio, separación de ambientes por medio de maceteros con plantas artificiales, que aportaban una gran sensación de frescura, ambiente musical y aire acondicionado. El menú era variado, en base a recetas caseras, pero había

en su presentación un toque artificioso y un poco *kitsch*, que se consideraba bastante elegante. En nada se parecía este al antiguo comedor de la Pensión *Santa Lutecia*, con su techumbre de zinc, sus enredaderas florecidas, el olor de la tierra mojada tres o cuatro veces al día, para evitar el polvo y aplacar el calor, y los mesones largos y rústicos cubiertos con manteles de plástico floreado. Tampoco las habitaciones tenían nada que ver con las que se alquilaban en la Pensión. Las del hotel eran amplias, decoradas en base a los colores verde, blanco y dorado, tenían baño incorporado, televisor, teléfono y climatización artificial. Había, además, en el hotel, un Salón de Banquetes, una Sala de Conferencias, una cocina profusamente dotada y cuartos de servicio para el personal. Esta gente tenía las órdenes de cuidar con esmero la limpieza y la higiene de todas las instalaciones, y de conservar el orden y la decencia por encima de todas las cosas. No era cosa de legarle a la niña, que había llegado para completar su vida, un nombre manchado a causa de la ambición desmedida y la avaricia. Cierto que ahora tenían un hotel, con otras necesidades y otro tipo de desarrollo, pero las Pedregales deseaban conservar la imagen de corrección, de moralidad y de seriedad a toda prueba que habían construido durante todos esos años. Continuaron administrando la Pensión un tiempo más. Después, dejaron encargada a Eduviges y ellas se dedicaron a fiscalizar la marcha del hotel, a la educación de la criatura y a numerosas actividades cristianas. Todo auguraba felicidad y prosperidad. El Toto Molinari se retiró de La Compañía. Quizá por eso no se enteró a tiempo del cambio de los planes, porque de lo contrario hubiera introducido alguna variante que impidiera el desastre. De todos modos, pocos se enteraron y la ciudad vivió un tiempo por el puro impulso de su ilusión y su esperanza. En 1979, cuando el Toto murió, ni Inés ni Ángeles notaron, en medio del dolor y del desconcierto, cómo bajaban día a día los comensales en el restaurante, cómo se reducían los

ingresos por concepto de hotel, y cómo se acumulaban las deudas con los proveedores y los bancos. Cuando lo notaron, fue día de dolor y arrepentimiento. Ángeles renegó de su difunto cuñado (aunque después hizo penitencia y confesó su falta), mientras Inés sufría ataques de histeria. Tuvieron que vender la Pensión para hacer frente a los problemas, ir reduciendo la actividad del restaurante hasta desaparecerlo, y ocupar parte de las suntuosas instalaciones de servicio como vivienda. Posteriormente, convirtieron el último piso del hotel en dos apartamentos que alquilaron para vivir de las rentas. No es que quedaran arruinadas, pero su nivel de vida bajó sensiblemente, y ellas lo notaron cuando tuvieron que mandar a la niña a la escuela de los franciscano de Santa María y no a un exclusivo internado capitalino, como habían soñado.

No fueron solo ellas las afectadas: la ciudad entera, esa ciudad que había crecido súbitamente en la época de los 70, que había sido poblada de edificios de aluminio, concreto y plexiglás, la ciudad de los múltiples anuncios luminosos y los jardines esplendorosos, la de los placeres y el confort, se fue desmoronando como si hubiera sido la escenografía de alguna filmación monumental. La Compañía despidió casi todo el personal. Los inversionistas se declararon en quiebra. Los desempleados, perdida la esperanza, comenzaron a emigrar. Los inmigrantes que habían ido estableciéndose en Santa María, y ocupaban altos puestos en su sociedad, intentaron el recurso de organizar *Comités de Defensa* de la ciudad. Consiguieron que los visitara reiteradamente una Comisión del Congreso de la República, y que el Presidente prometiera elaborar planes para el desarrollo de la región, pero todo se quedó en palabras y entelequias, hasta que muchos de los «defensores», hartos de la devastación que progresaba por todas partes y de la comprobada inutilidad de sus recursos, terminaron por desertar e irse. Entonces los habitantes más fieles, los sobrevivientes que aún tenían una pizca

de fe, los tercos y los que aspiraban a pescar en río revuelto, se unieron en una cruzada mística para hacer su lucha: *Santa María no morirá*, era el lema. Las hermanas Pedregales y todos sus amigos de las Cofradías Religiosas se incorporaron a ese esfuerzo cuyo punto central y culminante era la celebración del Aniversario de la ciudad.

Susana tuvo un secreto

Deja que en el secreto de tus ojeras
duerman las golondrinas de mis pesares...
AGUSTÍN LARA
Serpentina

No dormiste anoche, Mélida, y es que estabas nerviosa como cuando eras jovencita y te preparabas para algo que te gustaba: ir al cine, a una fiesta o a las funciones del Circo. Te levantaste temprano y te metiste en el baño, porque toda la vida has tenido debilidad por los baños, allí vives, sueñas y te calmas, y por eso te hiciste siempre uno, cada vez más lujoso, hasta que llegaste a esta cámara egipcia llena de llaves doradas, de espejos, de frascos y pomos de talco perfumado, de armarios repletos de toallas, ubicados estratégicamente alrededor de la bañera de jacuzzi y de los divanes con cojines de terciopelo y de la mesa de masaje: todo eso que te cuesta tanto mantener. Hasta mandaste a cavar un pozo para que tú y solamente tú tuvieras agua para tus abluciones eternas y tus baños rejuvenecedores, que realizas con fondo musical de Mozart, me dijiste más de una vez, aunque yo no sé exactamente quién es Mozart ni qué tiene que ver con este asunto.

Siempre escuchas por ahí, lees en el diario, que en Santa María no hay agua, que la gente de los barrios sufre porque no alcanzan las cisternas móviles para surtirlos, que hasta en las urbanizaciones de la clase media tienen que aguantar que les llegue

un hilito cuatro veces a la semana, que muchas pequeñas industrias han fracasado por esa razón, y que a veces han llegado al extremo de parar las operaciones en el hospital, debido a la falta de agua. Lo has oído. Mélida, no lo niegues, porque esas cosas siempre se filtran, a pesar de tu deseo expreso de no saber lo que pasa a tu alrededor. Lo has oído, pero te empeñas en ignorarlo, porque bastante jodiste y te jodieron y te recontrajodieron, para que pudieras hacer este baño a tu medida de reina, y no estás dispuesta a crearte mala conciencia, ni a renunciar a él por esas mierdas. Ahora abres los grifos: agua fría, agua caliente, agua fría, para lograr la temperatura que te gusta: más caliente que fría, pero no tanto, y comienzan a brotar chorros de agua giratoria, remolinos que agitan la superficie ascendente en la gran taza redonda de porcelana, de un verde con vetas imitación jade, y en el agua inquieta echas espuma de baño con olor a limón, junto con polvos de Alegría, Contraenvidia, Juventud y Lluvia de Plata, de esos que te recomienda en los ensalmes la Maravillosa Meudis, y los perfumes se mezclan en el aire, y los espejos se empañan mientras tú te desnudas con fruición, evitando mirarte directamente para no ver tu cuerpo más grueso que hace veinte años: cuerpo que ocultas bajo el disfraz de los trajes elegantes y bien cortados. No quieres ver los pliegues de la cintura, las quebraduras del vientre, las tetas fláccidas atravesadas de venillas azules, y las estrías de los embarazos en las caderas: ya terminaron sus tiempos de gloria, Mélida, ya terminaron. Pero no quedaste reventada como otras, seguramente piensas, mientras te metes en la bañera runruneante, y ahora mismo, dentro de dos, o tres, o cuatro horas, te sentarás al lado de esas beatas de las Pedregales, del severísimo Castor Subero, de todas las señoronas decentes y sus maridos que lucen cuernos transparentes, y del coño de madre de Silverio Prada: los mismos que criticaron, persiguieron, intentaron destruir tu negocio: sacarlo de la faz de la tierra. Los mismos que no quisieron que sus hijos, aquellos

angelitos, en su momento de la verdad, fueran enterrados en tierra consagrada, porque eran hijos de puta, y que ahora sobreviven ahogados de recuerdos, comiendo pan duro mojado en agua, solitarios entre las ratas, amargados o miedosos del tiempo, del infierno, del qué dirán, de los jóvenes, de los viejos, de la sal y el ajo, de las llamadas telefónicas y la inútil muerte en soledad. El único que se salva de todos ellos es el Oileo, quien siempre se tomó la vida como si fuera una travesía perenne, y cada atracada fuera un banquete y una fiesta, y más de una vez atracó y desembarcó en tu casa, en tu cama y en tu baño, como que tuviste tus primeros hijos de él, cuando tenías tus catorce años en flor y te robó del carromato tirado por una mula vieja con el que me gané la vida en los tiempos en que andábamos tú y yo solas, como siempre lo estuvimos desde que aquel Manuel Felipe tan apuesto se descruzó del camino en que nos habíamos cruzado, y yo sé, Mélida, que has oído muchas veces esta historia, pero a mí me gusta repetirla y recordar que mis hermanos me tenían concertada como sirvienta de la señorita Cósima Bajares, en la hacienda de los Bajares, y me pagaban doce fuertes al año, y entonces yo le dije a aquel Manuel Felipe El Hermoso de mi corazón: *pase usted por mí cuando se venza el contrato, dentro de cinco años, si se acuerda* (y era el 11 de mayo) y un 11 de mayo, cinco años después, se presentó montado en un caballo rosillo, y aunque la niña Cósima lloró y los Bajares dijeron: *no te vayas, Lina, te aumentaremos la paga, te tendremos como una hija,* yo supe que había cumplido con el compromiso de mis hermanos y la vida me esperaba sobre la grupa de ese caballo, pegada como lapa al calorcito de ese hombre que me hizo tres hijos de los cuales solo viviste tú, Mélida, tan hermosa y tan perfecta que nadie podía creer que fueras mi hija y hasta dijeron que serías el fruto de un mal paso de la niña Cósima, porque no podían aceptar que una india como yo te hubiera dado la vida, y un día Manuel Felipe se fue con la montonera de

alzados en la Guerra aquélla de los Azules, y yo me quedé sola, no pude y no quise esperar inútilmente y puse el negocio de andar de aquí para allá con el carromato, vendiendo mercancías de Puerto Píritu a Aragua, de Clarines a Guanape, de El Carmelo a San Joaquín, de Cachama a San Diego, de Soledad a El Guasey, de Mamo a Cabruta, de La Peña a San Alejandro y vuelta a lo mismo, acampando siempre donde me cogiera la noche, y llevando cartas y noticias junto con los peines y las peinetas y los lazos y las cintas y los cortes de tela y los encajes y los hilos, los botones, las sedalinas y los papeles de escribir y las plumas y los chinchorros de cairel y las alpargatas, mientras tú crecías tan linda, con tus trenzas doradas, siempre entretejidas con cintas de raso, y con tus ojos negros y tu piel blanca, fulgurante, y sin embargo, de tonos secretamente acanelados, hasta que nos vinimos a instalar cerca del OG-1, en el mero sitio de donde se sacaba el petróleo, e hicimos buenos negocios vendiendo mercancía a toda esta gente, y aquí te volviste definitivamente linda. Tanto, que el pobre Oileo enloqueció por ti y te creyó un encanto una vez que te vio bañándote en el río, y la gente creyó que se iba a repetir lo que le pasó al tal Sixto. Y tanto dio y se empeñó, que terminó robándote del carromato, y te hizo casa y dos hijos que nacieron muertos, y después fue cuando tú quisiste montar tienda aparte, quién sabe por qué causa, poner tu propio negocio, y Oileo te devolvió al carromato, que tú arreglaste con farolitos chinos, mandaste a hacer una casita al lado y un corral para la mula, que después se murió de vieja y contrataste a aquel Jesús Gal para que te pintara el letrero a un costado de la tela: aquel letrero llamativo en letras grandes y rojas: SUSANA TIENE UN SECRETO. Porque —después me explicaste— las mujeres de la vida se cambian el nombre como las artistas, y es que eso —también me lo explicaste— digo, eso de hacer el amor y satisfacer a los hombres y sacarles su dinerito, es una forma de ser artista. Lo cierto es que te hacían cola, y

tuviste que ampliar el negocio: compraste una casa más grande, y una rockola de luces rojas, verdes y azules que parpadeaban, y contrataste un conjunto para que tocara martes, jueves y sábado, y adornaste todo tan bonito que todo el mundo tenía que hacer con ello, y te fuiste luego por los pueblos (nos fuimos, porque no quise dejarte viajar sola) para contratar muchachas de ojos nostálgicos, a las que enseñaste a maquillarse, a vestirse con trajes ceñidos y brillantes, a caminar con zapatos de tacón alto, y a perfumarse, a ser gentiles con los hombres, a usar polvo de azufre para mantener sana sus partes y darse lavados de dividive para no salir empreñadas, y después trajiste de la capital bebidas finas y tipos expertos en combinarlas, y entonces los gringos, los criollos privilegiados, los forasteros con billete: técnicos, ingenieros, capataces, jefes de oficina, se dejaban caer por las noches para beber y rumbear, para convertir a las muchachitas en sus mamacitas del alma, y, claro, para conocer tu secreto, Mélida-Susana, y tú entrabas a las nueve en punto íntegramente vestida de blanco, como una novia, con una rosa roja en el pecho, y el cabello rubio, de un rubio natural y no pintorreteado como el de tantas señoronas presumidas y tantas raticas callejeras, recogido en un moño sobre la cabeza, como una corona, y te ofrecían *money* y los gringos, yendo a sentarse a tu mesa, cómo te ofrecían, y tú les coqueteabas en su lengua, y yo me trasnochaba viéndote desde el traspatio, sentada en mi hamaca y fumándome mis tabaquitos, me trasnochaba viéndote como una reina, brillando con luz propia, como dicen que brillan las estrellas.

Y el negocio se fue arriba, tuviste que construir más y más ampliaciones, que hacer reservados metidos entre jardines, y será por eso que el tal Juan no sé qué, que era el gerente de la casa Niú York te tenía bronca y te la tenía jurada, a pesar de que su lugar era casi solo para gringos, y que escribió en la puerta: no se admiten perros, criollos y negros y tú no tenías tantas

pretensiones. Y será por eso que el Mr. Felipe ese que puso La Compañía para el control de la putería quería cobrarte más impuestos que a los demás, y como tú te negaste, no solo a pagar lo que él quería sino a pagar cualquier cantidad fijada para esas cosas, él pretendió quemarte el negocio. Pero es que tú, y así se lo dijiste al comisario, Mélida, no eras puta, sino *cortesana*, como decía aquel señor Lavó, que era poeta, y que tanto venía por aquí a buscar tus secretos, y que te decía Dueña del Jardín de Epicuro, o algo así ¿te acuerdas?, y cómo se enamoraban de ti aquellos hombres: me acuerdo de aquellos otros poetas: el Marcos González, que tenía los ojos como un león dormido, pero que era un vivián, con su sonrisita de lado y hasta le sacaba servicio gratis a las muchachas, y el Gonzalo Rojas, que te recitaba unos versos: *en hombre es como adelgazas tu figura, en olores de hombre... eres blanca por dentro y guardas una flor en el pecho, que preservas como una penitencia...* o te cantaba con su preciosa voz la canción esa de Lara: «Pecadora». Y aquel misterioso que se sentaba solitario ocultándose bajo el ala del sombrero y desde el rincón te adoraba como una reina. Y aquel Mister Conrad tan estirado, que era de Virginia y quiso casarse contigo y hasta vino a pedirme permiso y te compró un traje blanco purísimo y un tocado de azahares, y el día de la boda, con las muchachitas de negocio formándote cortejo en tul rosa, te presentaste a las plenas diez de la mañana en la Iglesia, a pesar del escándalo del cura, de las protestas de las Pedregales que encabezaban la manifestación de beatas y de la sorpresa escandalizada o divertida de todos. Y nadie podía hacer nada para impedirlo, porque si a un jefe de La Compañía le daba la gana de casarse así, él pesaba más que todos ellos juntos. Aunque a última hora el Mister no pudo, le llegó un telegrama de los Estéits donde le avisaban que uno de sus hijos había muerto trágicamente, y él, muy caballeroso, muy acongojado, fue a la Iglesia donde estábamos esperando, para avisarnos, y entonces, en caravana, lo fuimos

a acompañar al aeropuerto, por donde se fue, jurando pronto volver, y después que regresaste te quitaste el vestido y los adornos, los metiste en una bolsa y te tomaste tú sola una botella de brandy, y esa noche, a pesar de todo, abriste el negocio, más bella que nunca, y todos los días siguientes se llenó el negocio de gente que venía a ver si te derrumbabas, pero no lo hiciste, no le diste ese gusto, y tuviste un hijo del gringo ese, el Guillermo, y después te metiste con Peter Marcano, un puertorriqueño que era contador o gerente o algo así, de La Compañía, quien te hizo los otros tres hijos, crió el Billy y te dio la casota con jardín y alberca, aunque era casado y tenía su esposa viviendo en el Campo de los Gringo. Eso sí: separaste las tres cosas: tu casa y tus hijos y tu puesto de señora, por un lado; el negocio por otro, bien lejos, y el carromato por otra, pues allí estaba su refugio, allá corrías cuando estabas sola y por eso nunca has querido deshacerte de él, y mandas a cambiar y a repintar la lona si está vieja, y pones el letrero otra vez, con las mismas letras rojas, aunque Susana ya no existe. Porque un día te diste cuenta de que eran menos los clientes, de que los tipos ya no prendían los cigarros con billetes de banco, ni pedían whisky para todos que yo pago, y que el tiempo de las putas estaba cambiando al tiempo de los políticos, y metiste en ese negocio a tus hijos, y ya sabes, mal no te fue: ese negocio es tan bueno como el otro, de tal manera que puedes darte el lujo de esta mansión con su pozo particular y su baño lujoso y sus jardines y su alberca, y tener a tus nietos en los Estéits, adonde nosotras mismas vamos dos veces al año y nos quedamos en ese hotel de Orlando donde le dan a una lo que Dios crió para hacerlo más joven a pesar del tiempo. Y ahora en Santa María, donde tantas y tantas veces te pusieron mala cara, se la pasan invitándote a cenas y bailes de beneficencia, a los que nunca vas, a pesar de que envías tus chequecitos con donativos. Y todo el mundo te invita porque ahora son otros tiempos y doña Mélida, dicen, es una mujer retirada

de la cama. Y también porque todo se está arruinando, ahora que La Compañía se fue: todo se está yendo al diablo y la gente se está yendo de este pueblo mientras tú te quedas. Ellos creen que es por lealtad, pero la verdad, es que a ti no te importa, digo yo, si es este u otro lugar, y en todo caso mejor este, porque aquí te lo viviste y te lo gozaste y te lo sufriste también: aquí te jodiste desde abajo hasta crear este mundo y entonces por eso te da igual lo que haya a tu alrededor aquí en Santa María, porque tú lo que quieres es vivir ese otro mundo: tu paraíso, y en él te puedes dar el lujo de derrochar el agua mientras las señoras de alta sociedad tienen que bañarse en duchas escuálidas o echándose el agua con perolitos, y de echarte en el cuerpo cremas importadas, humectantes de almendras de la India y mascarillas de placenta y yogurt, mientras los otros recuentan sus últimos dólares baratos, suspirando. Y ahora mismo sabes que en la frescura de tu cuarto Tamara está sacando del armario tu traje nuevo de seda natural: gris con rayas finísimas y verticales de color magenta, de dos piezas, cortado para ti especialmente en Niú York, y el sombrero gris perla y el bolso y los zapatos magenta y la ropa interior también de seda gris y los pañuelos y el toisón de oro puro con la imagen de Nuestra Señora del Mar, que siempre nos protegió, y el reloj también de oro, con rubíes que hacen juego con los aretes. Porque hoy te sentarás entre los grandes, Mélida: en medio de la alta sociedad y de los políticos, con pleno derecho. Irás del brazo de tus hijos, que se desvivirán por atenderte, con tus nueras dos pasos detrás de ti, y todos buscarán saludarte mientras tú sonríes. Ocultando el brillo de los ojos en la sombra del sombrero, sintiendo el valor de las miradas, el rumor de las voces: la murmuración como siempre, la envidia, la admiración, la intriga, preguntándose cuál habrá sido tu secreto, Susana, ese que te llevarás a la tumba.

Deudas de juego

Don Silverio se despertó cuando las estrellas brillaban todavía. Los gallos hacía rato estaban cantando, sacudiendo vigorosamente las alas. Los perros, en cambio, habían callado, y se escuchaba el paso de los madrugadores: repartidores de diarios, lecheros, gente que trabajaba en los pueblos cercanos y debía irse antes del amanecer. La lluvia que había caído durante todos los días anteriores, había arrastrado la polvareda que antes el viento depositara en todas partes, y el ambiente se sentía liviano, limpio, fresco y libre de ceniza y de toda iniquidad. La oscuridad y el silencio inundaban toda la casa. Las persianas estaban echadas y los visillos corridos herméticamente. En todas las habitaciones reinaba un orden absoluto. Don Silverio llevaba una vida austera y exacta. Algo en él necesitaba de esa severidad y ese orden para sentirse justificado en el universo. Su habitación estaba pintada de blanco y en ella destacaban los muebles de madera oscura, rectos y pesados: un armario, una peinadora con banqueta, una silla, una mesa pequeña con una lámpara y una cama matrimonial. En una de las esquinas, alumbrada con una lámpara de aceite, estaba una imagen de Nuestra Señora del Mar, patrona de los navegantes y los pescadores. Sin embargo, desmintiendo el aire monacal del cuarto, sobre la peinadora, reflejados nítidamente en el gran espejo, había una multitud de frascos de cremas, esencias y talcos. Un

leve olor de perfumes finos denunciaba el buen gusto y la buena posición de quien ocupaba esa habitación.

Don Silverio miró entre sus párpados semicerrados la luz violeta del amanecer que comenzaba a filtrarse por las hendiduras de las persianas. Por pura costumbre, volvió la cabeza hacia donde Juana, su mujer, yacía a su lado en otros tiempos. Casi la vio, durmiendo con la boca entreabierta, los labios un poco gruesos, húmedos, bordeados de pelillos oscuros y finísimos, el cabello recogido en una gran trenza, la cobija casi tapándola hasta el cuello, un brazo elevado sobre la almohada. La recordó joven y flexible, como la había conocido allá en la Isla, bañándose en la mar con aquel traje de algodón blanco que usaba y que dejaba adivinar sus senos fuertes y duros, la curva tenue del vientre y la sombra de su pubis. Recordó las gotitas de agua bordeadas de sal que corrían por su piel. Recordó el aire tibio y luminoso de entonces. Ahora, Juana estaba muerta. Desde hacía seis meses estaba muerta. Ya el amanecer no se volvería a reflejar jamás en sus ojos oscuros. Ya no volvería a correr por ninguna arena, sintiendo cómo se secaba su piel al contacto del viento y del sol. Habían pasado los años, se había ido poniendo vieja, y finalmente se había transformado en aquel tronco sarmentoso y reseco que depositaran una tarde de agosto en el Cementerio Viejo.

Don Silverio escuchó, a lo lejos, el toque del clarinete con que se daba inicio al día de fiesta. El pueblo despertaba alegre y confiado a su alrededor, aprestándose para gozarla. Hacía dos o tres días, muchos dudaban de que pudiera celebrarse con el esplendor debido, primero a causa del ventarrón y después por la lluvia. Pero ahora el día había amanecido apacible y hermoso y era tiempo de levantarse, pensó. Añoraba un tazón de café fuerte y sin azúcar, como lo había tomado siempre, como lo tomaron siempre su padre y su abuelo. Pero para eso debía levantarse, ir hasta el baño y después a la cocina, dando inicio

a su día personal. Y se sentía, como con frecuencia pasaba en estos tiempos, muy viejo, muy cansado y muy adolorido. Cerró los ojos, meciéndose en el sopor de sus olores y sus dolores. Se durmió y soñó brevemente. El rumor de la mar le llegó con claridad, las olas rompiendo suaves en la arena. Veía las nubes elevándose como blancas hogueras en el firmamento, hacia el este. Oía la tímida campana de la iglesia del Santo Cristo llamando a los pescadores a la faena. Todo le era cercano y familiar. Todo le hacía sentirse feliz y abrigado. Cuando abrió los ojos otra vez, la mañana ya había entrado de lleno, y la luz cortada por la persiana simulaba contra la pared una serie de uniformes cuchilladas que hirieran la penumbra con un resplandor ígneo. Oyó la voz de su hija conversando en voz alta en la cocina. El olor del café lo hizo despertarse del todo. Oyó los pasos de su hija acercándose por el pasillo, y su voz le sonó grave y como enmohecida: *Levántate, papá, que ya es hora*, eso dijo y resonó en todo el ámbito de la casa, como si fuera una campanada o quizá el eco del clarinete, menos agudo, más lleno de tonos oscuros, tal vez a causa del mismo ambiente. Sí: la fiesta. Se incorporó mirando a su alrededor. Dobló las sábanas, arregló la cama cuidadosamente, tal como siempre había hecho desde que entrara al Cuartel. Calzó las chanclas de plástico. Tomó la gran toalla beige del respaldo de la silla donde estaba extendida, y salió a la casa que conservaba aún cierta atmósfera nocturna. Seguía amenazando lluvia, pero no llovería, pensó, auscultando su lumbago. Se lavó resoplando en el minúsculo baño, más empequeñecido por la presencia de los depósitos. No salía agua por las tuberías a esa hora. Solo salía de noche, y había que aprovechar para llenar la cisternilla si uno no quería morirse de sed, de calor y de necesidad. Se sintió de mal humor. Gracias a Dios que su hija le hacía el favor de recogerle agua, porque él ya estaba demasiado viejo como para estar en esos trotes, durmiéndose a medianoche para coger un hilito y llenar

los trastes. Melancólicamente, comenzó a afeitarse. Para eso se trabajó tanto. Para eso se sacó tanto petróleo. Pasaba la navaja con precisión, maravillándose secretamente de la firmeza de su pulso, casi sin mirarse al espejo ligeramente empañado. Para eso uno se vino de tan lejos, pasó tanta angustia y tanta cólera, para que ahora tenga que vivir en un calabozo sin agua corriente. Se enjuagó la boca, lavó bien la dentadura postiza con un cepillito y desinfectante mentolado. Se la puso y se secó con cuidado. Aquí no se enriquecen los hombres de trabajo, sino los vivos. Y mire que serví bien, que trabajé bien. Ahora, que no puedo quejarme del todo. Por lo menos pude mantener a esa mujer, criar y educar a esos tres hijos, sin que nada les faltara, más bien sobrándoles. Y tengo esta casita, la jubilación, unos ahorros, por si acaso. Y hasta gustos me he dado, pero aún así. Eso no justifica que en el pueblo donde uno vive –pensó, mientras se peinaba– no haya agua suficiente. Se fue a la cocina y bebió el café con fruición en su tazón de peltre. En la habitación de al lado sentía el ajetreo del resto de la familia. Su hija le gritó que se acordara de no tomar tanto café, que el médico se lo había prohibido. Barrabasadas. Pensó en la fiesta. El tipo del Ayuntamiento que había traído la tarjeta, había dicho que a las diez y treinta pasaría por ellos. Don Silverio abrió la puerta de la calle, y la mañana entró, envolviendo las cosas. Todo estaba ya despierto y activo. Pasaban los grupos enfiestados: familias enteras rumbo al desfile. En la casa del frente, una niña peinaba sus cabellos bajo el sol. Le sonrió de lejos. Don Silverio le hizo un gesto de saludo con la mano, y volvió a entrar. Un muchacho en bicicleta pasó y tiró el diario en el porchecito. Uno de sus nietos salió, lo recogió y entró corriendo, sin saludarlo, casi sin verlo. La juventud actual es desconsiderada. Don Silverio recordó a la muchacha que lo había venido a entrevistar, y le subió otra vez la cólera por el atrevimiento del fotógrafo. Si él dijo que no quería fotos es porque no las quería, pero ellos:

no, gastando y gastando luz. Y ahora, seguramente, en estos papeles estarían sus palabras, hábilmente deformadas por la periodista, y estarían sus fotos. Su hija y su yerno le dijeron que no debía ponerse así por eso. Pero qué sabían ellos. Qué sabían. Siempre es una garantía que los otros no sepan cómo es uno. Siempre es una seguridad.

Miró el reloj y eran las siete y treinta. Salió al patio y comenzó a caminar bajo el tibio sol de febrero. Antes, cuando él había llegado con los otros de la cuadrilla, no había ni un solo árbol, ni un solo arbusto. Pero después fue llegando la gente, y la gente traía sus semillitas, sus estacas. Juana se había dedicado en cuerpo y alma a su jardín, y había obtenido trinitarias, por lo menos ocho clases de rosas, jazmines y nardos, y en el patio tenía mangos, cocos, chaguaramos y guayabos, además de un herbolario con yerbas medicinales y aromáticas, porque ella era muy sabida en esas cosas, y por eso no se les murió ningún hijo, aun en esos tiempos en que no había buenos médicos, ni hospitales, ni remedios de botica. Don Silverio se sentó bajo los árboles de Juana sintiendo la luz moteada que calentaba tímidamente aquí y allá. Abrió los sentidos a la mañana llena de rumores. Se movió perezosamente, cargó un balde de agua y lo vació en una olla para calentarla. A su edad no era bueno bañarse con agua fría y serenada. Vació unas gotas de yodo en el agua que se entibiaba ya sobre la hornilla y examinó la ropa que su hija colocara en un sillón, cerca de su cuarto: camisa blanca, terno de paño gris, corbata gris con rayas negras, medias y zapatos negros y borsalino gris oscuro. Olió la camisa y sintió el aroma de lavanda. Bien. Siempre fue muy sensible a los olores. Su lujo más grande eran los perfumes. Los prefería ingleses. Más sobrios. Más masculinos. Últimamente se había producido un cambio en él. A veces hasta le daba náuseas su propio olor. Era un olor que no tenía antes: un olor a sudor mezclado con cierta ranciedad que no sabía de dónde venía. O sí lo sabía:

era el olor a viejo, a cuerpo viejo, a edades acumuladas. Todo en el mundo tiene su olor particular, pero ese olor no es fijo, sino que varía. En Pampatar había una mujer que sentía el olor de la Muerte. Desde muchachita lo sentía. Cuando ella sentía ese olor en una casa, o al pasar cerca de alguien, por muy sano que estuviera, ya debían preparar la mortaja, recoger entre los vecinos los pocillos para el velorio, comprar el chocolate, el ron, las galletas y el café, llamar al cura, contratar *los servicios*, porque no pasaban ocho días. Ella decía que era un olor como de melaza, como de vainilla, como de burra en celo y gallinazo muerto: todo eso mezclado. Y que le daba vahído cada vez que esa sensación le tocaba la nariz. Algo debía haber de verdad, porque su abuela Concha, y eso él lo había visto, justo cuando esa mujer pasó por la casa y las dos estuvieron hablando, se acostó un día y lloró un rato. Después se paró, se puso su vestido de ir a la iglesia y estuvo en la calle. Y aunque no dijo nada, a los cinco días se murió, y la familia encontró sobre la cama, muy arregladita, la mortaja blanca, y en la cocina había bastante café y cacao en bolas, y el dinero estaba bien visible, sobre la repisa de los santos, y había velas abundantes. Dijeron que hasta el cajón había pagado. Don Silverio entró nuevamente al baño, cargando la olla con agua caliente, la vació en un balde y la graduó a su gusto, con olladas de agua fría. Después, se bañó con fruición, echándose abundantemente jabón espumoso de heno y lavanda y salió de allí para vestirse, lo que hizo con sumo cuidado, como si cumpliera así un ritual antiguo e importantísimo. Eran las ocho y treinta, por lo que tenía dos horas antes de que viniera el hombre del Ayuntamiento. Su hija, su yerno y sus nietos y hasta Cristina, la muchacha, iban y venían, arreglándose para la fiesta. Se escuchaban felices y alborozados. Qué inocencia. Sus otros hijos, que vivían en occidente, le habían escrito lamentando no poder venir. Y lo lamentaban de verdad. A lo mejor Juana también hubiera disfrutado. No era la

primera vez que lo llamaban *Fundador* y lo agasajaban por ello, pero Don Silverio no se enorgullecía. ¿Fundador de qué? Él se había venido porque allá en su pueblo le metieron en la cabeza que trabajar en La Compañía era lograr la máxima ambición de un hombre. Significaba el conocimiento, aunque fuera superficial y subalterno, de aquellos mecanismos prodigiosos. Significaba alternar con aquellos jefes extranjeros que con tanta seguridad poseían la tierra. Significaba trabajar dentro de las alambradas, comprar en los almacenes adonde daba derecho la tarjeta, comer todos los días, beber de lo más fino y conocer las mujeres más hermosas. Significaba tener dinero, casa, aparatos modernos, ropas delicadas y a la moda. Desde niño, su mamá lo mandó con sus tías de Güiria para que aprendiera de los trinitarios, con quienes ellos comerciaban, la lengua de los señores. De allí salió listo para engancharse en La Compañía, según su entender. Y miren que fue mala suerte que lo agarrara la recluta en el año 24, y que después de eso su papá muriera de una borrachera que le reventó el hígado. Entonces Don Silverio estaba en el Cuartel, pero le contaron que vomitó baldes y más baldes de sangre. Si él hubiera estado enganchado en La Compañía, tal vez se hubiera salvado: hubiera tenido hospital, médicos, adelantos. Pobre viejo. Era un hombre bueno y alegre que tocaba la mandolina con gracia. Era el alma de las fiestas. Por la madrugada, salía a pescar, y regresaba al mediodía, contento, borracho de ron, de mar y de estrellas. Era un hombre apuesto, conversador y mujeriego, sin más ambiciones que vivir. Su mamá, en cambio, había sido una vieja atestada que los mantuvo a todos bajo su férreo yugo, marcándoles el paso y el camino por el que debían seguir. Sí: era una lástima que no hubiera enganchado antes en La Compañía. Aunque, bien visto, a lo mejor su papá hubiera muerto de todos modos. En el Cuartel él había aprendido todas las cosas que luego valieron para ascender en el trabajo. Había aprendido, en primer lugar, a ser disciplinado,

obediente y respetuoso de sus superiores. Había aprendido algo de electricidad, de soldadura, y a tender líneas de tuberías. Con esos conocimientos pudo avanzar: ser ayudante del *driller*, capataz, supervisor y hasta comisario, cuando se lo requirieron. Había acumulado rangos y distinciones. Había ahorrado bastante y había gozado también. Si hubiera querido, hubiera regresado próspero y fuerte a la Isla, donde tenía una casita a orillas de la mar: la misma donde murió su madre y que ahora estaba vacía. Más de una vez se lo propuso, sobre todo cuando los hijos crecieron e hicieron su vida, y después cuando enviudó y se sintió solo. ¿Por qué no lo había hecho? ¡Quién sabe! Es de suponer que había decidido construir su propio exilio, y que por eso había asumido este pueblo como si fuera suyo. Se había adaptado a Santa María, y esa adaptación le había revelado el secreto del tiempo, lo había alejado del miedo, al metérselo en el cuerpo, de manera tal que fuera un elixir contra la nostalgia. Vivía aquí como en otra isla. Su sangre estaba llena de islas, su cabeza, de mar. Y estaba viejo y desgastado, defendiéndose de todo en medio de cosas de las que conocía cada arista, cada rasgadura, cada doblez.

Don Silverio salió al recibo y se sentó en el amplio sillón de cretona floreada, mirando hacia el jardín anterior y la calle. Su hija lo llamó a desayunar, y él miró el reloj, midiendo cuánto tiempo tenía aún. ¿Fundador de qué? Hubiera preferido quedarse en casa esa mañana, escuchando las ceremonias por radio, sin exponerse a las miradas curiosas, a las puyas de Oileo Quijada, que se aprovechaba de su ceguera para joder, o al silencio pretencioso del Castor Subero. Esos tampoco entendían nada. *De La Compañía había recibido todo. No eran nada* antes de comenzar a trabajar en el petróleo, y todavía se atrevían a revirar, a rebelarse contra los designios de los señores. Todavía le cobraban la muerte de aquel ladroncito de Manzano, un raterito que había tenido la osadía de robarse unos cables de su

campamento, y a quien había derribado de un solo disparo en la nuca. Se levantó y se dirigió a la mesa profusamente servida: huevos estrellados, arepas asadas, pescado frito, café, leche, agua de limón y jugo de lechosa, donde todos lo esperaban, ya ubicados en sus lugares. Y le cobraban también los Marín, los Marval, los Antúnez, que habían desaparecido o que habían sido encarcelados, muertos, enviados al destierro o puestos en la Lista Negra. Como si él hubiera tenido que ver con esos asuntos del Sindicato, los guachimanes y La Compañía. Él era un subalterno y nada más. Su sueldo se lo pagaba un Mister con anteojos y de él recibía órdenes. No era cosa de andar con novelerías. Había trabajado honradamente y había levantado a su familia con el producto de su trabajo. Lo demás, no le importaba. Además, tanta cólera y tanto reviramiento para que ahora los líderes del Sindicato anden de brazo y sonrisa con los jefes de La Compañía. Por esas cosas se habían olvidado de que él había instalado el agua en Santa María y había puesto una pila adicional para los campamenteros, por propia iniciativa, y ganándose un regaño de Mr. Patrick, que era bien jodido, cuando quería. Si después vino el Calatrava y montó el negocio de los aguadores y controló el acceso a la pila valiéndose de su autoridad como comisario, ese tampoco fue su asunto. Bastante que le hicieron pagar al Calatrava, después de todo, los abusos que cometió, cuando algún atestado lo sepultó bajo toda una estantería de sardinas, haciendo creer a la gente que había sido un accidente. Lo encontraron cuando ya comenzaba a oler, porque a nadie le extrañó que el negocio estuviera cerrado tantos días, ya que él acostumbraba a ir a ver a su familia en Aragua cada cierto tiempo. Y tampoco el Calatrava fue tan malo: cuando el pozo se fue en gas, él fiaba todo lo que se necesitaba para ir tirando. Don Silverio terminó de comer y escuchó vagamente los comentarios a su alrededor. Se pasaban el periódico unos a otros, miraban las fotos. Uno de sus nietos le preguntó: *abuelo,*

¿es verdad que...? Lo interrumpió con un gesto. Nada. No quería saber nada y solo dijo que tenía que reducir el consumo de grasas, que desde la noche anterior tenía acidez y que el médico dijo que debía cuidarse de las grasas por la tensión y el corazón. Su hija volvió a recordarle que más debía cuidarse del café y le quitó las ganas de terminar el que aún le quedaba en el tazón. Se levantó y fue hasta el baño por tercera vez y se volvió a limpiar los dientes meticulosamente. Pensó que a él no lo habían madrugado porque siempre tuvo a mano el revólver cargado y el machete bien afilado. Pero mira que les aguantó burlitas y alebrestamientos en la gallera y en los bares. Hasta había soportado, cuando dejó de ser comisario, que durante meses le apedrearan la casa por las noches. De frente nadie se le puso. Ni de vaina. Durante años hablaron y hablaron hasta que se cansaron y se olvidaron de él. Después, La Compañía comenzó a despedir gente. No es que dejara de ganar, como algunos pendejos creen: petróleo sigue habiendo. Solo que los gringos descubrieron que esta gente no sirve, que es peligrosa y respondona, que, como decía mi capitán, si se la pisa por un lado, se alza por el otro, al igual que un cuero seco, y buscaron la forma de no tener que depender de sus designios. Y está bien. Luego, a algunos de esos leguleyos se les ocurrió la idea de celebrar una Fundación, y ahí van los pendejos y los pantalleros. Cada cinco o diez años, invitan a todos los de la primera cuadrilla y a otros que a ellos se les ocurra, y reparten placas, diplomas o trofeos. Cada vez quedan menos viejos a quienes invitar, pero cada vez hay más gente que se dice de los Fundadores. Y cuándo, si aquí jamás hubo Fundación y solo la reunión de un tropel de enloquecidos que se vinieron tras los obreros de La Compañía. Un montón de bandidos y de mujeres de la vida que lo que querían era arrebatarle a la gente trabajadora los reales que se ganaban tan duramente. Y ahora, todo el mundo quiere ser hijo de los Fundadores. Como para reírse.

Don Silverio miró el reloj y pensó que la juventud estaba perdida: ya eran las diez y treinta y cinco y el hombre del Ayuntamiento no aparecía. Político al fin. Desde el corredor escuchó cómo sus nietos ayudaban a levantar la mesa y a arreglar los pequeños estropicios cotidianos del desayuno, entre risas y bromas. Su yerno vino a sentarse junto a él, trayéndose una taza de café caliente, y abriendo el periódico para una ojeada fugaz, sin hablar. Le agradaba esa complicidad discreta y, en cierto modo, cariñosa. Por lo menos no estaba solo y eso demostraba que no había fallado. Que se fueran al coño los que hablaban. El sol esplendoroso iluminaba toda la casa, velado por la tenaz frescura de las persianas, de las enredaderas y de los árboles que rodeaban amorosamente todo. Su hija apareció en la puerta, con un vaporoso vestido de algodón estampado con flores, realzado por los altos zapatos de tacón que le prestaban estatura y gracia; sus nietos, casi adolescentes fornidos y a la moda, con sus chaquetas de mezclillas desteñidas y sus zapatos deportivos, lucían peinados y modosos. Don Silverio los contempló con orgullo. Su yerno, a su lado, también lucía próspero y feliz. Por un momento, el tiempo pareció detenerse y todos conformaron una especie de cuadro fijo para muestra de algún espectador de eternidades. Luego, don Silverio aspiró el aire perfumado golosamente, sintiendo cómo con esa aspiración se alejaba de él el trágico aroma de la Muerte, justo cuando el automóvil del Ayuntamiento, lujoso y brillante, se detenía frente a la verja del jardín.

Foto N.º 4

Cuatro caballeros maduros, bien vestidos y con aire orgulloso, aparecen en esta foto. El primero, de izquierda a derecha, está un poco apartado de los demás. Es un señor alto, erguido, vestido formalmente y con un sombrero de alas anchas. Mira directamente y sin sonreír, a la cámara. El segundo es un hombre blanco, bajito y gordo, con la cabeza descubierta. El traje le queda ligeramente grande. En una de sus manos sostiene un bastón y la otra pasa alrededor del brazo del tercer hombre, bastante más alto que los otros, con lentes, también vestido con elegancia formal, con un traje bien cortado, como el del primero, y un sombrero de ala corta. Cruza uno de sus brazos para sostener la mano de su compañero y su propia mano se enlaza con el brazo del cuarto hombre, que es de estatura mediana, muy sonriente, y luce un sombrero ancho de paja, un traje deportivo o casual y sostiene con su mano libre un cilindro blanco, que parece un diploma. La fotografía fue tomada en 1973. La identificación dice:

De izquierda a derecha, los señores: Silverio Prada, Toufic Salloum, Castor Subero y Oileo Quijada, obreros y comerciantes que contribuyeron a fundar Santa María del Mar. (Foto La Roche.).

La Alborada, 23-02-73

Visiones del padre Bruno

Jugué a torcer en mil sentidos
Como un alambre de oro,
El rayo absorto que a otra existencia me lanzaba.
MARCO ANTONIO MONTES DE OCA
Atrás de la memoria.

Nihil Obstat

Yo quería, cuando estaba en el seminario, ser párroco de un pueblo donde pudiera elevar un templo grandioso a la Gloria de Dios. Un templo que diera realce a la ciudad donde se elevara, que fuera una joya que encantara a sus habitantes y atrajera peregrinos de variadas regiones. Un templo que se impusiera sobre todos los habitantes, dejándoles sentir la omnipresencia divina y la posibilidad del divino furor, y que aplacara de esa manera sus instintos pecadores. Un templo que invocara el estilo flamígero y gládico del gótico, pero más grande, enriquecido con los subterfugios del barroco, para retar todas esas desviaciones reformistas que abogan por la austeridad y la sencillez en el culto. Y me nombraron párroco de Santa María del Mar.

Aquí traje mis ilusiones, ilustradas por una serie de fotos del templo que un discípulo de Gaudi había creado en una isla del Pacífico. Durante años mostré mis fotos a quien quisiera verlas, con diferentes grados de interés, deslumbramiento y confianza en nuestras posibilidades. Pero pronto comprendí

que estos isleños desterrados solo querían reproducir las humildes catedrales de sus pueblos, que les traían recuerdos de su infancia: galpones con muros lisos, una fachada que se alarga por encima del tejado en forma triangular, puertas de madera y un rosetón con vitrales encima del altar mayor.

Muchas luchas llevé a cabo, pues luchaba contra los obstáculos normales y habituales que surgen en empresas como la que me proponía, y también contra los que me presentaban aquellos que decían ser mis aliados. Mientras tanto, iba acumulando la más hermosas imágenes, los más preciosos vasos y ornamentos de iglesia, la mantelería y los ropajes más finos, pues tenía absoluta fe en que algún día Dios me permitiría cumplir mi sueño. Finalmente, vencieron las Fuerzas del Mal —así lo creo yo—y La Compañía, a instancia de los isleños encabezados por Subero, construyó el actual templo, tan sencillo y mediocre, burda imitación del de Pampatar, en la Isla Grande, donde se le rinde culto a La Virgen del Mar, liquidando así mis aspiraciones e ilusiones, pues en Santa María no es posible pensar en dos templos en conflicto.

Durante algún tiempo viví deprimido, y me di en vagar por las calles, por lo que pude ver de cerca la cara del pecado. Pedí a mi Obispo más de una vez que me diera otro destino, pero él desoyó mis ruegos, sin duda protegiéndome de mí mismo, y muchos de mis compañeros me aconsejaron dejar las cosas así y conformarme con una parroquia asaz grata y próspera: el trabajo no era mucho, pero el dinero, gracias a Dios, me sobraba. Pero desde entonces se me hizo repugnante esta tierra. Con muchas dificultades, me resigné a cumplir la voluntad de Dios y permanecer en ella hasta que Él quisiera, y, a cambio, creo, me fue otorgado el don de ver visiones, aunque a veces he pensado que es más bien otra forma de la prueba.

I

La primera visión la tuve una tarde de abril del año 1948: entre el polverío y el calor reverberante del verano, los vi aparecer. Eran cerca de las dos de la tarde, y la siesta apachurraba el pueblo, lo hundía en un tiempo imposible de medir con relojes. Venían erguidos por el medio de la calle Bolívar, que desemboca justo frente al atrio del templo: de estatura regular, lo primero que se notaba era una gran cabeza que casi llenaban los ojos grandes, redondos y negros. Sobre la cabeza, se agitaban suavemente unas antenas plateadas y, al parecer, húmedas. Los brazos, desmintiendo la fortaleza de los hombros y los pectorales y hasta de las piernas, eran delicadísimos, tales como los de una frágil muchacha, y de la espalda salían, en cambio, unas alas grandes y vigorosas, no de plumas sino de un material semejante a la seda, estampado con dibujos geométricos en blanco, verde y rojo, con algunos bordes amarillos. La luz se reflejaba allí con tonos que a veces eran brillantes y a veces, opacos. El cuerpo era una exacta mezcla de hombre y mariposa. No llevaban ropas, por lo que se podía ver que estaban cubiertos de una piel azul muy tersa. Se movían con gracia sobre el asfalto caliente, casi sin levantar los pies al caminar. En ningún momento se apresuraron o volaron. Iban tranquilos y eran siete: uno encabezaba y los otros iban de dos en fondo, conversando con aire risueño y despreocupado. En esa misma tónica, se acercaron a la Casa Cural, desde la que yo los miraba preso de temor y temblor, y el que parecía el líder me dijo mirándome fijamente con sus ojos tan grandes y oscuros, y exhibiéndome sus caras de insectos, ligeramente triangulares con la boca como un tajo sin labios por la que asomaba una lengua rosada y carnosa: —*Míranos bien, te lo mando*. Así lo hice, no sin miedo, y de pronto percibí sus siete falos azules, erguidos, lustrosos y llamativos, con el glande corrido como si hubieran sido limpiados a lengüetazos. Y dijo el líder:

Queremos que te desnudes
Que te despojes de los vestidos
(De la Esperanza, dijeron los demás, a coro)
Queremos que te unas a nosotros
Para vencer
(La Desesperanza, volvió a decir el coro)
Y los terrores y las angustias
De las ... (Desilusiones)

Al llegar a este punto, repitieron las mismas palabras, pero esta vez cantándolas, y se unieron de las manos y comenzaron a danzar alegremente, y me manoteaban torpemente, invitándome a participar de su baile. Entonces caí desmayado a tierra, y cuando volví en mí, al cabo de unos diez segundos, ya no vi a nadie por los alrededores. Del fondo de la casa venía doña Amanda, la señora de la limpieza, muy alarmada, pero yo mismo me levanté, rechazando su ayuda, no tanto porque no la necesitara como para ocultarle que se había derramado en mi sotana el líquido seminal de mis entrañas.

II

La segunda visión la tuve mientras oficiaba una misa de difuntos por dos obreros muertos en un accidente terrible que también había liquidado toda una familia de indios que construyera su casa, imprudentemente, sobre un oleoducto. Frente a mí estaban los dirigentes del Sindicato, y también los jefes de La Compañía, los hijos, las viudas y las madres de los muertos, y los amigos más cercanos, también con sus familias. Se escuchaban algunos sollozos. De pronto, todos aquellos rostros se comenzaron a engrisar, se ajaron, se cuartearon, se pulverizaron, y los ojos perdieron paulatinamente vivacidad y brillo, los dientes quedaron al descubierto en los rostros despojados de piel: todos eran allí calaveras, pero calaveras que se movían, que conservaban la humedad de sus ligamentos, la posibilidad de actuar y llevar sus vestidos. Y dije en voz alta, en plena homilía: *—No entiendo estas muertes. No las entiendo.* Y me dijeron algunos feligreses que di un sermón emotivo y maravilloso, aunque no recuerdo nada, turbado por el espanto de la visión. Sentí por un momento que me iba a desmayar, pero como recordé las mariposas de abril, me hice fuerte y esperé hasta que todos los rostros, paulatinamente, recobraron sus máscaras de carne.

III

Las otras visiones las tuve poco tiempo después, y llegaron aparejadas con una serie de síntomas que muchas veces me hicieron dudar de la sanidad de mi alma y de mi mente. Un día, vi en sueños al pueblo de Santa María, pero desde arriba, como si yo pudiera volar: vi desde lo altos los setecientos cincuenta y cuatro pozos de petróleo que en ese entonces estaban en producción, y vi los ochocientos sesenta y cinco sitios de placer, de pecado, de corrupción y de risa, en los cuales han abrevado, de una u otra manera, todos sus habitantes, y vi el brillo oscuro de sus avenidas pavimentadas, el fervor del laberinto de casuchas del centro, las elegantes viviendas que se levantaban en las afueras y el fulgor de los tejados de zinc bajo el sol. Alrededor del pueblo corría un río color azafrán, cuyas aguas eran perfumadas. Todo el pueblo estaba sumergido en una luz crepuscular que parecía venir de las aguas. Y, de pronto, en primer plano, apareció flotando sobre la ciudad una mujer de excepcional belleza, vestida de blanco: *nulla nocent pecori contagia*, pensé al verla. Creí reconocerla por la rosa roja que llevaba en su pecho, pero dudé por la naturaleza santa de mis visiones, y porque llevaba los cabellos sueltos sobre la espalda y no recogidos, como se los había visto yo una única y deslumbrante noche a Mélida Reyes.

Muchas veces volví a tener ese sueño, o alguno parecido, y todas las veces despertaba tembloroso y desasosegado. Finalmente interpreté que era la voluntad de Dios que yo visitara la Casa de Vicio de Mélida Reyes para tratar de convertirla en Casa de Virtud. Tal era mi primer designio, que no cumplí. Acudí esa noche, disfrazado como cualquier hombre de los muchos que andaban por los vericuetos de la ciudad, y vi a la Reyes reinar en ese salón donde todos pecaban con actos lujuriosos, con actos de violencia y de excesiva sensualidad, con

actos imprudentes y terribles. Ella reinaba desde una mesa situada en el centro del salón, alrededor de la cual había como un círculo de luz que la hacía intocable. Y seguí yendo durante muchos días, Dios me perdone, exponiendo mi investidura, mi ministerio y la fe de mis feligreses, ya de por sí frágil y flaqueante. Iba, y me mantenía apartado, bebiendo solitario, sin hablar con nadie y rechazando a aquellas atrevidas meretrices que se acercaban, ofreciéndome sus carnes. Finalmente se acostumbraron tanto a mi presencia y mi actitud, que ya nadie osó molestarme. Por fortuna, ninguno de los que allí acudía era un practicante católico, lo que me permitió asumir una especie de otra personalidad, nocturna y secreta, que funcionaba de once a una, envuelta en trajes ceñidos de paño y sombrero de alas sombrías. Y, mientras más iba, más se me afianzaba la creencia de que Mélida Reyes era una transmutación de la Virgen Santísima, más descubría en sus gestos y en sus rasgos los indicios de una pureza sobrenatural que había sido mancillada y vilipendiada como una forma de mensaje para mostrarnos el signo de la perversión de los tiempos. Juro que nunca la vi irse hacia las habitaciones interiores con alguno de los que la asediaban constantemente, ni la vi embriagarse y escandalizar como las otras, ni la vi tocar el dinero con sus manos. Cierto día (cuando hacía casi seis semanas que visitaba yo su Casa), ella me sonrió. Sí: me sonrió. De lejos alzó su copa hacia mí y me sonrió. Yo creí que había habido una confusión, pero al poco rato, envuelto en una servilleta blanca de papel, me hizo llegar un pétalo rojo en señal de alianza. Al día siguiente, mandé a hacer con Carmen Arteaga, una costurera a quien llamaban *Manos Maravillosas,* una rosa de terciopelo púrpura, con su tallo largo y sus espinas en satén verde, y la coloqué en la blanquísima túnica de la Virgen. Nadie me reprochó jamás esa alteración y nadie pareció notar el parecido. A los poquísimos que preguntaron, dije que era una promesa por mí cumplida por una

gracia especial que se me había hecho. Yo no sabría decir adónde me conducía ese camino. Cuando oraba a Nuestra Señora, era a ella a quien veía y con quien hablaba:

> Dios te salve, Señora
> Llena eres de Gracia
> El Señor Está Contigo
> Bendita eres
> Entre todas las mujeres
> Tú nos hace nacer en el pecho
> La dorada llama del Amor
> Y del perfume de tus cabellos
> Sueltos a los vientos
> Brota el aura bendita que atrae los milagros
> Benditos también nosotros los que
> Al encontrarte
> Nos hemos hecho dueños de esta orilla del mundo
> Desde la cual aspiramos a Tu Reino.

Y veía animarse la imagen de Nuestra Señora con una dulcísima sonrisa. Un día maravilloso desperté con la sensación de algo indefinible: un vago temor, un ambivalente deseo, el aletear de una alegría. Todo estaba lleno de una dulce armonía, las cosas parecían a punto de revelar su misterio. Ese día sentí una mayor ternura por los seres que me rodeaban y el paisaje matinal me conmovió profundamente, como nunca lo había hecho. Cuando comencé a oficiar la misa, miré la imagen de la Virgen y una secreta ventura me sacó el llanto a los ojos. El mundo entero emanaba, a mi juicio, un perfume de bálsamos sobrenaturales y, embriagado por ese perfume me sumergí en la liturgia. De pronto, desapareció todo a mi alrededor y solo pude verla a Ella entre flores portentosas, sonriendo apacible y radiante. Yo oficiaba casi automáticamente, sin ver ni sentir

otra cosa que la magia del prodigio y, cuando llegó el momento de la consagración, mi voz se entrecortó y apenas si podía pronunciar las palabras rituales. Vi cómo con sus manos hermosísimas se tendían desde arriba hacia el cáliz, vi cómo sobre mí el oro tierno de sus rizos y cómo palpitaba su hermoso cuerpo entre un escándalo de luz. Se me nublaron los ojos y apenas si tuve fuerza para dejar el cáliz sobre el altar antes de sentir cómo desfallecían mis miembros y cómo alguna fuerza me elevaba entre fascinantes sones. Ante mí, que flotaba, el paisaje se convirtió en una extensión azul y plata, aterciopelada por efectos de la distancia y por el sol que se reflejaba en ella. Desde tales alturas caí, y, al caer, vislumbré unos ojos clementes, una túnica blanca y un brazo cariñoso que impedía que me golpeara contra el altar.

Mi cuerpo ardió durante esos días en una fiebre sin alivio. Muchos de mis feligreses insistieron en que viera un médico y tomara unas vacaciones, pero me negué. Adelgacé ostensiblemente y alrededor de mis ojos aparecieron sombras azules. Todas las noches me perdía en las callejuelas animadas con la lumbre del pecado, para recibir mi pétalo de rosa: tengo guardados ciento ochenta y dos de estos pétalos púrpura en un copón de oro, lo que indica fehacientemente lo mucho que duró mi delirio. Sin embargo, ella y yo jamás cruzamos una palabra, ni nos tocamos, ni nos excedimos del límite del breve intercambio de miradas y el rito de la rosa.

Así estaban las cosas cuando un día Mr. Conrad, un caballero virginiano empleado de La Compañía, vino en persona a pedirme que corriera las amonestaciones para su matrimonio con Mélida Reyes. El escándalo del pueblo fue mayúsculo. Por mi parte yo, enfermo de dolor y de miedo, no volví a ir a *El Secreto*. Confiaba en que no sería reconocido gracias a la eficacia de mi disfraz, a las alteraciones que produce la noche en la percepción y a la bondad y misericordia divinas. En cambio,

me desgarraba el pecho saber que precisamente yo tendría que bendecir su unión y la absoluta renuncia que para mí eso implicaba, además de entregar a un vulgar gringo el cuerpo y el alma de la Virgen de mis sueños. Escuché, además, en todas partes, la protesta de la feligresía decente, que consideraba esa boda como una profanación, más cuando se me pidió que emitiera una opinión sobre el asunto, alegué que no estaba en mí juzgar, debido al meollo fundamentalmente piadoso del espíritu cristiano.

Por fin llegó el día de la boda. Mélida y sus doncellas llegaron en montón, alegres, desenvueltas y perfumadas, un manojo de tules y de blondas decorando la mañana, y junto con ellas sus bulliciosos invitados. La novia estaba preciosa, como una custodia de oro labrado donde se expusiera al Santísimo envuelto en la luz de innumerables velas. Toda de blanco, sobre su cabeza había una corona de azahares y el velo de organdí la cubría hasta los pies. Un manojo de azucenas sustituía su infaltable rosa. En medio de las damas de honor, que circulaban agitadamente por el atrio con sus trajes rosados, lucía serena, orgullosa y tranquila, aun cuando hicieron acto de presencia las beatas que, vestidas de ominoso negro, se apersonaron en el templo y comenzaron a orar en desagravio al Señor. Por la voluntad de Dios, esa boda no se celebró jamás: el novio llegó a excusarse por no sé qué problema familiar, y yo, sumergido en la confusión reinante entre la indignación de las beatas y la de los invitados a la frustrada fiesta, creí haber pasado inadvertido y di gracias al Señor por semejante muestra de Su Poder.

Ocho días después recibí, en una caja forrada con papel dorado y sobre un lecho de satén blanco, una rosa púrpura de terciopelo, con su tallo largo y sus espinas en satén verde.

IV

A raíz de estos episodios, decidí solicitar a mi Obispo una licencia para retirarme por un año a la Cartuja de Porta Coeli, en Valencia de España, en reclusión de eremita y con voto de silencio seis de los siete días de la semana. Me fue concedida. Allí me dediqué a la práctica de la cerámica de torno, al estudio de la *Vida de Cristo*, de Pascal, y a la oración. Conté a mi profesor las angustias pasadas en Santa María y él me recomendó, además de someterme a la reflexión sobre mis actos, ayunar a pan y agua una vez a la semana, bañarme con agua fría para templar mi vigor, y hacer una práctica del onanismo como forma de conservar la virtud. Reconocí que hasta ese momento me había reprimido en cuanto a inquietudes sexuales y pensé que esa sería, sin duda, la causa de las violentas visiones que me atormentaban. El trabajo, el estudio, el aislamiento, la alimentación frugal y sana, el ejercicio físico y el aire puro, me devolvieron poco a poco la salud y la convicción de mi sacerdocio. Así se llegó el tiempo del regreso, y, cargado de arrepentimiento y buenos propósitos, partí en el vapor «Queen Sea» y llegué al puerto de La Guaira, después de un breve toque en el puerto siciliano de San Genaro, cuna de mis antepasados, el 12 de octubre de 1958, y desde allí tomé un avión hasta Puerto Píritu. Durante mi ausencia, el país había sufrido una brusca transformación política y persistían aún los rezagos de la violencia que había producido tal transformación. A cada instante, grupos de manifestantes salían a la calle para protestar por cualquier cosa, y como, por primera vez en muchos años, se habían convocado elecciones libres, los candidatos y sus partidarios recorrían el país en labores propagandísticas, llenaban las calles de afiches y graffitis y realizaban mítines en las plazas que, generalmente, terminaban en peleas colectivas. Cuando me presenté a mi Obispo en Puerto Píritu, me bendijo generosamente, me

recibió como un padre y me recomendó sagacidad y prudencia, pues los cambios habían afectado también y profundamente, a Santa María del Mar: hordas desatadas circulaban por la ciudad, desmandándose ante la más mínima provocación; se celebraban juicios en la Plaza Mayor, donde se condenaba sin oírlos a exgobernantes, jefes de La Compañía, comerciantes, señoras de sociedad, artistas y militares. Claro que las condenas, fuera de algún que otro saqueo, no pasaban del vilipendio y el insulto, pero esos mismos elementos, magnificados por las circunstancias, gestaban el desprecio popular que obligaba a los condenados a recurrir al autoexilio como única posible defensa.

También se acostumbraba apedrear las casas de los que, de alguna u otra forma, hubieran tenido relación con el régimen caído, y muchas veces la Casa Cural fue blanco de los fanáticos. Las hogueras –literalmente hablando– permanecían encendidas en muchas partes de la ciudad, y ante esas condiciones de inestabilidad y desorden, La Compañía comenzó a desmantelar sus instalaciones y a reducir su personal, con lo que paulatinamente fui perdiendo parte de mi feligresía. Muchos emigraron, vendiendo sus casas a bajísimos precios a los que, como yo, se arriesgaban a comprarlas. Otros las regalaron junto con los enseres o, simplemente, las abandonaron. Y hasta hubo algunos que pagaron para que se las cuidaran. Reduje el número de misas diarias de tres, a una, por la tarde, y aun a esa asistían poquísimos. Hubo ocasiones en las que tuve que oficiar a tres o cuatro beatas. Los ingresos bajaron considerablemente, y tuve que comenzar a vivir de los resguardos que había hecho en los tiempos de gloria. Santa María lucía mustia y melancólica, como una hoja a punto de desprenderse del árbol. Pasaron los días rápidamente: las elecciones, la toma de posesión del nuevo gobernante, la constitución –por primera vez– del Ayuntamiento. Y todo seguía constituyendo para la

gente motivo de levantamientos. Sin embargo, la pobreza y el desempleo, cada vez más crecientes, hicieron reflexionar a aquellos seres y los condujeron al arrepentimiento y la desesperación. Comenzaron a aparecer en *La Alborada* remitidos plañideros donde se pedía a La Compañía que volviera. Por esos días, apagaron por primera vez los mechurrios, pues ya el hombre podía controlar el demonio del gas, y de pronto nos encontramos como vacíos, sin el resplandor crepuscular que nos había acompañado tantos años. También por esos días supe que Mélida Reyes había cerrado su Casa de Vicio y que vivía ahora recluida en el recato de su hogar. La soledad, el desahucio y el insomnio, volvieron a traerme las visiones. Una tarde, cuando oficiaba para dos indios desarrapados, di en celebrar la misa tomando abundantemente de la sangre del Cordero. Y así comencé a teñir de otros colores los ásperos días.

V

Vi en sueños a varios hombres con cordeles, estacas y diversos instrumentos de medición, que viajaban en un gran camión rojo. Cuando este se detuvo justo frente al templo, le pregunté al que parecía ser el jefe qué cosa estaba haciendo, y me contestó:

—*Estamos midiendo el largo y el ancho de Santa María.*

—*¿Y para qué hacen eso?,* pregunté de nuevo.

—*La Compañía está cansada de los abusos del pueblo de Santa María. Los jefes han escuchado excesivas injurias: antes le dio todo en abundancia, la trató como a su hija más querida: inmensa era su gloria, numerosos sus habitantes y La Compañía, como una muralla de fuego, la protegía y le daba calor. Pero ahora será convertida en desierto y ruina: las aves de carroña comerán de sus restos. Como Sodoma y Gomorra fue, así quedará.*

Y entonces sacó de una especie de anafre que llevaba en la cabina, un tizón encendido, y comenzó a trazar signos en el suelo, mientras los otros continuaban su medición.

VI

En otro sueño vi una gran rueda de hombres. Yo estaba parado debajo de una gran cruz de piedra, que presidía un altar circular y ante mí pasaban niños de pecho en brazos de sus padres, cuyas frentes yo mojaba en las aguas del bautismo. Otros niños abrían ante mí sus bocas húmedas para que yo depositara en ellas las Sagradas Formas. Algunos hombres y mujeres venían de rodillas, dándose golpes de pecho, arrepentidos de sus rebeldías, sus egoísmos y sus vicios. Vi venir enlutados y llorosos que llegaban a ofrecer sus primicias. Y aún otros, en parihuelas, traídos por parientes afligidos, venían a suplicar la última absolución. Asperjé cuerpos muertos con agua y los fumigué con incienso. Pasaron mujeres vestidas de novia y otra vez aquellas que traían los pequeños en brazos: y siempre eran los mismos rostros, los mismos cuerpos, los mismos seres del primer día.

VII

Ahora todo acaba. Desde hace muchos años, las visiones que me visitan son cada vez más borrosas. El vino me ha servido para recobrar la cordura, olvidarme del pecado y vencer el insomnio: solo en su reino soy libre y soy lúcido. La ciudad palpita ante mis ojos como el paisaje visto por un hombre febril, pero sé que no es producto de mi mente esa palpitación. Sé que ese es su estado original: está sumergida en el océano de los desterrados: ese océano es la patria original que la nostalgia evoca e instala. Miro a la Virgen reinando sobre todo esto. Miro sus ojos dulces y su gesto generoso y le digo:

Virgen Santa, Reina y Madre de Misericordia
Vida y Dulzura, Esperanza Nuestra
Dios te salve
A ti suplicamos gimiendo y llorando en este valle
de lágrimas
Escúchanos, pues, Abogada Nuestra
Vuelve a nosotros tus ojos llenos de piedad
Y después de este destierro muéstranos la recompensa
de Tu Gloria

Pero ella sonríe y espera. Solo espera. A veces, una palpitación loca sacude mi cuerpo, agita mis raíces, y vuelvo a ser feliz, porque sé que Ella me responde.

VIII

En esta *Isla de la Asfixia*, el Infierno de todos tan temido ya llegó, y nosotros, víctimas lo mismo que verdugos, somos los encargados de custodiar sus fronteras.

Foto N.° 5

La fotografía, tomada, sin duda alguna, con un lente gran angular, muestra el altar mayor del templo de Santa María del Mar. Sobre la pared clara, en la que luce una ventana redonda, adornada con vitrales, destaca el altar de madera estofada y sobredorada, que tiene tres nichos: uno en el centro, dentro del cual está la imagen de Nuestra Señora del Mar, vestida de blanco, con el cabello suelto sobre los hombros. Sobre la cabeza lleva una corona alta hecha de perlas engarzadas en oro. En el brazo izquierdo, acuna contra su pecho una barca, y el otro se extiende invitador, la mano abierta y fresca. Los pies de la Virgen reposan sobre un oleaje marino que, a su vez, está sostenido por un querubín desnudo que mira hacia arriba con adoración. Los dos nichos laterales tienen las imágenes del Arcángel Miguel, a la derecha: guerrero con la espada desenvainada que amenaza la serpiente vencida, y, a la izquierda, San Antonio con el niño cargado y la tonsura aureolada por una dorada circunferencia. A cada lado del altar hay un ángel que porta una lámpara. Debajo de la imagen de la Virgen, hay una cruz de madera puesta sobre el Sagrario donde se ve el relieve del Pez. A cada lado del Sagrario hay cuatro candelabros de cuatro velas cada uno, colocados simétricamente. El ara está cubierta por un mantel blanco con flecos y bordados. El área consagrada se separa de la asamblea por una reja de madera labrada, y en el centro hay dos reclinatorios, también de madera,

acolchados con terciopelo rojo. La fotografía abarca parte de las ventanas laterales, en forma de arco, por donde entra la luz profusamente.

(Foto del archivo particular de doña Isabelita de Ríos, fechada en 1968).

Foto N.° 6

El flash, en esta foto, ilumina generosamente la figura a medio cuerpo de una mujer joven, con el cabello claro, rizado sobre la frente y alrededor de las sienes. La mujer tiene la frente ancha, las cejas arqueadas y delineadas con lápiz, los ojos muy maquillados, entrecerrados por la risa, la nariz un poco gruesa y tosca, la boca grande y bonita, pintada de un rojo rabioso. Al sonreír, deja ver una dentadura perfecta y se le hacen hoyuelos en las mejillas llenas. La redondez de la cara le da un aire ligeramente infantil. El cuello es largo. Lleva un vestido de tela brillante, muy escotado, hasta el punto de que se le ve el nacimiento de los senos opulentos. Sobre el regazo entrelaza unas manos de dedos regordetes y llenos de anillos, con los que acaricia un botón de rosa roja que toma delicadamente por el tallo. Toda ella tiene un aire de alegría y de sensualidad y, a la vez, cierta petulancia en el gesto, cierta ironía. La leyenda dice: *Doña Mélida Reyes, en los tiempos en que reinaba sobre las noches de Santa María.*

La foto no tiene fecha original. Fue publicada en La Alborada en agosto de 1964, en una serie de tres reportajes dedicados a la Vida Nocturna de Santa María del Mar, realizados por Pedro Marrero.

Oileo

> Los que bajan en barcas a la mar, los que comercian en las grandes aguas; esos ven las obras de Dios y sus maravillas en el abismo.
> (SALMO 107)

Papá era uno de los pocos que sabía leer en el puerto del Santo Cristo, de la Isla Grande. Y era el único que tenía una biblioteca, la mayor parte de la cual estaba formada por libros de viajes y viajeros: desde *La Isla del tesoro*, que dicen que Stevenson soñó frente a un tratado infantil de geografía, hasta *Los Viajes de Gulliver*; desde *Los Viajes de Marco Polo* al *Diario de Cristóbal Colón*; desde las aventuras y desventuras de Alvar Núñez Cabeza de Vaca hasta las de Teseo, Jasón y Ulises; desde la persecución de la ballena blanca narrada por Melville hasta los relatos marineros de Joseph Conrad. Había también libros sobre construcción de barcos, sobre cosmografía y técnicas del arte de navegar, pues papá era, fundamentalmente, y entre otras múltiples ocupaciones y vocaciones, un navegante. Su padre lo había sido y no concebía para nosotros, sus hijos, un destino diferente. Por eso nos puso nombres de viajeros: Marco, Alejandro, Ulises, Oileo. Cuando estaba en casa, nos contaba las hazañas de los héroes que habían inspirado nuestros nombres, y nosotros lo escuchábamos con religioso fervor, preguntando una y otra vez sobre detalles que ya habíamos escuchado, percibiendo en cada repetición de la historia, distintos tonos y matices. En esos tiempos no había

televisión, y los juegos nuestros eran correr por la playa, nadar en el mar tibio y amoroso, apedrear los pájaros e imaginar largos viajes inspirados en los cuentos de papá y en el gran atlas antiguo, con dibujos de grifos y dragones, de serpientes marinas y pulpos gigantes, que adornaba media pared de la sala. Papá era un hombre sabio, que conocía perfectamente el nombre y la ubicación de las estrellas, el cambio que seguían los vientos, las veleidades del mar y los caprichos de las estaciones. Cuando regresaba de sus viajes, sacaba su cayuco de vivos colores y nos llevaba a recorrer la bahía, enseñándome a mirar entre la luz que difuminaba el paisaje. Entonces, casi siempre, nos decía unos versos que nunca supimos cómo aprendió, ni dónde, ni de qué libro los sacó, ni quién era el autor o si el autor había sido él mismo. Decía:

> Cuando emprendas el viaje hacia Itaca,
> ruega que tu camino sea largo
> y rico en aventuras y descubrimientos.
> No temas a lestrigones, a cíclopes, o al fiero Poseidón;
> no los encontrarás en tu camino
> si mantienes en alto el ideal,
> si tu cuerpo y tu alma se mantienen puros,
> si de ti no provienen,
> si tu alma no los imagina.
> Ruega que tu camino sea largo,
> que sean muchas las mañanas de verano,
> cuando con placer llegues a puertos
> que descubras por primera vez.
> Ancla en mercados fenicios y compra cosas bellas:
> madreperla, coral, ámbar, ébano
> y voluptuosos perfumes de todas clases.
> Compra todos los aromas sensuales que puedas;
> ve las cualidades egipcias y aprende de los sabios.
> Siempre ten a Itaca en tu mente:

llegar allí es tu meta, pero no apresures el viaje.
Es mejor que dure mucho,
mejor anclar cuando estés viejo.
Pleno con la experiencia del viaje,
no esperes la riqueza de Itaca.
Itaca te ha dado un bello viaje.
Sin ella nunca lo hubieras emprendido;
pero no tiene más que ofrecerte;
y si la encuentras pobre, no fue Itaca quien te defraudó.
Con la sabiduría ganada, con tanta experiencia
habrás comprendido lo que las Itacas significan.

Es sorprendente cómo recuerdo las palabras: a menudo vienen a mi mente con nitidez, penetrando tercas por entre las neblinas de la memoria. En otros tiempos papá nos hablaba de las sirenas y de los lotófagos con especial amor. Yo pertenezco a la raza de los lotófagos: he olvidado todas las patrias menos la de la niñez, y he adoptado el tiempo eterno del mar con sus oleajes de olvido y recuerdo. Papá era un hombre sabio. Lástima que partió tan pronto, arrastrado por un viento brusco que se llevó el cayuco donde navegaban él y mi hermano Marco, una madrugada de julio. Lástima que no llegó a ver cómo las aldeas de la Isla Grande crecieron y se iluminaron como las ciudades que viera más allá del mar. Aunque quizá no hubiera aprobado que los hombres se fueran tierra adentro y abandonaran los barcos en la orilla. No hubiera aprobado, seguramente, que olvidaran el arte de navegar.

Cuando papá se fue, yo ya era grumete de «El Arrendajo», un buque mercante que era de mi tío, Rosendo Quijada, gran capitán mercante que aprovechaba su licencia para contrabandear a saco en todo el Caribe. Así, pues, yo, a los catorce años, había andado bastante. Menos leído que papá, pero más «lanzado hacia delante», como quien dice, a los diecisiete ya

no pude volver al Santo Cristo porque me estaban buscando los varones de la Casa de Natividad Viña, una trigueña buenamoza a quien empreñé en noche de luna. Ella era diez años mayor que yo y hecha de buena pulpa, por lo tanto, poca culpa pude tener en que ella se muriera pariendo. Yo ni siquiera estaba allí. Pero ellos estaban buscándome para madrearme hasta la muerte, y entonces pedí mi baja en el puerto de La Barra, y me enganché en La Compañía con un gringo llamado Eric Turner, quien nos internó en un territorio más jodido que el carajo: puros pantanos, víboras e indios bravos, donde se murió la mitad de la cuadrilla. El gringo Turner se enfermó de paludismo, y como no teníamos campamento, y se nos habían agotado las medicinas y los bastimentos, y la camioneta se nos había dañado irreparablemente, entre Heracles Marcano, que era de El Griego, también isleño, y yo, cargamos al gringo unos veinte kilómetros, hasta el puesto de la Guardia más cercano, arreando a la vez una tropilla de siete tipos bien enfermos, agobiados por la fiebre y las sanguijuelas. Por eso, cuando Mr. Turner se tomó sus quininas, se puso sus inyecciones y se tomó sus calditos de pollo y demás, al levantarse lo primero que hizo fue llamarnos a Heracles y a mí y preguntarnos en qué área del petróleo nos gustaría trabajar, y yo le dije que me gustaba lo del encuellador, porque ya había visto aquellos tipos trepados en lo alto de la cabria, contra el viento y el sol, como si fueran en un mástil, pero sin tanto balanceo. Y Heracles dijo que le gustaría trabajar en la electricidad y el control de las calderas. Como resultado de esto, a los dos nos mandaron a estudiar a Texas un año, para que aprendiéramos el oficio. De allá regresamos blancos, recios *and speaking english*. Por supuesto que nos pusieron buenos sueldos y así estábamos, como reyes, hasta que el desastre del pozo de La Lagunilla obligó a parar la perforación, y en esos ratos de ocio me entró la nostalgia, me dieron ganas de volver al Santo Cristo, de ver a mi madre, aquello de que *la*

promesa de vernos otra vez se va alargando/ y el momento de irnos está cerca, madrecita del alma querida y esas pendejadas que lo cimbran a uno, y decidí regresar.

Después de todo, pensé, no les sería tan sencillo a los Viña el joderme, y, además, el tiempo había pasado. Y claro que había pasado: mis hermanos estaban grandes, los Viña se habían ido casi todos a trabajar en el petróleo, Ña Luisa, la madre, se me presentó en la casa a decirme que yo no tenía culpa de nada, que había sido la desgracia, y llevó a la niña, que se llamaba Selma y era preciosa, para que le echara la bendición. Una tarde, cuando regresaba de un sancocho de pescado bien rociado de cerveza fría, entré a visitar a la muchachita y me prendé de la tía. Mireya se llamaba, y aunque parecía más frágil que la hermana, mire que me hizo pasar vainas antes de darme el sí, pero con boda por las dos leyes. Y me arriesgué, con fiesta en la playa, reconciliación con los cuñados y banquetes cotidianos durante casi dos meses después de la boda. Con Mireya duré veintidós años, hasta el día de su muerte. Fue una buena mujer y me dio catorce hijos, de los cuales murieron cuatro por cosas del destino. Y nos aguantamos uno al otro en las buenas y en las malas, como mandó el cura.

Poco después del matrimonio, me ofrecieron trabajo como segundo piloto en el «Apure», de La Compañía de Navegación, que hacía la ruta Güiria-Trinidad-San Alejandro, transportando oro, cuero, tasajo, plumas de garza y perfumes de balatá del país hasta los barcos europeos que esperaban en Puerto España, y metiendo sedas, quesos, vinos y artefactos maravillosos como radios y pianolas. Y en esas andaba cuando encontré a Mr. Patrick, que me conocía desde La Lagunilla, y me ofreció el triple de lo que ganaba en el barco para que me fuera de encuellador a una perforación nueva, que era esta de Santa María. En la cuadrilla, que salió en el 32, me volví a encontrar con Heracles y nos hicimos inseparables hasta los días del

Sindicato, cuando él se cuadró tan feo con La Compañía. Los demás hombres eran del oriente y de la Isla, y, aunque fuera de nombre y por parentela lejana, todos nos conocíamos. Uno de los gringos, Mr. Turner, era hermano del otro que había conocido con paludismo en occidente, y del cual me hice amigo, sobre todo porque era texano y le gustaba hablar de su tierra.

Claro que la Mireya no estaba a gusto con aquel cambio, porque ahora ni sabía dónde estaba yo ni cuándo iba a regresar. Ella siempre me andaba cuidando de mi afición por las mujeres, y, yo, digo, eso de que el marinero tiene en cada puerto un amor es mentira, porque se pueden tener hasta dos o tres, y aunque me sentía fogoso al llegar, eso era porque fuego me sobraba y bastantes corazones incendiados y semillas dejé por los puertos de mis correrías. Pero cuando le dije lo del trabajo del petróleo, la Mireya rompió a llorar amargamente, y eso que le dije que seguramente era en un desierto sin ron, ni mujeres, ni nada. Y es verdad que se calmó al ratico, pero le quedó como un velo triste y resignado que se le quedó como una mancha por mucho tiempo: una mancha que era a veces más notoria que en otras, y que le ensombrecía la cara, incluso cuando se vino y le monté casa aquí en Santa María.

Al principio, no podíamos decir adónde íbamos, y, si hubiéramos podido decirlo, de todas maneras ¿qué hubiéramos dicho?, pues este era un sitio sin nombre y sin historia. La primera noche acampamos cerca de un alcornoque, un gran árbol solitario y gestual. Yo colgué el chinchorro de una de sus ramas y de la baranda del camión. El aire era helado y como hecho de escarcha y las estrellas brillaban terriblemente en el cielo. Los gritos de los animales del llano se escuchaban nítidamente, y casi no dejaban dormir los elementos de esas noches. Durante casi dos semanas no hicimos más que trabajar como animales, levantando la planchada del taladro, la cabria, las casas de campaña, las barracas, organizando el equipo y surtiéndonos de

agua. En esos días, solo llegaban hasta nosotros algunos indios que vivían por los alrededores, a vendernos carne de cacería, yuca y casabe. De pronto, un día llegó, y nos pareció un milagro, pues era en marzo y comenzaba a sentirse el calor, una picó con una carga de cerveza fría que traía para vendernos el tal Robertico Calatrava, que siguió viniendo cada cierto tiempo hasta que decidió quedarse y montar un negocio de venta de víveres y bebidas alcohólicas. No sé a quién se le ocurrió después, en esas historias que publican en los periódicos, que era coronel. Adulante sí era. De los gringos, sobre todo, a quienes iba a buscar whisky donde lo hubiera. Por ese y otros servicios, lo nombraron comisario cuando La Compañía decidió poner un tantico de orden en Santa María. Después de él llegaron las muchachas, para alegrarnos las noches y curarnos la nostalgia. Llegaron también otras cuadrillas de obreros, otros comerciantes, otros locos, y el campamento fue creciendo. Todo el que vino en esos días traía el único afán de ganar dinero para después largarse. Pero la cuestión que estaba contando es que la Mireya estaba furiosa en la Isla: en 1932, solo fui tres veces a visitarla. En 1933, iba por el mismo camino cuando el pozo se fue en gas y nos despidieron. Mi jefe me ofreció trabajo en una perforación en Mata Negra, pero no quise y me fui a la Isla un tiempo. Luego regresé a Santa María, alquilé una habitación en la Pensión *Aragua* y acepté pequeños contratos en exploraciones por los alrededores. Pero es que aquellos días en Santa María no eran como para perdérselos. Andaba yo de casa en casa, de mata en mata, de catre en catre. A veces me internaba en el monte para cazar cachicamos y venados. Llegué a conocer casi toda la región, y en todas partes tenía amigos: el cura de El Carmelo armaba parrandas espectaculares cuando lo visitaba y hacíamos competencia en eso de la jodienda. Cierta vez el Castor, que sabía de mi amistad con el cura, y que siempre ha sido un beato, me pidió que lo ayudara a organizar una feria

para recaudar fondos y con ellos construir la Iglesia de Nuestra Señora. Yo nunca he sido muy creyente, es cierto, pero incrédulo tampoco soy, y decidí colaborar. Organizamos tremenda pachanga con cohetes, conjuntos de música llanera, bazares, puestos de tiro al blanco con dardos, cuchillos y escopetas, juegos mecánicos y ventas de comida y bebidas a granel. El cura voceaba desde un altoparlante: beban, coman, gocen, para la mayor Gloria de Dios, y todo el mundo colaboraba activamente, hombro con hombro al lado de Castor y las Pedregales, que eran como los jefes del asunto. En dos días de feria no hubo sino tres muertos y catorce heridos gracias a Enriqueto, un marica que era muy hábil y disciplinado, que en paz descanse, porque después de eso murió en una riña de gallos, y que organizó un grupo de gente mezcla de Cruz Roja con policía y defensa civil, que estaba integrado por los machos más machos y cuatriboleaos del pueblo, y Enriqueto estaba feliz de dirigirlos. Pues bien: en ese tiempo vivía yo con una india llamada Aralia, que era muy mansa, muy buena, muy aseada y hacendosa. Me gustaba mucho todo eso que era mi casa, el ambiente de Santa María, tan igualito y cooperativo. Uno vivía iluminado día y noche por el mechurrio, y bajo esa luz, se comía, se bebía y se gozaba. El pueblo subsistía porque aquí funcionaba como una especie de encrucijada de los camiones que iban a explorar o a perforar por otros rumbos... Siempre se discute sobre si hubo o no una Fundación de Santa María ... Yo diría que sí y que no. No hubo ceremonia, acta conmemorativa, bandera clavada ni nada de eso, pero en aquel tiempo, cuando se fue La Compañía, hubo una especie de voluntad de permanecer, de consolidar un pueblo con sus instituciones, su fe y sus costumbres... Y conste que yo no me considero Fundador: Fundadores fueron Castor, Jason Patrick, las Pedregales: los defensores de la tradición, la familia y la propiedad... ¿no?, y el Dr. Pimentel, que fue el primer médico que se instaló por aquí, también fue Fundador,

y el padre Bruno, quien logró sacar de este rebaño de pecadores un sub-rebaño de buenos cristianos... Los demás fuimos aventureros. Lo cierto es que el segundo día de feria, que era 9 de diciembre, me vinieron a decir de la Pensión Aragua, justo cuando yo estaba en mi apogeo, que me estaban esperando mi esposa y mis cinco hijos, pues para entonces la Mireya me había parido dos pares de mellizos y con ella se había traído a la Selmita. Y yo me horroricé, pues si no lo sabía, la Aragua era una casa de citas que regentaba Hercilia, y un hombre, según mi criterio, puede estar en cualquier parte, pero su esposa, no: eso no. La Mireya había venido dispuesta a quedarse, y así se hizo: en principio, la alojé en la Pensión de las Pedregales y después mandé a construir una casa cerca de los Subero, para que no se sintiera tan sola. Por supuesto que tuve que moderar en algo mi vida ¿no? pero no pude olvidar qué tiempos eran aquellos...

En las galleras comenzaron a darse aquellas discusiones: que si La Compañía pagaba buenos salarios, que si con el petróleo se vivía mejor porque antes, por ejemplo, no se conocían ni la luz eléctrica, ni el cine, ni las medicinas de farmacia, ni la leche en polvo, que si el Comisariato le resolvía a uno la vida dándole las cosas más baratas.

Esas parecían cosas evidentes y no como para discutirlas mientras dos gallos se echaban pico y espuela. Y a la gritería de las apuestas se unían los gritos de esa otra discusión: que si antes de la huelga del 36 se trabajaban doce, catorce y hasta dieciséis horas sin pagos extras, que si la huelga fue un fracaso y una matazón, que si no lo fue, porque demostró solamente que La Compañía era muy poderosa y que el gobierno la apoyaba en todo, y que juntos tenían que fajarse para vencer al obreraje unido. Total, que la discusión se metió en las salas de billar, en los burdeles, en los comedores y hasta en las camionetas donde nos llevaban a la perforación: que si el tiempo de viaje debía

contarse como tiempo trabajado, que si los capataces no deberían maltratar a los peones.

Los temas los trajeron hombres que venían de occidente, donde la cosa del petróleo y de los sindicatos ya era vieja y de todo aquel run run salió la idea de organizarnos en sindicatos también por estos lares. Recuerdo a Marval, a Vincent, a Antúnez, a Marín, a Piedrahita, un anarquista español que no dejaba de cagarse en Dios y en los santos todo el día. Esos eran los dirigentes. Pero La Compañía no iba a permitir tan fácilmente que nos organizáramos, y cuando se vio que la cosa iba en serio (y mira que actuamos con sigilo: pero ellos tenían ojos y oídos hasta en las letrinas), de pronto vinieron las órdenes, y pusieron presos a los líderes y despidieron a los que andaban más comprometidos y le cayeron a palos en los callejones a otros. Yo tuve suerte. Por las noches, cuando sentía pasos alrededor de la casa, creía que venían a buscarme. Entonces me puse a pensar en Mireya y los niños. Es cierto que yo no era lo que se dice un marido modelo y que en esos días acababa de salir de mi travesía con Mélida Reyes: me había enloquecido con la chiquita y me la había robado: le monté casa, le compré lo que quiso, me la llevé de viaje por playas y montañas: era bellísima y cada día se ponía más bella, pero nunca supe en realidad qué deseaba porque sin pedirme nada la veía insatisfecha. Cuando nacieron los muchachitos muertos y esas brujas de las Pedregales, junto con todas las señoronas decentes de Santa María, se opusieron a que los enterráramos en el Cementerio, porque y que no merecían tierra consagrada, me calenté y me dolió. A ella, en cambio el asunto pareció dejarla indiferente. Pero se fue endureciendo y un día se fue y me dejó y después montó el negocio de la putería. Me despeché unos meses, anduve borracho por los bares, pegado de la rockola, le llevé serenatas, pero, en fin: no me puedo quejar: después que montó *El Secreto*, allí tuve siempre trato de rey. Cuando yo llegaba, ella les decía a las muchachas:

para Oileo, lo que pida. Y ellas, cumplidorísimas. Pero lo que iba diciendo es que cuando la represión por lo del Sindicato, yo sentí remordimientos y miedo por el peligro que corrían mi mujer y mis hijos y me quedé tranquilo, agradeciendo mi buena suerte, para ver en qué paraba el asunto.

Por esos días, uno que había sido amigo de papá, don Queneto Narváez, del Santo Cristo, trabajaba como impresor en Santa María y sacaba un periodiquito de nada: dos hojitas semanales llamadas *La Voz del Obrero*, donde ponía noticias de bodas, bautizos y funerales, cumpleaños, ascensos, chismecitos y pendejadas y también alguna que otra nota roja. Pero en el editorial, que se llamaba *Mensajes*, don Queneto, dejaba colar sus denuncias, metía sus puyas fuertes en la conciencia. El periódico era de venta libre y muchos lo comprábamos, en parte por colaborar con don Queneto, y en parte para ver qué pasaba en el pueblo, pues aún no existía *La Alborada*. Un sábado temprano regresaba yo de alguna parranda cuando vi un grupo de gente reunida frente a la casa de don Queneto, que estaba en la calle Bermúdez, en pleno centro. Me paré a curiosear y le pregunté a uno qué pasaba y me dijo que al parecer habían matado al impresor. De la sorpresa se me quitó la borrachera. Me abrí paso hasta el frente y entré: ya estaban allí el comisario, que era Silverio Prada, y sus perros de presa: al muerto ni lo habían tapado: era un viejo flaco, calvo y arrugado, y su figura menuda estaba boca abajo en el piso, con una pierna encogida, la cara ladeada y llena de magulladuras y sangre y los ojos azules abiertos. Debajo de la cabeza, el charquito de sangre se había secado. Todo estaba en desorden alrededor: los papeles tirados, la tinta volcada y la imprenta rota. Si no hubieran roto la máquina, hasta yo hubiera creído que había sido un vulgar robo, como dijo la autoridad. Desde entonces no le hablo al Silverio Prada. Cierto que de él se contaban muchas cosas, pero yo pensaba que eran cosas de hombres en esta tierra salvaje. Sin embargo, ese día me

di cuenta de que el Silverio tenía los ojos opacos e inexpresivos como los de un pescado. Y así tendrá la sangre de las venas: mire que joder a un paisano del mismo pueblo, a un viejo tan decente que, a lo mejor, hasta había sido amigo de su padre. Y no digo que fuera él el que lo mató, ni siquiera sus policías. Pero todos sabíamos que existían los guachimanes y cuál era su papel en este asunto. Por supuesto, todo quedó así, y ni hablar de justicia. Reconozco que el Castor Subero fue más valiente que yo: yo ni fui al velorio, y Castor, en cambio, reclamó el cadáver, lo llevó a su casa, pagó los gastos y rezó los novenarios, pues don Queneto no tenía familia.

Lo que quiero decir con eso es que no fue fácil formar el Sindicato: una y otra vez lo deshicieron: una y otra vez, los capataces cambiaban la conformación de las cuadrillas para impedir la formación de intimidades peligrosas, veían con malos ojos las amistades entre obreros, vigilaban aquí y allá, detectaban las fiestecitas familiares para destacar allí sus espías, tenían cien ojos, como Argos. Significativamente, así se llamaba la gabarra en que llegamos los primeros. Desaparecían misteriosamente los sospechosos, amedrentaban a los forasteros y ganaban adeptos entre los ingenuos hablando horrores de los comunistas, a quienes atribuían el papel de instigadores del Sindicato. Por aquellos días, inauguraron la *Radio Santa María* y a lo largo de toda la programación, voces melodiosas no cesaban de decirnos cuánto debíamos a La Compañía: *Ella* era nuestro padre, nuestra madre, nuestra amiga más amada y el germen de nuestra vida futura. Entonces se me ocurrió que el único sitio adonde no entraban los escuchas y mirones era a los lechos de amor, y un día le propuse a Felipe Michelena, un enano que andaba insistiendo en organizar el Sindicato, que se viniera conmigo a la Pensión *Aragua* e invitáramos a dos mujeres. Al principio, el tipo estaba capcioso, porque nunca habíamos intimado mucho y porque era un moralista, pero algún instinto

secreto, o a lo mejor una gana clandestina, lo hizo aceptar. En el reservado, le expliqué y le demostré cómo podían hacerse las reuniones, y le garanticé la colaboración y la lealtad de las putas. Así, en *El Hijo de la Noche, Los Tres Platos, El 69, El sabor de la cuchara, Susana* y pare usted de contar, logramos consolidar noche tras noche el Sindicato. Cuando Michelena, Teodoro Peralta y Pablo Morales, que fueron los designados, tuvieron que irse a la capital del país para conseguir el apoyo de otros Sindicatos y de la prensa, para que accedieran a legalizarnos, las mujeres colaboraron con un polvo para que tuvieran plata para el viaje y los gastos. Y cuando, después de tantas luchas y tantos sacrificios, el Ministerio tuvo que dar la patente al Sindicato, en Santa María fue una fiesta en grande: la Casa brinda, se decía en los burdeles y muchos fueron felices esa noche gracias a esa alegría. Inmediatamente se comenzó a recoger fondos para construir un local adecuado, porque mientras tanto funcionábamos en un galponcito detrás de la iglesia que se construía. Irónicamente, la primera contribución importante fue de La Compañía. Ese fue el primer signo de lo que vemos en la actualidad. Porque ahora los sindicalistas, ni son obreros, ni conocen los problemas del obrero. Son unos zánganos cuyo hábitat son las habitaciones con aire acondicionado, que se visten de seda y casimir, que se pasan la vida comiendo y bebiendo, acompañados de buenas hembras que parecen maniquíes de aparador, y que reciben sueldos de La Compañía. Son burócratas que creen que son muy poderosos porque pueden otorgar veinte o cincuenta cargos. Sus únicas funciones son decorar el ambiente «democrático», asistir a los actos oficiales y firmar el Contrato Colectivo que La Compañía les presenta cada cuatro años. En los primeros tiempos no era así: los tipos eran hombres honestos, humildes y luchadores: trabajadores verdaderos, con callos en las manos y en los pies. Y el Sindicato, en ese tiempo, era, además de un centro para dar fuerza a las

reclamaciones del obrero, un foco de cultura para el pueblo: allí se formó la primera Biblioteca Pública, se impulsó la primera Secundaria y se creó un Club Juvenil de Artes y Letras, por medio del cual se invitaron poetas, pintores, hombres importantes, como el Andrés Eloy Blanco, que, cuando vino, hubo que presentarlo en la calle, sobre una tarima de madera, pues no había local que pudiera contener a la gente que quería oírlo... Después fue cuando vinieron las peleas, las divisiones por partidos y colores, y, para mí, eso fue cosa de La Compañía... Yo perdí grandes amigos, como Heracles, porque no podía entender cómo era que después de haber aguantado tantas vainas no se solidarizaran con los que arreaban como uno había arreado, sino que se cuadraban con los del látigo... Pero el Sindicato fue un tremendo viaje de aventuras, y aún luego, cuando ya no era lo mismo, pero andaban en eso de luchar contra la dictadura, todavía continuaba siendo hermoso, difícil y valiente.

En el día de la fiesta

Ahora abro los ojos y estoy en un espacio oscuramente iluminado. Puedo reconocer la hora por los movimientos de la casa. Hoy es la fiesta, y un sabor salobre y cenizoso brota en mi boca y se va instalando en todo mi cuerpo, un poco triste. Repican las campanas, a lo lejos. Estallan los cohetes que anuncian el día. Se oye el rumor feliz de la colmena y el eco melancólico de un clarinete. Ayer, la muchacha del periódico me trajo una copia del cassette donde estuvo grabando mis divagaciones y recuerdos. Al principio, solo quería una entrevista, pero cuando me escuchó hablar sin interrumpirme —cosa rara en una mujer— me pidió permiso para grabarme varias conversaciones y yo se lo di, gustoso. Yo no sé para qué otra cosa sirva un hombre si no es para dejar un testimonio de su paso por la tierra. Y ya que este es tan breve, por lo menos que quede la palabra resonando en el silencio de las ruinas. También a Benito le conté estas cosas, y escribió varios cuentos y ganó varios premios: así es la vaina: yo le narro mi vida y él se lleva las glorias. Y está bien que pasen esas cosas: el que habla encerrado en el cassette no soy yo sino mi fantasma atrapado en un espejo. Así quiero permanecer. Así quiero que me vean los que vienen detrás, aquí y en todas partes. En cambio, no me hizo ninguna gracia la visita del gringo ese de Relaciones Públicas y del Carlitos Alexis. Pero como muchos de mis hijos y mis nietos trabajan para La Compañía, tuve que tratarlos con cortesía al recibirlos. A mi edad, por fortuna, uno puede darse el lujo de fingirse pendejo sin que se lo tomen a mal... Vinieron a pedirme que dijera un discursito en la ceremonia de develación del monumento. Solo de imaginarme a mí mismo: un ciego vestido de gala, montado sobre una tarima, provocando olas de respeto, lástima y admiración a una multitud de mamones, y pronunciando loas a La Compañía, me estremezco... ¿Qué se habrán creído esos? Yo estaré viejo, pero jetón no soy. Seguro que se lo propusieron a Castor y él los mandó al carajo. Aquí hablaron y hablaron y yo, de

tanto simular que me dormía, me dormí de verdad y soñé que estaba al lado de El Gran Novelista tirando de una sábana inacabable que cubría un monumento gigantesco. Tirábamos y tirábamos, sin acabar, y hacía mucho viento. A veces me daba la sensación de estar arriando en un velero, en medio de una tormenta. Entonces me desperté porque mi nieta Eunice me tocó la mano suavemente, avisándome que los señores ya se iban... el gringo me estrechó la mano fuertemente y el Alexis también, pero tenía una palma fofa y sudada de las que no me gustan, y en todo el día no se me pasó la incomodidad... ahora escucho una música que me recuerda el mar. Es extraño. En Santa María ya no se oyen canciones que recuerdan el mar, porque ya se han ido los que las cantaban, pero hoy es un día de fiesta... Una fiesta que no amarga ni siquiera esta ceguera que me visita desde que me caí de la torre y se me desprendieron las retinas y tuve que refugiarme en el cobertizo de los viejos y en el voluntario destierro en el país de los recuerdos.

Cassette 1-b

Me gustaba ser encuellador... En la planchada, si uno no está atento, no se puede hacer el trabajo: sueltan la mecha y sube el tubo, elevado por la guaya del carrete, y uno agarra el otro tubo, lo engancha al extremo, lo ajusta con llaves, bañándose del fango que viene del fondo de la tierra, y sintiendo, allá abajo, el febril hormigueo de los hombres, el palpitar caliente de las calderas... Hay algo erótico en todo eso, en la perforación que se cumple penetrando una y otra vez en el agujero humedecido, cada vez más hondamente, chapoteando en la textura suave del barro, salpicando esa llovizna de lodo y aceite que empapa el cuerpo y marchita la vegetación. Sí, hay algo erótico en todo eso, algo de exaltado y vital. Uno se puede pasar días y meses perforando en un solo sitio. Regresa a la casa, al pueblo, y sabe que al día siguiente lo espera el mismo reto. De pronto, en un momento de una mañana o de una tarde cualquiera, siente el leve temblor del suelo, la sabana parece replegarse sobre sí misma y luego cae una llovizna de barro y agua tibia antes de que desde la profundidad de la caverna brote un surtidor denso *¡petróleo! ¡petróleo!* y corren los hombres con alegría incontenible alrededor de la cabria, algunos se arrodillan, gimen, gritan gozosos, y el petróleo, rotos los diques que lo contenían en sus refugios terrestres, sigue brotando hasta que las válvulas frenan su borbotón, lo encierran para que transcurra por los caminos ordenados de los ductos. Y ese día se regresaba al pueblo a vivir: uno se desborda: bebe, canta, pelea y ama con esplendor suicida, porque al amanecer no habrá nada: todo concluyó ya y es preciso esperar otro reto.

Reconozco que soy un aventurero, que mi único placer y mi única riqueza es el ansia de conocer todas las cosas. Aun en la ceguera he encontrado belleza, ha sido como recorrer un país distinto: aprendí a distinguir las tonalidades del canto de los

pájaros, el rumor de la brisa, el sonido de los pasos, del agua y las palpitaciones, la mágica diferenciación de las texturas. Al principio, es cierto, sufrí porque ya no volvería a ver la luz, la agitación de las calles, las mujeres hermosas que pasan moviendo las caderas, el mar arrebatado y las embarcaciones regresando al amanecer, las redes tendidas sobre la arena y el elegante vuelo de las gaviotas. Pero dentro de mí fue formándose otro mundo, hecho de sensaciones y de recuerdos, y, entre todos mis recuerdos hermosos, el del reventón de un pozo petrolero es el que me parece más cercano a la libertad.

Sí: me gustaba ser encuellador, complacerme en la ilusión de que desde lo alto de la cabria se poseían los vastos espacios, ver cómo tanta fuerza y tanta majestad se sometían a la fragilidad del hombre.

Y ahora espero la Muerte, pero no como un hombre vencido, no como uno que se deja llevar por la corriente hacia la catarata final. Espero la Muerte como se espera emprender un viaje: del otro lado seguro hay un destino, un puerto, la Itaca de que mi padre hablaba, y ese destino también es un sitio donde se puede sufrir y disfrutar. Todo lo que vive debe morir para que otras formas de vida puedan manifestarse. Por eso no comprendo a los que se lamentan de que Santa María se esté derrumbando, a los que intentan cubrir su devastamiento con máscaras, disfraces e inútiles ceremonias... ¿Cómo podía haber otro fin? Esta fue una ciudad donde la vida floreció intensamente. Esta fue una gran feria de disfraces: todo a nuestro alrededor era fantasía, decorado, música, luces, y nosotros teníamos un arcón repleto de máscaras y trajes que cambiábamos e intercambiábamos según nuestro vertiginoso capricho. Los únicos que tenemos derecho de vivir los esplendores de esta feria somos nosotros, los que la asumimos sabiendo su locura y su precariedad, y la gozamos con generoso espíritu... Aquellos que vinieron a extender las manos para coger las golosinas cuando

la piñata la rompieran otros, o los que creyeron que aquí podrían consolidar el refugio seguro después de su larga huida, los errantes arrepentidos, se jodieron. Santa María se muere porque ya la sangre que la nutrió está vieja y se seca en las venas, y ya el fuego que formó sus hogares se apagó hace tiempo: todo era el espejismo de una sola ambición. ¿Para qué engañarnos? El petróleo nos la dio y el petróleo nos la quita: ¡bendito sea el nombre del petróleo! Y si me quedo es porque ya mi partida no está lejos y desde cualquier lugar puede partir el barco. A mis hijos y a mis nietos siempre les propongo el horizonte. Y si mi semilla es sana, crecerá en cualquier parte. Y mi padre... ¿dónde estará mi padre?

OPINIÓN

La ciudad abandonada en sus cincuenta años

CORITA ALEXANDER DE HERNÁNDEZ

En el transcurso de este año, se han venido realizando en Santa María campañas de campañas de conservación y limpieza, y actos conmemorativos como preparación de un acontecimiento de singular significación que debe marcar pauta en la historia, como es la celebración de los 50 años de esta ciudad. La misma, en su devenir histórico no ha logrado que los organismos se abocaran a una transformación positiva, sino que más bien ha sido llevada al deterioro y al caos. Las pruebas están a la vista.

Aso-Santa María, una asociación surgida al calor de la celebración del aniversario de este pueblo marginado, ha dejado sentir su marcado interés por lograr que la ciudad mejore del aspecto doloroso e injustificablemente empobrecido que tiene, a sabiendas de que ha sido (y es) un rico productor de petróleo. Por eso *Aso-Santa María,* a la par que el diario *La Alborada*, con sus auténticos y verídicos reportajes, han despertado en la comunidad el deseo de rescatar todo lo que se hunde, hasta el punto de que se están uniendo los vecinos para el arreglo y limpieza de las calles, plazas y avenidas, dando un ejemplo de solidaridad, conciencia y gratitud que deberían considerar los que han tenido y tienen en sus manos la responsabilidad y el compromiso de

sacar la población adelante. Ojalá que La Compañía Petrolera despierte también a ese incentivo voluntarioso y nos ayude a mejorar el nivel de vida.

Únome al ideal de los doctores Baltazar Medina y Álvaro Carrasquel, de los señores Carlos Alexis, y Eustacio Marín, el director de este diario, de la maestra Carlota de Mendoza, de las hermanas Pedregales y otros ciudadanos dignos que componen *Aso-Santa María*, y respaldo su claro ejemplo de servidores. Por esa inquietud favorecedora, el pueblo de Santa María los colocará en la fila de sus Hijos Ilustres, aquellos en los que puede confiar.

Asimismo, el pueblo les negará la gloria a los que lo han convertido en este caso. Y hay que tener presente que no se puede estimular con placas y diplomas de reconocimiento a quienes, pudiendo hacerlo, no han demostrado más amor y vocación de servicio. Hay muchos que creen que por haber ocupado la Presidencia del Ayuntamiento son grandes, aunque por incapacidad e indolencia no hayan sabido desempeñarla.

Santa María, próxima a celebrar sus Bodas de Oro, no debe llegar a ellas en este estado fatídico de abandono. Esperamos que el Presidente del Ayuntamiento, hijo de esta tierra, despierte del letargo en que se halla y cumpla las promesas que hizo cuando recogía sus votos en los barrios y urbanizaciones, y que ratificó en su discurso de toma de posesión.

Si a un pueblo se le beneficia, los que lo benefician tienen siempre su reconocimiento, pero si se le abandona, el mismo pueblo señalará con el dedo acusador a los culpables.

Tomado de *La Alborada,*
08-01-83

Voces

Quemó las máscaras. Los hombres que las llevaban se retorcieron de dolor sobre la tierra resquebrajada. Sobrevivían aquellos que miraban el paso de los pájaros desde el quicio de las altas puertas de madera. Las risas consumieron la noche. Las puertas se cerraron al fin. El eco de las fugas y las muertes se extendió por las veredas.

No hay más cuerpo allí (18)

Dicen que la compañía se marchó. No es cierto. No es cierto. Su omnipresencia se ha sutilizado de tal manera que uno olvida que preside, envuelve y determina los destinos colectivos e individuales. Hubo una Guerra que acabó millones de hombres, y esa Guerra alimentó los engranajes que nutrieron y dieron vigor a pueblos como Santa María del Mar y otros que crecieron sobre esqueletos y cenizas. Y después de esa Guerra, los amos triunfantes comprendieron que la vida de un hombre vale menos que el acto de encender un cerillo. Y se alejaron. Ya no hubo riqueza a repartir porque ellos canalizaron su flujo. El oro comenzó a llegar directamente a las arcas, fluyendo por higiénicos conductos. La cara y las pasiones de los hombres, sus gestos y sus palabras, se fueron borrando, y el poderío de los señores creció, alimentado por el mito y la leyenda y las peregrinaciones de los fieles al Gran País del Norte. Hombres como Mr. Patrick, Mr. Turner, Mr. Carter (y sin contar los para ellos impronunciables nombres de tantos y tantos otros: nativos, extranjeros de otras latitudes: los vencidos) fueron peones que abrieron camino a los innominados seres pulcrísimos que desde el clima amable de California o de Florida, dirigen los asuntos de los aún más innominados señores cuyos negocios se esconden tras el muro anónimo de la palabra *Compañía:* abogados, secretarias, vendedores, agente de Bolsa, que, a su vez, son manejados por exactas computadoras cuyo objetivo consiste

en aumentar cada vez más las riquezas de nuestros amos. Así, pues, no nos engañemos. La compañía no se fue y nunca se irá mientras exista una gota luminosa que extraer de cualquier parte. Todos nos encontramos bajo su égida. Y acaso lo que se extraña es el dulce salvajismo de los primeros días, el loco derrotero de los días, el fuego clamoroso de un tiempo que ahora parece absurdamente hermoso, absurdamente irrecuperable, a pesar de la esperanza.

La fiesta

La fiesta

Fanfarrias y cencerros
Tambores y cornetas
El hálito canalla de las mujeres ebrias
El Diablo con diez latas prendidas en el rabo
Anda por esas calles
Inventando piruetas.

(Voz de Joan Manuel Serrat —cantando—)

Gloria a Dios en las alturas
Recogieron las basuras
De mi calle, ayer a oscuras
Y hoy pintada de bombillas.

Y colgaron de un cordel
De esquina a esquina un cartel
Y banderas de papel
Verdes, Rojas y Amarillas.

Y al darles el sol la espalda
Revolotean las faldas
Bajo un manto de lalala
Lalalalalalalalalalala.

(=De crescendo de la voz y de la música=)
= *Se encienden las luces:*

Acto I

Preludio

Llegó, por fin, la tan anunciada Fiesta.

Antes, toda una semana de festejos había contribuido a preparar el ambiente: el primer día, se había celebrado en el Ateneo de Santa María, un Foro sobre *La importancia del petróleo como factor de poblamiento y divulgación cultural*, con la participación de especialistas de La Compañía, de la Universidad Petrolera de Puerto Píritu, de los doctores Medina y Carrasquel, del señor Eustacio Marín y de numeroso público. El moderador fue Carlitos Alexis.

El segundo día se presentó en el Estadio de Béisbol, la cantante de baladas rocks, Paloma Roja, acompañada del conjunto local *The Satan´s Plainsmen*, para complacer los gustos de la juventud.

El tercer día, se inauguró una exposición ganadera e industrial, y hubo toros coleados y bailes populares en la Manga de Coleo *José Calixto Chaurán*.

El cuarto día, en el Auditorio General, y con la presencia de un público elegante y culto, se presentó el montaje de la obra *Chúo Gil*, del escritor Arturo Uslar Pietri, candidato meritorio al Premio Cervantes, por el Teatro Estable de Puerto Píritu, dirigido por Liddio Ibérico y Antoñita Garrapini.

El quinto día, la Orquesta Sinfónica Juvenil ofreció un concierto de música barroca, también en el Auditorio General.

El sexto día presentaron al Tigre de la Salsa, Josefino Estrada y su Sexteto, con gran asistencia de público, y retransmisión en vivo por las dos emisoras de Santa María, desde el Gimnasio Cubierto. A la salida hubo algunas peleas y maltratos a los vehículos estacionados, pero eso se considera normal en un pueblo vigoroso y satisfecho.

Mientras tanto, en cada barrio se levantaron tarimas desde donde actuarían los conjuntos que animarían los bailes populares, y numerosos kioskos para vender cervezas heladas y todo tipo de comidas el día de la celebración de gala del Cincuentenario.

Así, el día señalado todas las calles se hallaban engalanadas con guirnaldas de colores vivos, hechas de plástico brillante, y tendidas de un lado a otro de las calzadas, combinadas con luces e hilos de lentejuelas. Todas las fachadas estaban recién pintadas. De balcones, puertas y ventanas colgaban banderas, cintas y molinillos con los colores patrios. Los jardines, parques y baldíos estaban limpios de maleza y de basura, y los muros, antaño vacíos y desnudos, lucían adornados con murales realizados por los mismos vecinos, en una muestra generosa de actividad comunitaria, en los que se recordaban hechos resaltantes de la historia del pueblo: predominaban las cabrias y los balancines petroleros y las imágenes de la Virgen del Mar. La fachada del Ayuntamiento estaba casi tapada por gigantescas pancartas verticales que lucían, sobre el tricolor de la bandera, consignas como Paz, Progreso y Libertad en letras doradas, y en el lado izquierdo del jardín, había un tríptico-mural pintado sobre paneles móviles, y realizado por los artistas del Taller Libre de Arte de la ciudad: otra vez cabrias y balancines, en esta oportunidad enclavados en campos profusamente cultivados de frutos y de flores, planos medios de obreros fuertes y robustos, con los rostros iluminados

con sonrisas extasiadas, mujeres amamantando niños de mejillas sonrosadas, multitudes marchando con los puños alzados y, presidiéndolo todo, la Virgen Milagrosa del Mar, caminando sobre las aguas azules. En letras brillantes decía:

Santa María del Mar: 50 años
1933-1983

En el Club Campo Giraluna, al final de la Primera Avenida, muy cerca del terreno donde se alzaba el balancín ya simbólico del OG-1, habían puesto un tinglado con techo de lona y muchas sillas en la pradera. A un costado había una especie de lombardas para disparar en su momento los fuegos artificiales.

Al otro extremo de la Avenida, mirando hacia la vía que conduce al aeropuerto, estaba formado el desfile desde tempranas horas del día. Habían venido cuerpos de la Guardia Nacional de San Roque, del Ejército acantonado en Puerto Píritu y del Liceo Militar de San Alejandro, y todos esos efectivos estaban parados con toda la marcialidad de que eran capaces, luciendo sus vistosos uniformes. Tras ello se formaban: el Cuerpo de Policía de Santa María, el Cuerpo de Bomberos y representaciones de las innumerables escuelas, separadas por sus respectivos estandartes. También estaban las Asociaciones Deportivas y Vecinales, los representantes de las Colonias Extranjeras, vestidos con sus trajes típicos, los Clubes Regionales, los Sindicatos, los Partidos Políticos con sus banderas e insignias de colores, y, finalmente, un numeroso grupo de indios caribes: los hombres, vestidos con guayucos de algodón y adornados con plumas, arcos y flechas, y las mujeres, cubiertas con vistosos sayales bordados.

Jamás se había visto un despliegue de fastuosidad semejante en Santa María, y solo esperaban la llegada de los dignatarios invitados para dar comienzo al desfile, que recorrería las calles más importantes de la ciudad. En un carro alegórico en forma

de cornucopia dorada estaban seis muchachas con túnicas blancas bordadas en oro y gorros frigios sembrados de estrellitas. La séptima muchacha, un poco elevada sobre sus compañeras, era La Reina del Cincuentenario. Su perfil era tan sereno que nada dejaba traslucir de algún minúsculo nerviosismo, de la más mínima inquietud o emoción por lo que la rodeaba. De tan tranquila y mansa llegaba a dar la impresión de bobería. Se destacaba en la luz el óvalo perfecto y sonrosado de su cara, enmarcado por ondulados cabellos de un castaño rojizo. Sus grandes ojos azules, rodeados de pestañas rizadas, estaban muy abiertos, y los labios carnosos lucían y relucían pintados de un color cereza. Entre ellos se veían los dientes perfectos y blanquísimos, y, a veces, la punta tímida y húmeda de su lengua. Llevaba un traje de color rosa, de satén, entallado en la cintura y luego suelto en la falda larga hasta los pies, y sobre sus rizos gloriosos, llevaba una diadema brillante. El color del vestido había sido producto de una larga discusión entre los miembros del Comité Organizador y los del Ayuntamiento, y hasta habían intervenido los Secretarios Generales de los principales partidos políticos y las autoridades, porque algunos creían que ciertos colores, sobre todo en tiempos de campaña electoral, podían ser utilizados en beneficio de los intereses de tal o cual candidato, lo cual era ventajismo. La discusión se hubiera prolongado indefinidamente si no hubiera sido por la intervención de una dama tan fina como doña Carlota de Mendoza, maestra durante muchos años e insospechable de venalidad partidista, quien expuso que el color rosa era el indicado, porque evocaba el amanecer, la esperanza y la frescura, combinada adecuadamente con la belleza floral de la Reina y con su nombre de Rosamaría. Y como sus argumentos parecieron mesurados y justos, y no había, además, ningún partido que usara ese color, quedaron conformes en que el vestido fuera rosa. La banda de identificación hubiera sido objeto de otras discusiones, pero

decidieron eliminarla. En cambio, no hubo polémicas en torno a la elección de los símbolos de la realeza: corona y cetro, que fueron escogidos por la misma Reina, su madre y su chaperona, en un viaje que hicieron ex profeso a la capital.

A media mañana, ya las calles y las plazas estaban llenas de gente que iba y venía. Todo el mundo había salido: familias enteras con sus ropas de gala, plenaban las calles y avenidas. Frente al Ayuntamiento, pegados a la cerca, los curiosos comentaban el esplendor que se entreveía en los tupidos jardines. La fiesta allí sí que estaba preparada en grande: había largas mesas servidas con canapés de cien tipos, botellas de whisky escocés legítimo y legítimos vinos europeos, que se enfriaban en elegantes cubetas de plata. Había rimeros de copas de brillo transparentes, relucientes bajo los focos de luz artificial que iluminaban toda la decoración hecha en base a diversos tonos de verde: verdes oscuros en los toldos y la mantelería, verdes más claros en los cubresillas y en las servilleteras, verde con rayas blancas en las chaquetillas de los mesoneros, verde clarísimo en las cintas con que se ataban los diplomas y en las cajas de las condecoraciones. Todo ese verde resaltaba por el contraste con los fondos blancos y con los cálidos arreglos de rosas rojas, ubicados estratégicamente por todo el recinto. Frente a las sillas, ordenadas en forma de medialuna, alejadas convenientemente de la mesa de las bebidas, había una tarimilla desmontable cubierta con una alfombra roja. Allí estaban la mesa larga, blanca, de estilo tropical, y las sillas acolchadas, también blancas, donde se sentarían el Presidente de la Nación, los dignatarios y los invitados especialísimos. El podio, forrado de verde, estaba coronado por numerosos micrófonos. El Discurso de Honor lo pronunciaría el Dr. Gustavo Villa del Carril, distinguido jurista, Senador de la República, industrial próspero y pariente consanguíneo de las familias más ilustres y antiguas del país: se rumoraba que por la línea materna, su linaje entroncaba con el del Libertador,

y que incluso había aspirado recientemente en España al título del Marqués del Toro, alegando derechos incontestables. Qué tenía que ver este señor con el origen más bien dudoso de un pueblo petrolero era un misterio, como no fuera explicable por el deseo de dar carta de legitimidad a los hijos de esa primera y heterogénea emigración a estas tierras y a los de las sucesivas emigraciones, igualmente turbias y turbulentas. Esa misma sería la razón por la cual la Sesión Solemne, en lugar de convocarse como Cabildo Abierto y en un espacio al aire libre, se hiciera en el patio cerrado del Ayuntamiento, excluyendo de ella a los que no tuvieran invitación oficial y formal.

Por la mañana, bien temprano, los miembros del Comité Organizador y otros ciudadanos distinguidos, como don Eustacio Marín y su sobrino Mario Marín Espinillo, y las señoras Carlota de Mendoza e Isabelita de Ríos, que estaban encargadas de la preparación de las muchachas anfitrionas que atenderían a los invitados ese día, se reunieron en el local municipal para revisar los planes tantas veces revisados. Carlitos Alexis, Álvaro Carrasquel y Baltazar Medina, que habían sido nombrados para recibir al Presidente, vestían levita color gris oscuro con vueltas de seda, plastrón blanco, pantalones ajustados color lavanda, zapatos negros de charol, llevaban chistera, y tenían un grave y elegante porte. Era la primera vez que persona alguna se vestía así en la historia de Santa María y mucha gente ignorante, al verlos, se rió descaradamente sin poderse contener, pero siempre hubo algún ingenuo que pensara que se trataba de una obra de teatro. Una de las decisiones más trascendentales que se tomaron esa mañana fue la de reunir a los porteros y al personal de vigilancia para decirles insistentemente que *sin utilizar la violencia* se impidiera la entrada a todo aquél que no portara su invitación impresa y sellada por el Ayuntamiento y Aso-Santa María. Dicen que estas recomendaciones fueron, en parte, causa de lo que sucedió después.

[Al margen del tumulto]

—¡Qué tontería! ¿A quién se le habrá ocurrido que a esos señores les gustará sentarse debajo de una carpa de circo?
—Eso es lo que está de moda: no seas ignorante... ¿No ves que a eso le llaman *el progreso del país*?
—Y mire que con esas carpas trajeron desde la capital dizque treinta y seis mesoneros...
—¡Qué exagerado!
—A mí me lo dijeron...
—¿Quién te dijo esa mentira?
—Me lo dijo mi primo Filemón, que trabaja con el administrador del Ayuntamiento y no tiene por qué mentir.
—Como si aquí no hubiera mesoneros... Yo creo que exageran: treinta y seis es una exageración.
—Y, por lo que se ve, son maricones todos.
—Tanto trabajo y tanto gasto ¿para qué? Para agasajar unos cuantos políticos y sus cien adulantes.
—No te olvides de sus queridas...
—Van a condecorar a un montón de gente.
—¿Políticos?
—De todo: hasta a doña Mélida Reyes...
—¿A quién? ¿A la Susana?
—Bueno, tú sabes que desde que se retiró del negocio, es *doña Mélida*, y que sus hijos son abogados, médicos, ganaderos y políticos...
—Y sus nietos mariguanos y sus nietas «estrellitas», no me jodas...
—¿Y por qué le van a condecorar, por puta...?
—No, porque hizo *contribuciones manifiestas al engrandecimiento de Santa María y estimuló con su ejemplo el comercio y la industria,* dice el anuncio de prensa, y a las pruebas me remito.

—Y hasta a las artes, porque Benito Yrady ganó un premio con una novela que hizo sobre las aventuras y desventuras de la Susana...

—Fue un cuento, güevón...

—Bueno, un cuento, y además, ten en cuenta, fíjate, que doña Mélida fue la única que se atrevió a hacerle la competencia a Mister Felipe, al Conde y a la Casa Nueva York, que eran los burdeles oficiales de La Compañía, y que montó su negocio a pulso y...

(Interviene una señora que está escuchando) —Pulso de coño, dirá.

—Algo así como Compre lo nuestro ¿no?

—Fue la precursora de la pequeña y mediana industria...

(Risas)

—¿Por qué seremos tan injustos...? Y hasta inventó un baño. Tú no te puedes acordar, claro, ni yo tampoco, pero papá dice que eran unos barriles montados sobre una armazón de vigas, con unos tubos y unas duchas que se abrían con grifos, encerrados entre cuatro planchas de zinc, y que todo el mundo iba a verlos, hasta las señoras de su casa iban y que para copiárselos...

—No me digas que tu papá también fue Fundador...

—¿Y qué tendría de malo? Papá llegó aquí en el 36 y se quedó.

—No, si no digo nada: solo que ahora todo el mundo fue Fundador...

—¿Y a quién más van a condecorar?

—A Marito Marín, el sobrino de don Eustacio.

—¿Y a ese por qué?

—Pues porque ya lo están promocionando para concejal... Parece buen muchacho.

—Según la Constitución, todos lo parecen hasta que se demuestre lo contrario.

—Y van a condecorar, por supuesto, a la cuerda de viejitos Fundadores, como siempre.

—Lo bueno de eso es que Carlitos Alexis tiene su provisión de Fundadores siempre fresca y renovada, para poder seguir apantallando en los aniversarios. Si no fuera así, sería capaz de sacarlos de sus tumbas.

—Lo que pasa es que se está promocionando para que a él lo condecoren como Fundador cuando se cumplan los 75 años...

(Risas)

—Pero sí: los Fundadores se reproducen...

—¿Y tú crees que este pinche pueblo llegue a durar setenta y cinco años...?

Acto II

Cuadro 1: Sesión solemne

A las diez salieron del Ayuntamiento los automóviles dispuestos para ir a buscar a los que iban a ser homenajeados. En el transcurso de los siguientes tres cuartos de hora, todos fueron conducidos a la Tarima de Honor, ubicada a unos quinientos metros del Edificio Municipal, y que compartirían con los dignatarios para presenciar el desfile. Allí los ubicaron y atendieron las gentiles muchachas anfitrionas. Cada vez que llegaba uno de los Fundadores, acompañado de sus parientes, o solo, se producía un ligero revuelo entre el público. Cuando estuvieron todos, los fotógrafos les pidieron que posaran para la posteridad.

Foto N°. 10

De izquierda a derecha, aparecen en la foto: don Silverio Prada, muy erguido, mirando ligeramente hacia el lado derecho, por lo que presenta un semiperfil a la cámara, y con las manos cruzadas sobre el vientre. Aún luce delgado y fuerte, a pesar de los años. Está ligeramente separado de los otros dos, que se entrelazan del brazo: don Carlos Subero, alto, elegante, tocado con su sombrero de ala corta y con sus lentes característicos, y don Oileo Quijada, bajo, fornido, el traje cayéndole un poco ancho, la cortada ladeada, contrastando con la pulcra presencia de los otros dos. Solo él sonríe.

(Foto José Hurtado, *La Alborada*, 25-02-83).

Cerca de las once, llegaron el Obispo, el padre Bruno y las hermanas Pedregales, junto con algunas jóvenes de las Hijas de María, algunos sacerdotes del *San Francisco de Asís* y dos religiosas que acompañaban al Obispo. A las once y treinta y cinco minutos se vio aparecer por fin, por la vía del aeropuerto, la caravana de automóviles que traía a los dignatarios. Los sargentos ordenaron a sus hombres:

aaAAAATENCIÓNN FIIIIIIRRRMMnnss

y la Banda Municipal atacó el Himno Nacional. Pasaron los autos entre vítores de la gente que se agolpaba en las aceras, y llegaron frente a la Tarima de Honor. Carlitos Alexis, Álvaro Carrasquel y Baltazar Medina, los enviados, venían henchidos de orgullo entre los invitados, aunque un poco desconcertados por la sencilla indumentaria, casual y deportiva, que estos habían traído. Todos ocuparon los asientos señalados por las anfitrionas, y entonces los organizadores cayeron en cuenta de que el desfile no podría comenzar si alguien no daba la orden a los desfilantes. Después de una breve discusión, finalmente Carlitos Alexis fue designado para ir, y, con todo y frac, montó de pasajero en una moto de *La Alborada*, y viajó por todo el medio de la calle flanqueada por gente burlona, para dar inicio a los actos.

El Presidente de la República era el foco de la mayor curiosidad: estaba en el sitio de honor, rodeado de edecanes. Era un gordo de tez descolorida, grandes entradas, cabello corto y gris. Sus ojos eran saltones y de gruesos párpados, y la boca gruesa y sensual se esforzaba por esbozar una sonrisa amable sobre la triple papada rojiza. Bastantes problemas tenía ya como para tener que hacer el payaso en estos momentos, pensaba, pero las obligaciones del poder y del partido lo habían involucrado en aquel asunto, y nada había que hacer. Vestía un

traje gris claro sobre una camisa blanca sin corbata y sin adornos. Todos los demás funcionarios, incluyendo al Candidato del partido de gobierno, los miembros del Ayuntamiento, los de la Legislatura, el Gobernador del Estado, los congresantes y los Ministros, tenían un indefinible aire de familia: rostros fofos y morenos, cabellos cortos e hirsutos y gestos entre serios y sonrientes. Algunos llevaban condecoraciones colgadas con vistosas cintas en las solapas de sus chaquetas o de sus guayaberas, y parecían estar posando interminablemente. El Gran Novelista, el poeta Efraín Hoyondo y otros intelectuales invitados al acto, llegaron retardados al acto, causando una notable confusión entre las anfitrionas. El Novelista era el más notable de ese grupo: aunque también era gordo, alto y sanguíneo, tenía algo sólido, cierta nervadura, cierto aire travieso, que lo hacía vibrar vivo y circulante en medio de aquella caterva de pescados hervidos. El poeta Hoyondo, largo y triste, lo seguía mansamente, mientras el resto de los intelectuales, satélites en sus órbitas, se arrebañaban dúctilmente en torno a ellos. Las señoras cuchicheaban entre sí, agitaban sus abanicos o se secaban discretamente el sudor de la frente con toallitas de papel perfumadas con vetiver, que les entregaban las anfitrionas, guardadas en elegantes sobrecitos verdes. Alrededor de la tarima, el público se removía, haciéndola temblar, a pesar del cordón protector de la Guardia Presidencial. El desfile pasó, saludando marcialmente a los señores que presidían los actos, al pasar frente a ellos. Iba acompañado del son de dos bandas secas, y cruzó hacia la Avenida España para continuar su recorrido por las calles principales de la ciudad. Cuando hubieron cruzado los últimos desfilantes y se hubo aplacado el resonar metálico de las bandas, el señor Presidente de la República se puso de pie, y por los altoparlantes sonó el Himno Nacional. Después, todos se dirigieron al Ayuntamiento, por un camino acordonado de soldados entre la multitud excitada y sudorosa que quedó

afuera, gritadora y riente, con ganas de seguir presenciando el espectáculo.

En el Ayuntamiento, las sillas estaban ocupadas según un orden protocolar: en las tres primeras filas, cada una formada por cincuenta sillas, estaban ubicados: los representantes del Congreso, los Ministros, los miembros de la Judicatura, los Jefes Militares, la Jerarquía Eclesiástica, los secretarios del Gabinete Regional, los Concejales y los Funcionarios Mayores del distrito. En las cuatro filas siguientes estaban las esposas, secretarias, hijos, nietos, maridos y demás deudos de los dignatarios presentes. En las otras dos, las personalidades locales y nacionales vinculadas al Comercio, a la Industria, a los Sindicatos, a la Agricultura y la Cría, y a las Bellas Artes y Letras. Después, seguían los que iban a ser condecorados y sus parientes, ocupando tres filas completas. Finalmente estaban los invitados de las Corporaciones y las Clases Medias, que tenían tarjetas con asientos numerados. En la Mesa del Presidium estaban: el Presidente de la República, el Gobernador del Estado, el Presidente del Ayuntamiento, el Prefecto del Distrito, los miembros del Comité Organizador de los festejos y de Aso-Santa María, el Gran Novelista, el poeta Hoyondo, el Orador de Orden, los Jefes del Sindicato Petrolero y los Altos Enviados de La Compañía. Había tanta gente sobre la tarima que uno tenía la impresión de hallarse ante dos públicos enfrentados en una especie de torneo colectivo, lo que no dejaba de ser extraño. El Maestro de Ceremonia, traído desde la capital, desconocía los nombres de las personalidades y los datos de la historia de la ciudad, que le fueron pasados a última hora, garrapateados en un manuscrito al parecer ininteligible o plagado de errores, pues a cada rato se equivocaba en la pronunciación de un nombre o en la cita de un hecho histórico, o tropezaba con una palabra cualquiera, lo que provocaba risitas irritadas entre el público. A última hora, a los Concejales se

les había ocurrido la idea de sacar un altoparlante a la calle, para que la gente de fuera escuchara los discursos, aunque los mismos iban a ser transmitidos por las emisoras de radio de la región, encadenadas. Por esa razón, los técnicos pasaban descaradamente cables y aparatos entre los circunspectos y elegantes invitados al acto.

Hubo un rato de confusión, y en la Mesa del Presidium se vieron y se escucharon prolongadas consultas, carreritas y cuchicheos, mientras en el otro público se traslucía el efecto de tales movimientos ciertamente erráticos, en oleadas de conversaciones, aisladas voces de protesta y risas en tono cada vez más alto. Por fin, dando por terminada la sesión de consultas, el Maestro de Ceremonia se puso en pie. Agrupó sus cuartillas, se dirigió al podio, y, desde allí, hizo un brevísimo resumen de los motivos del acto. A continuación presentó a los integrantes del Presidium y dejó la palabra al Presidente del Ayuntamiento. Este se levantó en medio de los aplausos, y caminó con afectada elegancia hacia el podium. Causó sensación el color verde de su traje, sentida muestra de adhesión a su partido que nadie dejó de notar. Sacó de su bolsillo unos papeles cuidadosamente doblados, y carraspeó antes de empezar:

> Estamos celebrando con justo regocijo, el cincuentenario de esta ciudad de Santa María del Mar. Sentimos la alegría de contemplar una ciudad que ha entrado ya en su madurez y que, desde muchos puntos de vista, tiene el aspecto de una urbe moderna...

[Un diálogo entre el público asistente]

—No sé por qué Edgardo se deja escribir los discursos por los secretarios: después ni siquiera sabe qué es lo que va a decir.

—Por Dios, mujer, ¿cómo vas a decir eso? Si los escribiera él mismo diría tantas tonterías que lo tendrían que expulsar del partido.
—Pero ¿por qué llegó a ese puesto? No me vas a decir que por la plata, porque antes de ser Concejal y meterse en el negocio de la arena, apenas si tenía un catre para morirse.
—No, pero dicen que siempre ha sido muy leal con el Dr. Mamerto, el Secretario General.
— Y no negarás que es un recién vestido: se le sale la clase... Mira y que vestirse de ese verde desleído ¡si hasta parece perico remojado en cloro!

(Risas)

> ... en Santa María se encuentran instaladas varias sucursales y agencias bancarias; firmas mercantiles de primera categoría, dedicadas a la explotación de los diversos ramos del comercio; varios institutos educacionales. Porque Santa María es un pueblo que ha demostrado siempre anhelos de conocer y progresar y sus hijos recorren el camino que sea necesario para conseguir esas metas. Todos sabemos que la Casa de la Cultura de Santa María y el Taller libre de Arte son refugios culturales de hombres y mujeres que representan exitosamente la comunidad, aquí y en otras regiones, y que ambas vienen trabajando en forma positiva...

Diálogo Cultural

—Será por eso por lo que decidieron quitarles a ambas el subsidio...
—¿Por qué?
—Porque trabajan en forma positiva: eso es un mal ejemplo... Además, ¿qué viene a decir él de la cultura, si

cuando uno le va a pedir una colaboración para actividades culturales, sale con una donación de trescientas piastras... Trescientas, trescientas, trescientas... No sabe otro número.

—Oh, Alma Incrédula: ¿no sabes que la Ley lo limita a esa tríada secreta?

—Pues el que hizo la Ley debió haber leído mucho la *Biblia*...

—¿Cómo la *Biblia*?, ¡no me jodas!

—Sí: porque tú sabes que Judas vendió a Cristo por trescientas monedas de plata...

—No por trescientas, pendejo: por *treinta*...

—Treinta en ese tiempo, pero ahora, con la devaluación...

(Risas)

—A mí me dijo, cuando le propuse traer un Trío de Cámara, que me podía dar tres mil si me conseguía diez nombres distintos, con sus respectivos números de identificación, para asignarles a cada uno un recibo... *Ni tienen que molestarse en venir ellos,* dijo: *tú cobras todo*. Y me dio un papel para su secretaria. Todavía lo guardo con mucho cariño.

—¿Qué? ¿No lo hiciste?

—No oh, vale ¿para enredarme en sus negocios sucios? Le di las gracias y le dije que lo pensaría, pero ni de vaina...

—Y siempre se la pasa presumiendo de que eso es lo único que le dan para gastos cuando sale de viaje.

—¡Pooobre! Pero él tiene las listas del partido a su disposición, y de allí puede sacar mil nombres si quiere y meter mil recibos por trescientas...

(—¡¡¡Sssssshhhh!!! Dejen oír...)

... la ciudad no tenía este aspecto en sus primeros años: para fines de 1943, no había ninguna agencia bancaria, pues ningún banco se atrevía a abrir

> oficinas, pues en este pueblo... Cuarenta años después, hay doce agencias que se encuentran llenas constantemente y el movimiento de Caja es activísimo. Hay, además, tres fábricas de piezas de repuesto para equipos petroleros y una fábrica de tractores que emplean entre todas a unos doscientos hombres: es cierto que apenas comienzan, pero... bla bla bla...

Ya la gente comenzaba a abanicarse inquieta por el recuento de cifras y estadísticas que siguió a la primera parte del discurso, cuando el Presidente Municipal guardó silencio. Hubo un aplauso rápido y cortés antes de que el Maestro de Ceremonia presentara al Orador de Orden:

> doooooccctorr Guuustaavooo Viiillaa del Caarril

Hubo aplausos y fanfarrias. En ese momento, la Reina y su cortejo se incorporaron al acto, y fueron conducidos al Presidium, con gran movimiento de sillas.

El Orador de Orden era un hombre alto, pálido, con aspecto de aristócrata de telenovela, el cabello color plata peinado con gomina y vestido con un traje blanco que ceñía su delgada silueta. Comenzó, también carraspeando un poco, para atraer la atención dispersa por la entrada de las Chicas, y agitó suavemente sus papeles. El silencio se hizo, y él, entonces, leyó:

> Ciudadano Presidente de la República
> Ciudadanos representantes del Poder Legislativo y del Poder Judicial
> Ciudadanos representantes de las Fuerzas Armadas
> Ciudadanos servidores de Cristo, Nuestro Señor, guardianes de nuestra fe, miembros de la Curia
> Ciudadanos Ministros del Despacho aquí presentes
> Ciudadano Gobernador del Estado
> Ciudadano Prefecto del Distrito

Ciudadanos Presidente y demás miembros del Ilustre Concejo Municipal de Santa María del Mar
Ciudadanos representantes de La Compañía Petrolera y de los Sindicatos, verdaderos Fundadores de este pueblo (*hubo un murmullo...)*
Ciudadanos miembros de las Asociaciones Vecinales, de la Cámara de Comercio e Industria, de las Corporaciones de Artesanos, de los Agricultores, de los Ganaderos y de los Artistas.
Señorita Rosamaría I, Reina del Cincuentenario
Distinguidos invitados: señoras... señores:

(bebió un sorbo de agua)

Permitidme, antes que nada, rendir justicia a la magia del petróleo, ese elemento maravilloso que nos incorporó a la modernidad desde lo profundo de un pasado tenebrosamente primitivo.
Y, junto con él permitidme rendir homenaje a los que han administrado ese recurso, con una sabiduría que considera igualmente importantes los intereses nacionales y los internacionales, que favorece las regiones y sustenta las aldeas dentro de un régimen de prosperidad pública y privada. Los que descubrieron, orientaron y organizaron las diferentes fases de la producción petrolera, fueron como los navegantes que con mano enérgica dirigen la nave entre los temibles escollos, y, salvando los obstáculos y las tormentas, la llevan a puerto seguro. Así lo hicieron con nosotros, y la existencia de este pueblo es uno de los hechos que así lo atestiguan.
Y permitidme reconocer que el petróleo ha hecho sólida realidad elementos como la paz, el orden, el comercio y la democracia...

(Aplausos Nutridos)

[Otro diálogo]

—No sé si te habrás dado cuenta de que el Dr. Alvarito no se le aparta a la Rosamaría ni un momento...

—¡Viejo baboso...! Aunque no negarás que está linda la muchacha.

—Un poco gorda ¿no?

—Más bien con tendencia... Ya veremos que cuando tenga el primer hijo no será más que una matronita clase media.

—Pero el hijo no será de Alvarito, puedes jurarlo.

—No seas mal intencionado...

—Además, ¿qué puede hacerle Alvarito a la muchacha si la mujer lo tiene controlado a él como si fuera un sargento de guardia...?

—No, y la vieja Mendoza se ha convertido en una feroz chaperona de la Rosamaría.

—Vieja grilla esa...

—Tú como que no sabes que los perros más feroces se duermen con manteca, sin embargo...

—Sí, como diría el sabio Lin Hen, nuestro Presidente: *Perro que come manteca, mete la lengua en tapara...*

—O: *Al mejor cazador se le va la liebre...*

—Él cimenta su sabiduría en la experiencia...

—No sé por qué hablan así de él, ustedes: es un santo varón...

—¿Cómo es eso si ese...?

—¿Es que no saben la última? El domingo fue a confesarse y el cura le dio la absolución sin escucharlo... Le dijo: Hijo, no tienes de qué arrepentirte, porque tú no has hecho *nada*...

(Risas)

—Cállense, pues, dejen oír.

—Mira las miradas que echa para acá el Alexis, como que nos está regañando.

—Ese peinado del Maestro de Ceremonia es de maricón ¿no creen?

—La consigna de este periodo ha sido *Los maricones al poder...*

—Pero qué exagerados... Ese siempre ha sido el recurso para atacar al enemigo político en estos lugares. ¿Tú crees, acaso que el Gobernador...?

—Ah, no sé, pero fíjate en los tres Ministros que están sentados a tu izquierda, sí, fíjate en el del lacito de lunares... ay, tú... qué delicadeza...

—Será la finura... Mira, por ejemplo, al Orador de Orden...

—Óyeme, tú estás peor que el negrito Alexis en lo adulante y faramallero ¿has visto cómo le cargaba los maletines ayer a los invitados que llegaban?

—Recordará sus tiempos, ¿no crees?

—No, si quien lo hereda no lo hurta.

—¿Cita de Lin Hen?

> Ya pasaron aquellos tiempos en que las contienda civiles ensangrentaban el sagrado suelo de la Patria: aquellos tiempos en que el hacendado, el hombre de negocios y el trabajador pobre pero honrado, no podían dormir, aterrados de ver súbitamente turbada su paz por turbas asesinas. Y pasaron los tiempos de las dictaduras para las que cualquier actitud audaz era considerada subversiva... En medio de tanta miseria y opresión moral y política, La Compañía Petrolera siempre fue ejemplo de Justicia y Equidad: pagó buenos sueldos, contribuyó al ejercicio de
>
> *(El hombre gritaba y*
> *gritaba, arrastrado por*
> *los guachimanes de La*

Compañía: Pero es que
lo que nos dan: los sueldos,
los comisariatos, los dispensarios, nos los están sacando de los huesos, nos estamos
muriendo para que otros, bien lejos, se hagan ricos... Y el tipo iba ensangrentado, y los golpes arreciaban sobre él, los guachimanes lo golpeaban con sus porras...)

la libertad de asociación y de la democracia, fomentó los Sindicatos, contribuyó a mejorar social y económicamente la calidad de la vida, a desarrollar la cultura... Mientras, todo a su alrededor se caía, sumergido en la tiniebla.
Pero apartemos de la memoria esos tiempos sombríos y contemplemos el panorama actual: el comercio, las artes y la industria prosperan por todas partes. Las nociones de igualdad, libertad y fraternidad y el acercamiento a las religiones, son factores arraigados en nuestros corazones, y nos conducen a la perfecta convivencia y a la espiritualidad más pura: por todas partes crece la esperanza...

(Aplausos)

En ese momento se escuchó un tumulto en la entrada del Ayuntamiento y el público sentado en las sillas comenzó a mirar hacia el sitio y a removerse inquieto. El Orador se detuvo un instante, tomó un sorbo de agua y echó una ojeada, un poco inquieto, a su alrededor. Por un momento pareció que iba a recoger sus cuartillas y retirarse, pero tal vez la actitud de serena confianza de sus compañeros de Presidium lo animó a proseguir:

> Se refuerza la confianza en las instituciones, en las autoridades y en la democracia... La democracia, que ya no es solo una palabra, sino un... ejercicio... coherente...

Y, en ese instante preciso, la muchedumbre agolpada afuera irrumpió violentamente, rompiendo el cordón de seguridad, liderizada por una vanguardia belicosa que protestaba alzando carteles toscamente escritos y pancartas. Pedían:

Solución al problema del desempleo.
Solución a los problemas hospitalarios.
Solución a los problemas de vivienda.
Solución a los problemas de los servicios.
Agua.
Mayores y mejores escuelas y oportunidades para continuar estudios superiores.
Menos represión.

Gritaban: *¡¡¡El pue-blo unido ja-más se-rá vencido!!!*

Decían: *¿Hay devaluación o no?*
Sindicalistas vendidos.
Fuera la contaminación del petróleo.

Los invitados comenzaron a levantarse para batirse en retirada, o defenderse. Un ebrio cayó de nalgas en las piernas del Obispo. Las mujeres se arrebataban gritando, y corrían hacia los rincones, oscilando entre el horror, la excitación y la repugnancia. No faltó la que dijera —fuera cierto o falso— que la manosearon en el tumulto. Algunos hombres se alebrestaron y retaron a pelear a los intrusos. La Guardia y los vigilantes, cuyas órdenes estrictas eran firmeza sin agresión, no sabían qué actitud tomar, y sus efectivos miraban la agitación con las peinillas desenvainadas y las porras en las manos, sin osar

arremeter. El Presidente y los demás dignatarios fueron conducidos disimuladamente al piso superior del edificio, hacia sitios seguros, mientras la multitud se dedicaba a saquear la Mesa del Convite. El Gran Novelista se reía locamente desde las escaleras, mientras el Poeta Hoyondo lo halaba nerviosamente del brazo, para hacer que subiera. Y los ancianos Fundadores, sin poder moverse adecuadamente a causa de sus achaques y del nerviosismo de sus acompañantes, fueron sacados con mucho esfuerzo del revuelo y también conducidos arriba, donde, en sentida ceremonia privada, recibieron las condecoraciones, las placas y los diplomas, de manos del mismísimo Presidente de la Nación.

Después, los dignatarios huyeron junto con algunos afortunados elegidos, al Holiday Inn Santa María Hotel donde les habían preparado un almuerzo reparador. Los Fundadores y otros homenajeados fueron repatriados a sus hogares, y las emisoras, decididas a ocultar lo mejor posible el pequeño desastre, invitaron como si nada a eso que se llama El Público en General, para el acto de la tarde, cuando en el Campo Giraluna se develaría el Obelisco Conmemorativo. Las calles, entretanto, continuaban llenas de gente. Los ecos de las conversaciones se perdían en el aire. Los gritos. Las risas. Las blasfemias. Los juramentos.

Cuadro 2: el almuerzo

En un comedor que antaño fue lujoso, aunque hoy tiene el techo raso manchado de humedad, y los espejos velados irremisiblemente por el moho, pero que ahora luce acogedor y hasta suntuoso, gracias a los artificios de la decoración, están dispuestos tres mesones rectangulares cubiertos con manteles blancos y profusamente servidos. Todos los comensales ocupan sus asientos por orden de importancia, conversan amablemente entre sí y beben sus whiskies on the rocks, relajados después del pasado vaporón del acto. Los guardaespaldas están ubicados en lugares estratégicos y vigilan cuidadosamente, armados con metralletas ligeras.

[Conversaciones de poder]

Presidente del Ayuntamiento:

—Esos hijos de puta coños de madres grandes carajos me van a pagar caro el trago amargo. Yo vi quiénes eran los que iban a la cabeza y ya le pasé la lista con los nombres al jefe de la Judicial.

Esposa del P. del A.:

—Pero, querido, no te exaltes... Además, tú tuviste la culpa: ¿Por qué no redoblaste la vigilancia? No sabes el peligro que corrimos... Hasta pudieron violarnos.

P. del A.:

—Te he dicho que no me interrumpas cuando estoy hablando... ¿Quién te dio vela en este entierro? ¿Qué sabes tú de vigilancia y esas vainas? Y en cuanto a violarlas, no me hagas reír... ¿Quién carajo se va a tomar la molestia de cogerse un montón de arrugas como las de ustedes...?

(Sonríe forzadamente, finge que es una broma al ver que están en público).

Secretario 1:

—No diga eso, mi Presidente, mire que la señora, y dicho sea con todo respeto, todavía está de muy buen ver... Y usted, doña, fíjese que no se pudo hacer nada: vigilancia había, pero como los de Aso-Santa María pidieron que nada de violencia... Bueno, pues, estaban atados de pies y manos...

Secretario 2:

—De todas maneras, el peso de la Ley caerá sobre los culpables...

Gobernador del estado:

—El peso de la Ley caerá sobre los culpables...

Presidente de la República:

—Déjate de mamadas ahora, menos mal que esos degenerados interrumpieron el discurso de Villa porque eran como doscientas cuartillas... (Dirigiéndose a su Secretario):

—Mi discurso sí me lo mandas a publicar. Pagas una página con foto, tú sabes.

El Candidato:

—¿Y el mío?

P. de la R.:

—El que nace barrigón, ni que lo fajen chiquito... ¿Qué te crees, que voy a estar gastando dinero de la Nación para hacerte la campaña a ti? ¿Quieres que me acusen de ventajismo?

El Candidato:

—Ah, pero el tuyo sí, porque es justo y necesario.

(El P. de la R. lo mira. Tiene los ojos achispados por la bebida, la cara moteada con manchas rojas y los labios húmedos).

P. de la R.:

—No me vengas con pendejadas de jesuítas. Te salvaste porque si no se hubiera interrumpido el acto, mayor silbatina que te hubieran dado...

El Candidato: (Amoscado)

—¿Y tú no? Dale gracias a Dios que esta gente es medio salvaje y que todavía no se ha dado cuenta de lo que significa lo que dijiste el miércoles pasado por la Tele, porque si sospechan siquiera que todo el discursito que vas a publicar es pura retórica... ¡¡¡Coño, un fotógrafo!!!

(Sonríen)

El P. de la R.: (entre sonrisas)

—Ah, pues, me salió confesor... ¿O censor, chiquito? Tú te crees, mijo, la mata de la perfección, pero árbol que nace torcido...

Periodista: (se acerca con el grabador en la mano)

—Señor Presidente: ¿es cierto que sus declaraciones del miércoles implican una devaluación de la moneda, a fin de solucionar el déficit que tiene el país? ¿nos acercamos a una crisis?

P. de la R.:

—Amigo periodista: esos son rumores lanzados por los enemigos de mi gobierno y de la democracia: el país tiene reservas materiales y morales para superar rápida y adecuadamente cualquier pequeño déficit. Además, en los actuales momentos estamos permitiendo la entrada de capitales de inversionistas extranjeros que trabajarán en nuestro país sin quebrantar, por supuesto, nuestra soberanía, lo cual desmiente, como usted comprenderá, cualquier rumor de crisis. En cuanto a nuestra moneda... (carraspea), sigue siendo una de las más sólidas del mundo:

tenemos abundantes reservas y, en el caso de que algún peligro amenazara nuestro signo monetario, tenga la seguridad de que lucharé como un león para defenderlo... ¿Satisfecho?

(Se va el periodista)

P. de la R.:

—¡Coño!

El candidato: (irónicamente)

—¿Como el león de la Metro...?

Mr. Lomax: (dirigiéndose a Carlitos Alexis)

—Oooh, Mr. Alexis... Nosotros queremos depositar ofrenda floral en tumba de Mr. Jason Patrick, también Fundador, y entregar a su viuda e hijos una placa de reconocimiento... Nos pareció imperdonable haberlos omitido del homenaje...

Alexis: (poniéndose pálido, limpiándose sudores imaginarios con su pañuelo de seda).

—Pero sí, mister... ¿Mister?... (Lomax), gracias, disculpe. Pero es que hubo tanto que hacer y tan poco tiempo... yo...

Mr. Godden:

—Oh, *yes*, *allrigh*: no crea que no comprendemos, pero si usted pudiera proporcionarnos un periodista y un fotógrafo para cubrir el sencillo acto, se lo agradeceríamos mucho.

Mr. Redford:

—Y, además, Mr. Alexis, usted tiene buenas relaciones con el diario local... Podría conseguir, tal vez, una buena ubicación de la información, sin costo adicional, claro, para La Compañía.

Mr. Lomax:

—Es lo menos que pueden hacer... Yo creo que no destacaron jamás lo que La Compañía ha hecho por este pueblo y sus habitantes.

Alexis:

—Pero ¡claro que sí...! ¿No vio el reportaje que yo mismo hice? Dos páginas... allí se destaca que La Compañía es la verdadera madre de Santa María y todo el mundo sabe eso, nadie lo niega.

Mr. Redforf:

—No obstante, en primera página apareció un editorial que dice cosas muy duras... Y eso sin contar la historia del sindicalismo que se publicó en páginas centrales... Yo sé de esas cosas: editorial y páginas centrales dedicadas a sugerir, ¿qué estoy diciendo? a *acusar* a La Compañía: episodios como el de los *watch-men* y eso...

Alexis:

—Son cosas del diario, mister... ¿Mister? (Redford) Ah, sí, gracias, y yo no pude meterme más en eso porque, desgraciadamente, hay muchos izquierdistas allí, pero veré qué se puede hacer para remediarlo.

(El Gran Novelista, sentado entre el Dr. Baltazar Medina y la Reina Rosamaría).

Reina:

—Yo leí su novela en la Secundaria y la releí en estos días... ¿Qué se siente al ser tan famoso y que a uno lo lean en las escuelas? (sin esperar respuestas y sin transición): ¿Es cierto que Usted es el personaje que se enamora de la muchacha en la novela y que ella existió realmente...? ¿Por qué no me dice en secreto quién es...? (Lo mira con coquetería. Doña Carlota la mira a ella con severidad).

El Gran Novelista:

—Yo Soy—¿sabe usted? —todos los personajes de todos los libros en los que el personaje se enamora de las muchachas lindas (la mira con intensidad) Y la muchacha... ¿no será usted...? (Rosamaría ríe ji ji ji ji).

Poeta Octavio Pérez: (conversando con Hoyondo)

—¿Usted cree, poeta, que el boom latinoamericano abrió los ojos de Europa sobre nuestra poesía?

Hoyondo:

—Sin duda alguna. El conocimiento de nuestra narrativa nos permitió percibir un universo mágico a nosotros mismos, contimás a los europeos, que sufren de los efectos de la decadencia.

Poeta Octavio Pérez: (dirigiéndose a la Poetisa Lirio Quesadilla)

—¿Viste? Te dije que leyeras a García Márquez para poder sssentir —¿usted comprende?, dirigiéndose al Poeta Hoyondo— la poesía...

Poetisa Lirio Quesadilla:

—Poeta Hoyondo, ¿usted cree que las mujeres somos mejores críticos que poetas? Así me dijeron en estos días.

Hoyondo:

—No sé a qué se referiría quien se lo dijo. Valery decía, y voy a parafrasear a Ludovico, que todo gran poeta lleva dentro de sí un gran crítico, y creo que todo gran crítico lleva dentro de sí un poeta. En cuanto al sexo, pienso que la mujer es como la dulce flor que perfuma nuestra vida, y, si es poeta o crítica, lo que importa es su esencia...

Doña Carlota:

—Pero Lirio ¿será que la gente cree que te la pasas criticando...?

El Gran Novelista:

—Pero también decía Ortega y Gasset que a menudo el don poético se aloja en cerebros casi imbéciles...

Hoyondo:

—Ah, tú siempre con tus bromas...

(Risas corteses)

Acto III

Develación del obelisco

Después del almuerzo, el presidente de la República, el Candidato, los Ministros, congresantes y demás dignatarios invitados, se fueron en un vuelo especial, pues tenían muchas obligaciones que cumplir, dijeron. El resto de los invitados pasó la tarde bebiendo, y cerca de las cuatro y media, se trasladó en alegre caravana hasta la pradera donde se inauguraría el Obelisco de los Fundadores. Cercado con una alambrada gris plata, sobre un cuadrado de césped muy verde y luminoso, el balancín del OG-1 lucía quieto, grande y oscuro, como un elefante disecado. El sol bañaba el paisaje con tonos cobrizos. En muchas sillas diseminadas sin orden, se sentaba el público, y aún había varios grupos de personas tendidas familiarmente en el suelo, como en un pic-nic. Cerca del Obelisco, velado convenientemente con una tela blanca, estaba una tarima sobre la cual había un altar presidido por la imagen de Nuestra Señora del Mar, custodiada por doce jovencitas vestidas de blanco y azul cielo. Sobre el mantel, prendida de tal manera que fuera visible para el público, había una banda de raso plateado que tenía bordadas en lentejuelas las siguientes palabras:

Señora de los Afligidos
Ruega por Nosotros

Cuando llegaron los invitados especiales, las autoridades y los miembros del Comité Organizador, y después que el padre Bruno llamó la atención agitando con insistencia una campanilla dorada, el señor Obispo comenzó a oficiar la Misa Solemne de Acción de Gracia. Después de la bendición, el Dr. Baltazar Medina, en su calidad de Cronista de la Ciudad, leyó con voz quebrada por la emoción el pasaje de la novela *Golpe de Dados*, de El Gran Novelista, donde se narraba cómo había reventado el pozo de petróleo y cómo la gente bailaba loca de alegría alrededor de la planchada, sintiendo la tenue llovizna cálida. La tarde estaba tibia y hermosa y una suave brisa agitaba los cabellos y los sutiles ropajes de los presentes, los ricos manteles del altar y la bandera nacional, elevada en un asta plateada, al lado del balancín. A continuación, un grupo de indios caribe bailó un patético *maremare* sobre la tarima, apartando un poco el altar para poder moverse con más soltura. Algunos niños leyeron poemas, escritos seguramente por sus maestras, que los miraban embobadas al pie de la tarima. Y entonces se paró El Gran Novelista, elevó su figura potente y terrible contra el cielo, y con una voz monótonamente hermosa, leyó el discurso develatorio, mientras el Presidente del Ayuntamiento, el Gobernador del Estado y Mr. Redford, de La Compañía, quitaban lentamente la tela. En ese momento, lejanas, se escucharon las campanas de las Iglesias, repicando:

> *A la sagrada explotación del petróleo, y a los muertos del petróleo, se les consagra hoy este obelisco de piedra... En él se guardará su memoria. Presidirá esta sabana y atestiguará para todos los viajeros que por aquí pasen, el triunfo del progreso. Los hombres que mueren en la aventura han sido siempre gratos al corazón de los pueblos. Pero hasta ahora, a nadie se le había ocurrido elevar a los anónimos héroes de esta gran gesta un recuerdo de su secreta grandeza. La*

ciudad de Santa María del Mar se puede sentir honrada por su iniciativa, y también el artista que supo darle al monumento su emocionante sencillez. La hora que aquí nos congrega es insigne y solemne. El mar, de donde vinieron tantos y tantos hombres, está aquí con nosotros, con su inmenso rumor y su inmenso oleaje, invocado por el misterio de esta hora, por el mismo misterio profundo del ser...

Los ancianos Fundadores, la señora Mélida Reyes, las hermanas Pedregales, el padre Bruno y sus respectivos familiares y amigos, estaban sentados bajo un lindo toldo rojo, y a cada instante les servían refrescos, sándwiches y café. Cuando develaron el Obelisco, los tres viejos obreros parecieron galvanizarse bajo la luz crepuscular y la mirada del público, dirigida hacia ellos con intensa curiosidad e intensa emoción: Oileo Quijada sentado, escuchando sin hablar, vuelto el rostro hacia un punto indefinido en el que se perdía la inútil mirada de sus ojos ciegos; Castor Subero se levantó y viró hacia el poniente, encarando el ocaso y casi dando la espalda al acto, como si quisiera irse; Silverio Prada también se levantó, pero él sí miró hacia arriba, hacia el cielo, buscando un rastro de gaviotas en torno al Obelisco. Las mujeres lloraban quedamente. El padre Bruno, áspero e indiferente, les tendió servilletas de papel.

La tarde fue cayendo suavemente sobre todo el pueblo, y los rumores del festejo, chisporroteando como una hoguera, brotaban de todas partes. Los discursos terminaron y la noche llegó. Desde las lombardas, dispararon fuegos artificiales y en los barrios se escucharon los cohetes, el calmor de maravilla y el escándalo sensual de los bailes populares. En los salones del Club Campo Giraluna, perteneciente a La Compañía, los invitados, las autoridades, la Reina y su cortejo, siguieron comiendo y bebiendo hasta bien cerrada la noche. Todavía en la madrugada, cuando todo se hubo aplacado, se oyó cantar en

la pradera iluminada por la luna a un borracho que tocaba la guitarra. Decía:

y hoy con la resaca a cuestas
vuelve el pobre a su pobreza
vuelve el rico a su riqueza
y el señor cura a sus misas:
se despertó el Bien y el Mal
la zorra pobre al portal
la zorra rica al rosal
y el avaro a sus divisas
se acabó...

Al amanecer, se marcharon todos.

Fin de Fiesta

Después de la fiesta, Santa María vivió un tiempo de exaltada esperanza. Fue el año electoral, y la campaña absorbió el interés de la gente. En los bares, en las plazas, en las esquinas, se discutía y se apostaba sobre quién sería el ganador de la contienda. La TV, la radio y la prensa, transmitían continuamente mensajes de los contrincantes, y organizaban concursos para determinar el orden de llegada de los candidatos. En pleno junio, un rayo destruyó la antena receptora de TV, lo que produjo una reacción de protestas entre la población: manifestaciones, mítines, comunicados, paros del comercio y las escuelas y envío de comisiones a la capital. Solamente obtuvieron promesas, sin resultados concretos. Entonces, muchos de los que desde hacía tiempo acariciaban la idea de emigrar, y que para los efectos habían revisado innumerables mapas y oportunidades en otros sitios, aprovecharon la coyuntura para llevar a cabo sus planes, azuzados por los lamentos de sus mujeres, frustradas por la falta de telenovelas y programas de concurso, y por lo prosaico de su misma vida sin alicientes. Los que se iban, lo hacían de noche, sigilosamente y como fugitivos, para no enfrentar el reproche y la pena de los que se quedaban. Cada vez amanecían más casas vacías, más negocios cerrados.

A fines de agosto, como preparativo de las festividades de la Virgen del Mar, las Pedregales, al frente de las Cofradías Religiosas, y el padre Daniel, Vicario nombrado para aliviar al padre Bruno de sus labores, y que era un cura joven y con ideas modernas que pronto chocaron con las tradiciones del pueblo, sin llegar al desastre, organizaron grupos de oración con acompañamiento musical, todas las noches. El templo se convirtió en centro de reunión y festejo durante meses. A falta de otras distracciones, la gente acudía allí noche a noche, y entre el rumor de los fervorosos *Señor ten piedad Cristo ten piedad*

Señor ten piedad Cristo óyenos se mezclaban las conversaciones en voz baja, las risillas ahogadas, el roce de los escarceos amorosos y el olor de los ventorrillos de comida que se instalaban en torno al atrio. Pronto se abrieron pequeños negocios por los alrededores, donde se podía escuchar música y comprar gaseosas, hamburguesas, hot-dogs, helados y merengadas. En esos días aumentaron significativamente las bodas y los bautizos.

En diciembre, Ángeles Pedregales, extrañada de la ausencia de don Castor en tres rosarios seguidos, fue a buscarlo a su casa. La puerta estaba apenas entornada, por lo que entró, y, con la confianza de quien es de la familia, llegó hasta el cuarto. En aquel ambiente austero, donde ya las veladoras se habían apagado, estaba don Castor, con los labios partidos por la fiebre y un asma que apenas lo dejaba vivir. Serenamente, Ángeles se hizo cargo de todo: lo lavó, le dio agua, le cambió las ropas y mandó a buscar una ambulancia, que lo trasladó de inmediato al Hospital de La Compañía, en San Roque. Desde allí llamaron, avisando a sus hijos. Durante los largos días que duró la enfermedad, lo acompañó, sin desmayar nunca, sin dejar de cumplir sus otras obligaciones, sobre todo las de la Iglesia. La tarde del 24, don Castor recobró súbitamente la conciencia. Pidió de comer y le dieron caldo de pollo, filete de pollo y puré de papas. Pidió que viniera el padre Bruno y, después de confesarse y recibir el óleo, le dije a Ángeles, en presencia de sus hijos, del sacerdote y de Inés, que él siempre la había querido y admirado, y que de no ser por el lazo de compadrazgo que había entre ellos, la hubiera desposado al enviudar. Ángeles lloró suavemente y cayó de rodillas ante el lecho. Entonces don Castor cerró los ojos y, al cabo de unas horas, sin volverse a despertar, murió. Dicen que un olor a mar, a incienso y azucena, impregnó la habitación y allí se quedó durante siete días, a pesar del esfuerzo del personal de mantenimiento para disiparlo. Lo enterraron el 25. No en la Iglesia, como habían pedido las

Pedregales, sino en el Cementerio Viejo, al lado de Mr. Jason Patrick. El pueblo en masa acudió al entierro, encabezado por el paso vacilante de los ancianos compañeros de cuadrilla de don Castor, que se levantaron de sus lechos y mecedores para decir adiós al Fundador. Muchos dijeron que ese día se formó en el cielo la figura de Nuestra Señora del Mar, y algunos escucharon el rumor del oleaje y un coro de cantos celestiales en el aire.

Los primeros días del siguiente año, hubo una fuerte esperanza en el renacimiento de la ciudad. Don Eustacio editorializó en *La Alborada:*

> *Santa María del Mar presenta todos los síntomas de una resurrección. Estos síntomas no pueden, ni deben, quedarse en el fulgor que ilumina unos días, sino que deben ser consolidados para cumplir el sueño que los santamaríenses acarician desde hace años...*

Parte de esa esperanza estaba apuntalada por el hecho de que Mario Marín había sido electo concejal y Presidente del Ayuntamiento. Pronto se vio que había sido en vano: los tres primeros meses después de su nombramiento, Mario visitó los barrios prometiendo aquí y allá, y cuando vio la imposibilidad de conseguir lo prometido, debido, sobre todo, al raquítico presupuesto, fue incapaz de buscar alternativas válidas y se dedicó a dilapidar lo poco que había en banquetes pantagruélicos y orgías miliunochescas que celebraba cotidianamente con sus amiguitos y amiguitas. Hasta el mismo don Eustacio le retiró el apoyo y comenzó a atacarlo por la prensa. Una plaza que había sido comenzada en los tiempos de la esperanza, y que, inconclusa, se llenaba de malezas y de basura, fue bautizada "Presidente Mario Marín", en los editoriales de *La Alborada*.

Como se acercaba otro aniversario de la ciudad, AsoSantaMaría revivió de entre los escombros y se preparó un acto en los salones del Ateneo local: el poeta Efraín Hoyondo, ganador de diversos Premios y Académico de la Lengua, dio ese día un recital. Con pasos firmes y porte enhiesto, llegó, tocado con su eterna boina gris. Con voz lánguida y ronca leyó sus versos amorosos, sus versos épicos, sus versos a la vez reales y oníricos, donde desnudaba sus sueños más íntimos y sus más profundos ideales. Las mujeres cayeron rendidas a sus pies. Desde el público, le lanzaron flores y papelillos. Los jóvenes lo rodearon para tocarlo y pedirle autografiara sus libros. Y la intelectualidad se fotografió orgullosa a su lado. Fue un gran éxito. En el mismo acto, los doctores Medina y Carrasquel presentaron al público su obra: *Historia Documental y Crítica de la Ciudad de Santa María del Mar,* dedicada a don Castor Subero, muy especialmente. En palabras sentidas y eruditas, el doctor Carrasquel disertó en torno a la frase de Kundera que servía de epígrafe al libro: *La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido*. En el acto, se recordó con respeto al Gran Novelista, quien había muerto repentinamente hacía unos meses, *dejando un doloroso vacío en nuestras letras y nuestros corazones*, y se saludaron los triunfos de Benito Yrady, *Hijo Amado* de *esta región*, quien desde una ciudad a orillas del mar, recordaba para siempre los días de la sabana donde había nacido.

Ese fue el último acto importante que se realizó en Santa María del Mar.

Para recoger las memorias

Vienes atravesando la sabana. El auto recorre raudo la recta carretera negra. En algún momento pierdes la noción del tiempo. El cielo es un trozo de jade veteado de grises y de blanco y la llanura es un mar impresionantemente mudo. Subiendo una suave meseta de tierra rojiza, aparece ante tus ojos la ciudad. De lejos, sus construcciones brillan como joyas bajo el sol, con tonos sublimes y discretos. En otros tiempos, alguien soñó con construir aquí monumentos que eternizarán la grandeza de los hombres vencedores de la tierra. Ahora, cuando ya vas entrando a la ciudad, puedes ver de cerca esos monumentos: algunos son como cajas rectangulares superpuestas, o colocadas unas al lado de las otras. A pesar de que las mayorías de las construcciones están concluidas, dan la impresión de algo esquemático e inconcluso. Hay también edificios que muestran francamente su condición de cosa inacabada. Muros sin recubrir. Perchas verticales, delgadas, torcidas y llenas de óxido, elevándose desde los techos. Vigas horizontales de cemento que se sostienen más por costumbre que por verdadera resistencia. El estilo combina la nostalgia por los pueblos originales, la imitación de las viviendas de los señores y la mezquindad de los edificios públicos. Tienes la idea de que toda la ciudad ha sido construida por retazos, agregando y agregando partes de diferente calidad y aspecto, a un primitivo núcleo original, pero de tal manera que cada parte, aun siendo independiente en sí misma, está

integrada totalmente al conjunto. Tú sientes que todo lo que te rodea es como un decorado de película, o de teatro. Un decorado que se va deteriorando bajo la intemperie. Miras las fachadas por donde resbalan sigilosas las sombras transeúntes. Las puertas y las ventanas permanecen entreabiertas. Hay niños jugando en las esquinas. Hay cierta animación en el mercado, rodeado de grandes charcos y de promontorios de barro. Te preguntas por qué has venido, ahora que miras de cerca la impotencia y el oprobio, y, detrás de lo visible, el eco de los festejos y las blasfemias, de los gritos de gozo y el restallar del látigo del poderoso, te llegan nítidos y perfectos como esferas. Tu padre (o quizá tu madre) te refirió de esta ciudad donde las monedas rodaban por las calles, al alcance del más hábil o el más sórdido. En pleno día se verificaban extrañas transacciones, sin otras leyes que las del azar. Algún moralista razonará, al verlas hoy, que en verdad las riquezas no proporcionan ni la permanencia ni la felicidad. Pero tú no puedes preguntarte también si hay algo que pueda proporcionarlas. En medio de estas ruinas, hace tiempo, muchos participaron en el mismo juego de siempre: ese cuya memoria no han borrado los años, destinado a tocar con el resplandor de sus deseos el breve instante de sus vidas. Aquí hubo efusiones extremas de dicha y de sangre y muchos consiguieron plenitudes distintas. Todo se desarrolló bajo el influjo luminoso y sombrío que emanaba de La Compañía. No solo fue el petróleo: fue La Compañía. Su presencia *es* una interpolación catalítica en el orden universal. Funciona eficaz, poderosa y omnipresente, como Dios. Hay algunos, blasfemos o incrédulos, que insinúan que La Compañía no existe, que no ha existido nunca y que no existirá jamás, y que la imaginería y la añoranza que regulan las vidas de los que caen bajo su dominio, son producto de alguna fantasía colectiva, consagrada ya por su uso y la costumbre. Y, en efecto, a veces esas historias que escuchas son apenas figuras de una adivinación, recreadas

por voces de hoy mismo, que en nada garantizan la existencia de otro orden, antiguo y alerta. Pero ahora que has venido, que has probado el licor de la memoria y que has palpado los muros derruidos, te preguntas si entre tantos desastres y tantos mitos conservados cuidadosamente, no serás tú el último vestigio de una raza extinguida para siempre, te preguntas si no será tu deber, ese que anhelabas, el de conservar lo visto, el de reconstruir lo vivido. Todo se abre ante ti como los múltiples elementos de un mosaico que debes formar. Anécdotas. Frases. Leyendas. Elementos de distinta extensión, difícil de ubicar cronológicamente. Elementos a los que difícilmente se les puede atribuir (o restituir) la calidad de lo real. Quieres construir una ciudad sobre las ruinas de otra, y te das cuenta de que solo tienes palabras y recuerdos. Y comprendes que debes entregarte a su culto con minuciosa pasión de la que no debes excluir ni el placer ni el dolor. La figura del espejo es importante. Pero en ese caso no se trata de reflejar, sino de invocar y conjurar, y, para ello, debes sentir la música de las palabras, impregnarte de su presencia y de su resonancia. Sabes que cada uno de esos rituales te dará una versión distinta de los hechos, que verás cómo un foco en un espacio oscuro va iluminando planos, imágenes, visiones, y que cada iluminación irá agregando caras al prisma, con distintos tonos, distintos ritmos, distintas melodías. En tu historia, y eso debes tenerlo claro, lo importante no son las flaquezas o hazañas propias de la condición humana, sino la manera como ellas se van sedimentando para componer un todo que, al fin y al cabo, no es sino un eslabón más de la cadena. Y la sedimentación es la naturaleza primordial de la espiral y el caracol. Ahora sabes. Por la ventana abierta se ve la lluvia y se siente cómo las cenizas de los muertos se confunden con la tierra. Te llega un intenso olor a jazmines y a flores de malabar. La melancolía se extiende como una mancha de humedad por todas partes. ¿Cuánto tiempo demorarás en recoger

esas memorias que hablan de antiguas primaveras? No importa. Tienes todo el tiempo del mundo. No te dejes atraer por el ocio, ni te dejes comprar por los halagos, los festejos y las risas, ni te dejes atemorizar por las sombras. Haz comparecer ante ti tanto al rico como al pobre, tanto al débil como al poderoso, tanto al sublime como al ridículo. No aplastes a aquellos que te son extraños para elevar a los que conoces: guárdate de la práctica de la injusticia. No condenes tampoco, para que no seas condenado: deja a cada espectador la sentencia. Y no ansíes la noche en que este pueblo desaparezca de su lugar, para ver terminada tu misión, porque en cualquier parte que te encuentres llevarás contigo el opaco resplandor de sus historias, como un crepúsculo cobrizo en primavera.

Ciudad de México, 7 de febrero de 1988

Escrituras:
1ª El Tigre, 1982
2ª El Tigre, 1983
3ª Caracas, 1985
4ª Ciudad de México, 1987.

Índice

TRANSITO, ÉPICA Y PETRÓLEO A MANERA
DE PRESENTACIÓN 11

FUNDACIONES
No hay más cuerpo allí 27
El vellocino de oro I 35
Foto Nº. 1 40
El vellocino de oro II 42
No hay más cuerpo allí 44
El vellocino de oro III 46
Foto Nº. 2 51
El vellocino de oro IV 52
No hay más cuerpo allí 56
El vellocino de oro V 57
El vellocino de oro VI 61
No hay más cuerpo allí 64
El vellocino de oro VII 68
El vellocino de oro VIII 71
No hay más cuerpo allí 78
El vellocino de oro IX 80
No hay más cuerpo allí 81
El vellocino de oro X 83

LIBRO DE SANTA MARÍA DEL MAR

Libro de Santa María del Mar 89
Capítulo I 90
Capítulo II 97
Capítulo III 99
Capítulo IV 100
Capítulo V 101
Capítulo VI 103
Capítulo VII 104
Capítulo VIII 106
Capítulo IX 107

HECHOS

Hotel Residencias «Triunfo» 111
Foto Nº. 3 118
Susana tuvo un secreto 128
Deudas de juego 136
Foto N.º 4 147
Visiones del padre Bruno 148
Foto N°. 5 165
Foto N°. 6 167
Oileo 168
Opinión: La ciudad abandonada en sus cincuenta años 187
No hay más cuerpo allí (18) 190

LA FIESTA

La fiesta 195
Acto I 197
Acto II 206
Foto N°. 10 207
Acto III 228
Para recoger las memorias 236



Memorias de una antigua primavera
Se imprimió en el mes de noviembre de 2026
en Editorial Metrópolis
Caracas, Venezuela
Son 1000 ejemplares

OTROS TÍTULOS

PLUMA NEGRA
Luis Lira

QUÉ MOLLEJA DE HUELGA
Domingo Alberto Rangel

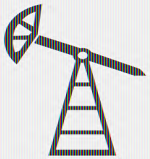
CASANDRA
Ramón Díaz Sánchez

GUACHIMANES
Gabriel Bracho Montiel

PETRÓLEO Y PODER
Rolando Graterol Guzmán

CRÓNICAS DE LAS PUERTAS DEL INFIERNO Y OTRAS HISTORIAS
Audio Cepeda Fernández

PIEDRA DE ACEITE
Ramón Ordaz



MILAGROS MATA GIL

Memorias de una antigua primavera

En *Memorias de una antigua primavera* (1989), Milagros Mata Gil narra, desde una multiplicidad de voces, el nacimiento y la caída de un pueblo en el fragor de la explotación petrolera. Santa María del Mar, al igual que otras localidades que tienen nombres y existencias reales, es ejemplo del paso de las compañías con sus efímeras bondades e incontables vicios. Como si quisiera remontarse hasta el Gonzalo Fernández de Oviedo que por el siglo XVI bautizó al petróleo como "estiércol del diablo", Mata Gil expone, en un lenguaje cargado de reminiscencias, las estrategias de la literatura a la hora de recrear una historia que es a la vez íntima y colectiva.

Milagros Mata Gil (Caracas, 1951 - El Tigre, Anzoátegui, 2023).
Novelista y ensayista venezolana. Autora de una importante obra narrativa donde asoma su preocupación por el papel de la mujer en el contexto de la sociedad venezolana. Cinco novelas muestran la fortaleza de su obra: *La casa en llamas* (1989), *Memorias de una antigua primavera* (1989 / 2026), *Mata el caracol* (1992), *El diario íntimo de Francisca Salazar* (2002) y *El caso del pastor acosado* (2019). Su obra se hizo acreedora a premios como el Fundarte de narrativa (1987), Premio Miguel Otero Silva de la Editorial Planeta (1988), Premio Internacional Novedades-Diana México (1988), Premio de Novela III Bienal de la Literatura Mariano PicónSalas (1995), entre otros.

9 789800 126905

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA
www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve